
BESTSELLING
100
YEARS
OF LOVE
AUTHOR
Barbara
Cartland
BODA SECRETA
SAGA
EGMONT

Barbara Cartland

Boda Secreta (La Colección Eterna de Barbara Cartland 27)

Translated by Desconocido

Saga

Boda Secreta (La Colección Eterna de Barbara Cartland 27)

Translated by Desconocido

Original title: *The Temptation of Torilla*

Original language: English

Copyright © 2020, 2025 Barbara Cartland and Saga Egmont

All rights reserved

ISBN: 9788727302249

1st ebook edition
Format: EPUB 3.0

No part of this publication may be reproduced, stored in a retrievial system, or transmitted, in any form or by any means without the prior written permission of the publisher, nor, be otherwise circulated in any form of binding or cover other than in which it is published and without a similar condition being imposed on the subsequent purchaser. It is prohibited to perform text and data mining (TDM) of this publication, including for the purposes of training AI technologies, without the prior written permission of the publisher.
This work is republished as a historical document. It contains contemporary use of language.

www.sagaegmont.com
Saga is a subsidiary of Egmont. Egmont is Denmark's largest media company and fully owned by the Egmont Foundation, which donates almost 13,4 million euros annually to children in difficult circumstances.

Vognmagergade 11, 2, 1120 København K, Denmark

Boda Secreta

Dorita escuchó voces que se acercaban y se preparó para su encuentro con el Marqués, un hombre cuya crueldad y extravagante reputación la aterrorizaban.

—Este es Gallen, quiero que lo conozcas—le oyó decir a su prima.

Dorita levantó la vista. El corazón le dio un vuelco en el pecho y todo Parewció girar a su alrededor. Había reconocido, en el Marqués de Havingham, al atractivo desconocido que la había salvado del peligro La noche del accidente a la diligencia!

Capítulo 1

1816

LA Marquesa Viuda de Havingham tomó su copa de madeira y dijo:

Los doctores me han prohibido probar el alcohol, pero tengo que celebrar tu llegada, Querido.

–¿Te han mejorado algo, Mamá?

Había un dejo de ansiedad en la voz del Marqués que no escapó a la percepción de su madre, acostumbrada a oír hablar en los tonos lentos y lánguidos, tan de moda entre los elegantes jóvenes que rodeaban al Príncipe Regente. Le disgustaba, aunque era demasiado astuta para reconocerlo en público, el modo con que aquellos arrastraban las palabras y miraban al mundo desde sus desdeñosos párpados semicerrados.

–Creo que el agua de este sitio, a pesar de ser tan desagradable, me ha ayudado a aliviar el dolor, pero encuentro a Harrogate muy aburrido y, honradamente, ya deseo regresar a casa.

–Entonces te he proporcionado una buena excusa para partir.

Cuando su madre lo miró interrogante, el Marqués se levantó de su silla y se paró de espaldas a la chimenea.

La Marquesa viuda estaba hospedada en una lujosa suite del hotel más caro de Harrogate, y el Marqués observó que había añadido algunos pequeños toques muy personales a los austeros muebles del saloncito.

Había colocado un retrato al óleo y una miniatura de su hijo en una de las mesas laterales. Se veían floreros por todas partes, llenos de flores de invernadero, por las que sentía verdadera debilidad.

Suaves cojines decoraban las sombrías sillas de damasco, pero lo más importante eran sus dos pequeños *spaniels*, que saludaron efusivamente al Marqués a su llegada.

–Parece que estás muy cómoda aquí– le dijo él, como si de pronto se diera cuenta de que hasta un hotel podía tener sus ventajas.

–Bastante. Y ahora, Gallen, ¿qué has venido a decirme? Porque estoy segura, Querido, que no has hecho un viaje tan largo sólo para comprobar si me encontraba cómoda– repuso la Marquesa dedicando a su hijo una mirada de evidente admiración.

Nadie en el mundo, pensó, era tan bien parecido como él y, aunque vestía siempre con exquisita elegancia, su aspecto era irresistiblemente masculino.

La ropa se ajustaba a sus anchos hombros a la perfección, acentuando sus estrechas caderas, pero como tenía un tipo atlético, sus sastres se esmeraban en entallarle bien los trajes, pues no estaba de moda lucir abultados músculos bajo las finas levitas de pana.

En los salones para caballeros de *Jackson de la Calle Bond*, el Marqués tenía fama de ser un pugilista excepcional y nadie se le equiparaba con el florete.

Además, era el más arrojado caballero entre todos sus contemporáneos. Los jóvenes envidiaban su habilidad con los caballos y se esmeraban inútilmente en imitar la forma como se anudaba las corbatas.

Y, aunque a los ojos del mundo, o mejor dicho, del *Bello Mundo*, el Marqués aparecía como un hombre cínico y autoritario, su madre sabía que podía ser considerado, bondadoso *y*, en ocasiones, muy afectuoso.

Comprendió que hablaba con la verdad al decirle:

–Si hubiera pensado que verdaderamente deseabas mi compañía, Mamá, hubiera venido a Harrogate o a cualquier otro lugar para complacerte.

–Sabes muy bien que nunca he querido ser una carga para ti– replicó la Marquesa con afecto–. Pero, dime para qué has venido.

Hubo una pequeña pausa antes que el Marqués dijera muy lentamente:

–He decidido contraer matrimonio.

–¡Gallen!

La Marquesa pronunció su nombre como una exclamación de sorpresa y asentó su copa de madeira por temor a derramarlo.

Juntó las manos y mirando el rostro de su hijo, le preguntó:

–¿Es cierto eso? ¿Después de todos estos años has conocido a una mujer a la que deseas hacer tu esposa?

–He decidido casarme, Mamá, porque como sabes bien, necesito tener un heredero. Y también necesito una esposa bien educada que pueda distraerme.

–¿Y a quién has escogido?

–Le he propuesto matrimonio a *Lady* Beryl Fern, y como no deseo que te enteres de la notica en la *Gaceta* sin habértelo notificado antes, le he pedido a Beryl y a su padre que no digan una palabra a nadie de nuestras intenciones hasta que lo supieras.

–*Lady* Beryl Fern– dijo la Marquesa muy despacio–. He oído hablar de ella.

–Sin lugar a dudas es la joven más hermosa de Inglaterra. Ha tenido gran éxito en sociedad desde que hizo su debut y el mismo Príncipe la llamó "*la Incomparable*" antes que los expertos de los clubs de *Saint James* dieran su opinión.

El indiscutible tono irónico del marqués hizo que su madre lo mirara con atención al decir:

–¿Cómo es ella, Gallen?

Nuevamente se hizo una pausa antes que el marqués contestara.

–Ama la diversión tanto como yo y es el alma de todas las fiestas a las que asiste. Con toda seguridad, embellecerá los salones de recepción de mi casa en Havingham y del castillo y le hará justicia a todas esas joyas de la cueva de Aladino que usas con tan poca frecuencia.

–Eso no es lo que te preguntaba, Querido– dijo la Marquesa en voz baja.

El Marqués se dirigió hacia la ventana con la gracia que le era peculiar y, dándole la espalda, contempló los árboles que, en aquel territorio situado tan al Norte, apenas empezaban a mostrar los retoños de la primavera.

–¿Qué es lo que quieres saber, Mamá?– preguntó después de un instante.

–Sabes muy bien lo que quiero escuchar. ¿Estás enamorado?

Hubo un silencio antes que el Marqués replicara:

–Tengo treinta y tres años, Mamá, y ya he pasado la etapa romántica de la juventud.

–Entonces sólo te casas para asegurarte un heredero.

Apenas pudo oír esas palabras que se le escaparon a su madre en un susurro, pero ya estaban dichas.

–No puedo imaginarme otra razón mejor para casarme– dijo el Marqués en tono casi desafiante.

–Pero quisiera que te casaras enamorado.

–Como ya te he dicho, ya estoy demasiado viejo para esas tonterías.

–No son tonterías, Gallen. Tu padre y yo fuimos muy felices y siempre he rezado para que conozcas la felicidad que encontramos juntos, hasta que el destino me lo arrebató.

–Ya no existen mujeres como tú, Mamá.

La Marquesa suspiró.

–Tu padre me contó que desde el primer momento en que me vio en el jardín, en la fiesta que dio el Alguacil Mayor, supo que yo era diferente a todas las demás. Le pareció que me veía envuelta en una resplandeciente luz blanca. Aunque fue un sitio bastante extraño para conocernos.

–Papá me lo contó muchas veces– interrumpió el Marqués.

–No me fijé en él hasta que nos presentaron– prosiguió su madre con voz suave, rememorando el pasado–, pero cuando él me tomó de la mano, sentí que me sucedía algo muy extraño.

Sus palabras vibraron al proseguir:

–Me enamoré de él en ese instante. Supe que él era el hombre de mis sueños, el hombre que existía para mí en algún lugar del mundo, y a quien sólo necesitaba encontrar.

–Tuviste mucha suerte, Mamá.

–No fue suerte. Fue el destino. Aunque sus padres estaban tratando de concertar una boda con la hija del Duque de Newcastle, nosotros sabíamos que lo único que importaba era que pudiéramos estar juntos hasta el fin de nuestros días.

El Marqués caminó impaciente por la habitación. Había oído esa historia muchas veces y siempre lo perturbaba escucharla.

Sus padres se habían amado tan profundamente que su niñez estuvo circundada por el aura de su felicidad. Su único motivo de tristeza consistió en que sólo tuvieron un hijo, él, y como amaba a su madre trató de cuidarla y protegerla después que murió su padre.

Ella no tenía que decirle lo que significaba amarse como sus padres lo hicieron: lo vio con sus propios ojos.

Pero sabía con certeza que eso nunca le ocurriría a él.

–Los tiempos han cambiado, Mamá– dijo en voz alta–, y salvo en lo que concierne al Príncipe Regente, ya no está de moda estar enamorado.

–¡Amor! No se puede hablar al mismo tiempo de amor y de Su Alteza Real– dijo la Marquesa con sarcasmo–. Mira la forma en que ha tratado a la pobre Señora Fitzherbert, y yo que estaba convencida de que estaban casados en realidad. Y en cuanto a la estúpida y coqueta *Lady* Hereford, ¡simplemente no la soporto!

El Marqués se rió.

–El nos pone el ejemplo, Mamá, así que no puedes esperar que encuentre un amor idílico en la Casa Carlton.

–Y has decidido a sangre fría casarte con *Lady* Beryl.

–Nos llevamos bien, Mamá. Hablamos el mismo lenguaje, tenemos los mismos amigos, y si después de un tiempo de casados cada uno sigue su rumbo, lo haremos con la mayor discreción. No habrá ningún escándalo y estoy seguro de que podremos arreglar nuestras diferencias amistosamente.

La Marquesa viuda no pronunció una sola palabra, pero tenía tal expresión de tristeza en sus ojos, que su hijo se le acercó y le tomó las manos.

–No te preocupes por mí, Mamá– le dijo–. Eso es todo lo que deseo y no hay razón para que Beryl y yo no tengamos media docena de robustos nietos que te darán mucha alegría.

La Marquesa colocó su delgada mano inflamada por la artritis y surcada de venas azules sobre la tibia mano de su mijo.

–Tu padre y yo siempre quisimos lo mejor para ti, Gallen, pero supongo que serás lo suficientemente honrado para admitir que este arreglo que vas a efectuar apenas se aproxima a la felicidad.

–Estás juzgando mi vida por la tuya, Mamá. Yo me siento contento y creo que nadie puede pedir más.

–Yo quiero algo más para ti– dijo apretando la mano de su hijo–. ¿No estarás pensando todavía en... esa joven que se portó tan mal contigo?

Lo dijo en un tono vacilante, como si temiera ofenderlo, pero el Marqués se rió con naturalidad.

–Por supuesto que no, Mamá. No soy tan endeble como para arrastrar por tanto tiempo una herida de esa clase. Entonces no era más que un joven imberbe y la juventud tiene tendencia a juzgar su primer amor bajo un aspecto demasiado emotivo.

Soltó la mano de su madre y fue hasta la chimenea, apoyándose contra la repisa. Le dio la espalda para contemplar las llamas que consumían los leños y ello le impidió advertir la escéptica expresión de la Marquesa y percibir que sus ojos se llenaban de lágrimas.

Como dijo el Marqués, todo había sucedido hacía ya mucho tiempo. El tenía veintiún años y se enamoró de una hermosa y voluble joven. La adoró de una manera ideal que ella fue incapaz de comprender.

Su madre sabía que había puesto el alma y el corazón a sus pies, pero ella los pisoteó casándose con un Duque, sólo porque tenía un título más importante y, en aquel entonces, mucho más dinero.

La Marquesa creyó que no podría olvidar jamás la expresión del rostro de su hijo cuando regresó a casa.

No había hablado de lo sucedido, le habría sido imposible, pero quiso esconderse para que el mundo ignorara cuánto sufría.

Desde aquel momento, el joven alegre y despreocupado se convirtió en un hombre que se volvía más cínico con los años y a quien, por su absoluto desinterés por todo, costaba cada vez más trabajo complacer.

Sólo demostraba entusiasmo cuando estaba con su Regimiento, lo que la alegraba y angustiaba a la vez, temiendo que resultara una víctima más del poderoso Ejército de Napoleón.

Sintió un gran alivio cuando, a la muerte del Marqués, su hijo dejó el Regimiento para regresar a casa y administrar los bienes de su padre.

Pero, al mismo tiempo, comprendió que el muchacho a quien había adorado por treinta y tres años se había esfumado para siempre.

Había habido muchas mujeres en su vida. Docenas de ellas. La Marquesa conoció a algunas, pero otras pertenecían a un mundo al que ella no podía penetrar.

Como lo conocía bien, sabía que ninguna había significado nada para él y que, si algún corazón quedó destrozado, el de su hijo nunca estaba en juego.

Desde entonces había odiado a la joven que lo lastimó de esa manera y ahora más que nunca, pues por culpa de ella, Gallen, su hijo adorado, iba a efectuar un matrimonio de conveniencia en vez de desposarse por amor.

Pero la Marquesa era lo suficientemente inteligente como para saber que era inútil hablar de esas cosas.

–¿Cuándo piensas casarte, Querido?– preguntó.

–Antes que termine la temporada. El Príncipe, con toda seguridad, querrá ofrecerme una recepción en la Casa Carlton, ya que el número de personas que espera asistir a la boda no cabría en la casa del Conde de Fernleigh en la Calle de Curzon.

–Háblame del Conde– se esforzó a decir la Marquesa–. Recuerdo que era un hombre muy bien parecido, lo cual, por supuesto, explica la belleza de su hija.

–Es una persona agradable. Prefiere la vida del campo a la de Londres, pero la vida de su esposa está completamente ligada a bailes, recepciones, reuniones y alborotos.

Torció los labios al decir:

–Decidió que su hija fuera la joven más celebrada de la ciudad y ha logrado su propósito.

La Marquesa conocía a la Condesa de Fernleigh y recordó que era una mujer con la que no tenía nada en común.

–Por supuesto que visitaré a la Condesa cuando regrese al Sur, pero creo que iré directamente a nuestra casa y no a Londres.

Al hablar de su casa, se refería a la atractiva mansión dower, entre las extensas propiedades que tenía el Marqués en Huntingdonshire.

El Marqués sabía que a su madre, aquejada por la artritis, le disgustaba permanecer en Londres, y se sentía mucho más contenta en el campo con sus perros y su jardín.

–No hay necesidad de que vayas a Londres antes de la boda. Invitaré al Conde al castillo, y a Beryl, por supuesto tan pronto como estés en disposición de recibirlos.

Sonrió al añadir:

–Habrá suficiente tiempo antes de la boda, aunque de seguro Beryl estará muy ocupada adquiriendo su ajuar de novia.

–¿*Y* tú, Querido?

–Al Príncipe le agrada que le haga compañía con regularidad, pero hemos llegado a un pacto amigable: lo acompaño a las carreras y otras diversiones durante el día, pero me dispensa de asistir a la mayoría de las abarrotadas fiestas que Su Alteza Real disfruta por las noches.

–¿Y qué es lo que haces tú?

–Esa es una pregunta indiscreta– replicó el Marqués con un brillo en los ojos.

Su madre rió.

–No te estoy preguntando lo que hiciste. Conozco muy bien tu reputación de destrozador de corazones. Lo que quiero saber es qué harás ahora. Juraría que Lady Beryl querrá que la acompañes a lo que tú llamas "abarrotadas reuniones".

–¡Las penalidades de un hombre comprometido! Pero te aseguro, Mamá, que encuentro más excitante un tapete verde que el brillante piso de un salón, y no tengo intenciones de desvelarme hasta el amanecer aunque me lo ordenen Beryl o el Príncipe.

–Supe que adquiriste unos caballos nuevos y que los estás entrenando por las mañanas muy temprano– observó la Marquesa sonriendo.

–Una docena de magníficos pura sangre. Estoy ansioso por mostrártelos.

–Y yo de verlos.

Uno de los grandes beneficios que la paz con Francia trajo a los amantes de los caballos finos fue poderlos importar nuevamente a Inglaterra.

El Marqués mandó traer de Siria unas yeguas árabes que había recibido apenas el mes anterior.

La Marquesa notó que al hablar de sus caballos la voz de su hijo adquiría un tono más cálido que el que empleaba al hablar de su futura esposa.

En febrero, antes de partir para Harrogate, habían llevado al castillo varios caballos húngaros y, con gran alegría, ella encontró en su hijo

reminiscencias del niño que corría ansiosamente tomándola de la mano para llevarla a los establos, a fin de que conociera a su nuevo *pony*.

–¿Y Lady Beryl monta bien a caballo?– le preguntó.

–Se ve muy bien como amazona y, por supuesto, me acompañará en las partidas de caza. Eso me recuerda que tengo que arreglar el pabellón de caza en Leicestershire.

Sonrió con ironía al añadir:

–Las fiestas de solteros que he celebrado allí han estropeado los muebles y sospecho que una mujer lo encontraría odiosamente masculino.

–Tu padre y yo pasamos horas muy felices allí.

–Como en todas partes. Y ahora, Mamá, deja de hacer comparaciones contigo y Papá.

Tomando de nuevo las manos de su madre entre las suyas, le dijo:

–Sabes muy bien, sin que tenga que decírtelo, que no hay en el mundo una mujer tan dulce y tan hermosa como tú, así que es inútil lamentarse porque tenga que conformarme con algo inferior.

–Todo lo que deseo, Querido, es tu felicidad.

–Y ya te he dicho que estoy contento– dijo, pero sus palabras rebosaban cinismo.

*

Algunos kilómetros más allá del concurrido centro de recreo de Harrogate, con su balneario de aguas medicinales, sus caros hoteles y sus aristocráticos visitantes, en el Condado de Yorkshire, se encontraba la aldea de Barrowfield.

Situada cerca de Leeds, era un lugar de casas deterioradas y mal construidas que parecían estar siempre cubiertas por una delgada capa de polvo de carbón.

En las afueras de la aldea, sobre la punta de un cerro desde donde se dominaba toda la población, se encontraba una deslucida Iglesia de piedra gris y, junto a ella, una vicaría, demasiado grande e igualmente fea.

En la cocina de suelo de baldosas, parada junto a la antigua estufa, una sirvienta de pelo gris, con la limpia apariencia de una niñera, trataba de

enseñar a una chica de aspecto distraído cómo untar una pierna de carnero.

–Trata de entender lo que te estoy diciendo, Ellen– dijo la mujer de más edad en tono cortante–. Ya te he dicho seis veces que debes echar constantemente la salsa sobre la carne, pero parece que no me entiendes.

–Yo hago lo que me dice– contestó la muchacha con un fuerte acento de Yorkshire.

–Eso es cuestión de opiniones.

Volvió la cabeza cuando se abrió la puerta y una voz joven gritó:

–¡Abby! *¡Abby!*

Abigail, tal era su nombre completo, se alejó de la estufa para mirar a la joven que entró en la cocina.

De pelo rubio y ojos azules, habría podido describírsele como a la típica joven inglesa, de no ser por la arrebatadora dulzura de su rostro.

Sus ojos, de un azul intenso, parecían demasiado grandes para el óvalo de su cara y se asemejaban más a los mares del Sur que al tranquilo cielo de una tarde de verano.

Quienes la miraban no podían menos que admirar la suave curva de sus labios que, al esbozar una sonrisa, recordaban la tenue luz del sol cuando atraviesa las ramas de los árboles.

–¿Qué sucede, Señorita Dorita?

–¡Una carta, Abby! Una carta de Lady Beryl y... ¿puedes creerlo? Está comprometida en matrimonio.

–Ya era hora– dijo Abby con la familiaridad de los viejos sirvientes–. *My Lady* debe estar llegando a los veintiuno y, con todo el éxito que ha tenido en Londres, yo esperaba que ya se hubiera casado.

–Bueno, ahora está comprometida– dijo Dorita–. Y adivina qué, Abby. Me pide que vaya a reunirme con ella.

Miró la carta que llevaba en las manos y leyó en voz alta:

"Tienes que ser mi Dama de Honor, Dorita. Sólo tendré una Dama, para que nadie me haga innecesaria competencia."

–¡Cómo si alguien pudiera hacerle la competencia a Beryl!– dijo Dorita riendo.

Abby no contestó y ella prosiguió su lectura:

"Debes venir inmediatamente que recibas esta carta. No te demores. Deseo que me ayudes con tantas cosas: mi ropa, planear la boda y, por supuesto, asistiremos a docenas de fiestas para que la gente conozca a mi prometido."

–¿,Con quién va a casarse *Lady* Beryl?

Dorita miró otra vez la carta y volvió las páginas.

–Es increíble, Abby, pero no dice su nombre.

Emitió una risita.

–¿No es eso propio de Beryl? Siempre se le olvida algo importante. Anticipo que me mantendrá muy ocupada ayudándola, es decir, si Papá... me deja ir.

Bajó la voz y una sombra de duda cruzó por sus grandes ojos.

–Claro que debe ir, Señorita Dorita. Aunque sólo Dios sabe qué vestidos se pondrá.

–No necesitamos preocuparnos por eso. La ropa de Beryl me queda muy bien y ella siempre ha sido muy generosa conmigo y me ha prestado lo que me hace falta, hasta el traje de montar.

Pensativa, añadió:

–¡Oh, Abby! ¿Crees que me prestarán los caballos del Tío Héctor? Sería maravilloso montar un buen caballo otra vez.

–Estoy segura de que a su tío le dará mucho gusto, como cuando era niña.

–Creo que lo que más he extrañado son los caballos.

–Hay muchas otras cosas que yo he extrañado, lo mismo que usted. Si es honrada consigo misma, tendrá que reconocerlo.

Abby empezó a quitarse el delantal color marrón que se había puesto para no manchar su vestido gris.

–Voy a empezar a hacer su maleta en este mismo momento– dijo.

–No, Abby, espera. Primero tengo que pedirle permiso a Papá. Tal vez no quiera que regrese a casa.

Pronunció la palabra “casa” con timidez y luego añadió a modo de disculpa:

–Siempre pienso en Fernford como si fuera mi hogar, como lo fue durante dieciocho años, hasta que Mamá murió.

–Es cierto, Señorita Dorita. ¡Ese es su hogar! Es allí donde pertenece y la verdad es que nunca debimos haber venido a este horrible sitio.

Dorita sonrió. Había escuchado decir eso a Abby miles de veces.

–Sabes lo que eso significa para Papá.

En aquel momento escucharon el ruido que hizo la puerta principal al cerrarse.

–Allí está él– dijo Dorita–. Apresúrate con la comida, Abby, porque sabes tan bien como yo que si no está todo listo volverá a salir sin probar bocado. Iré a hablarle.

Se volvió y, corriendo, salió de la cocina, atravesando el estrecho y sombrío pasillo que conducía a un vestíbulo de aspecto algo pretencioso.

De pie junto a la puerta principal, se encontraba el Reverendo Augusto Clifford, Vicario de Barrowfield. Era un hombre bien parecido aunque representaba más años que su edad. Tenía los cabellos completamente grises y el delgado rostro surcado de arrugas y su aspecto era el de un hombre que se esforzaba más allá de sus energías.

Se encontraba depositando su sombrero sobre la silla con expresión preocupada, pero al ver acercarse a Dorita, sonrió.

–Ya regresé, Dorita. Y a tiempo, como me pediste.

–Qué bien, Papá. El almuerzo está listo. No hubiera soportado que dejaras arruinarse la apetitosa pierna de carnero que nos regaló Shipton.

–Sí, por supuesto, no me olvidé. Y si es lo suficientemente grande tal vez podríamos compartirla...

– ¡No, Papá! No es bastante grande para compartirla con nadie, pero vamos al comedor, pues tengo algo que decirte.

El Vicario la obedeció y juntos entraron en la pequeña habitación que, a diferencia de la sala, que daba al Sur, se encontraba en la parte delantera de la casa, hacia el Norte, por lo que era fría y oscura.

Había unos cuantos muebles finos que habían traído con ellos de su casa en el Sur, pero las cortinas eran de material barato, aunque Abby y Dorita se

habían esforzado en copiar las de los salones que tenían en Fernleigh.

Elizabeth, la hermana más joven de la Condesa de Fernleigh, se había casado con Augusto Clifford cuando él todavía era clérigo de la Iglesia de San Jorge en la Plaza Hanover, en Londres.

El Conde de Fernleigh, para complacer a su esposa, lo había nombrado Vicario de la pequeña Parroquia de Fernford en sus propiedades en Hertfordshire, y Dorita y Beryl crecieron juntas.

Para las primas, resultó un arreglo muy feliz, y aunque Beryl era dos años mayor que Dorita, ambas parecían de la misma edad.

Como Dorita era más lista que su prima en lo concerniente a los estudios, no tuvo problemas en mantenerse a un nivel superior a su edad, y era Beryl quien se quedaba atrás.

La Condesa de Fernleigh prefería pasar la mayor parte del tiempo en Londres y, por consiguiente, Beryl vivía más tiempo con su tía que con su madre.

Amaba a la Señora Clifford y cuando ella murió inesperadamente, un frío invierno, estuvo casi tan acongojada como Dorita.

La pérdida de su madre cambió por completo la vida de Dorita. El Reverendo Augusto decidió que lo único que podía hacer era abandonar la casa donde había sido tan dichoso con su esposa.

Ya no deseaba trabajar en la tranquila aldea donde, a decir verdad, no tenía mucho qué hacer.

Había solicitado su traslado a una de las áreas más desoladas y pobres del Norte, y dos meses después de la muerte de su esposa lo asignaron a Barrowfield.

Todo sucedió con tanta rapidez que Dorita apenas si se dio cuenta de lo que sucedía hasta que se encontró en un lugar extraño para ella, lejos de cuanto le era familiar. En su desdicha, sólo podía confiar en Abby.

Para el Reverendo Augusto, en cambio, vivir en aquel lugar representó un alivio para su infortunio, y un reto que había deseado siempre, pero que nadie comprendió nunca.

Movido por el ferviente deseo de ayudar a aquellos menos afortunados que él, imbuido de un espíritu de cruzado, se sumergió con todo su empeño

en los problemas y dificultades que encontró en la tétrica inmundicia de un pueblo minero.

Parecía querer combatir por sí mismo con las huestes –del demonio y sólo Dorita y Abby sabían que, de no haberlo evitado, ellas, se hubiera pasado los días sin comer y sin dormir llevado del fervor de mejorar las condiciones de su nueva Parroquia.

Gastaba en la gente para quienes trabajaba hasta el último centavo de su estipendio y el poco dinero propio que tenía. Sólo se salvaban de morir de hambre porque Abby insistía en que le diera lo suficiente para los gastos de la casa tan pronto como llegaba el cheque de su paga.

Al sentarse ante la mesa del comedor, Dorita comprendió que la verdadera dificultad para obtener permiso de su padre y viajar al Sur, era el costo del pasaje.

–Recibí carta de Beryl, Papá– le dijo, mientras el Vicario se servía un vaso de agua y Abby entraba por la puerta trayendo la pierna de carnero.

–¿De Beryl?– preguntó él confundido, como si jamás hubiera escuchado ese nombre.

–Beryl va a casarse Papá, y me ha pedido que la acompañe a Fernford para ayudarla a escoger su ajuar de novia. También espera que sea su dama de honor.

–¡Oh, Beryl!– exclamó el Vicario tomando el cuchillo para cortar la pierna de carnero.

–¿No te importa que vaya, Papá?

–No, por supuesto que no.

Después de cortar una rebanada de carne y servírsela en su plato, añadió:

–Pero dudo que podamos afrontar ese gasto.

–Puedo viajar en la diligencia, y si voy sola y dejo a Abby para cuidarte, no costará tanto.

Al recibir la carta de Beryl, Dorita pensó que podría llevar a Abby consigo, pero ahora comprendía que no era posible, no sólo por el gasto que eso implicaba, sino porque alguien tenía que cuidar a su padre y sólo Abby podía obligarlo a comer y dormir mejor que nadie.

–Estaba pensando– dijo el Vicario, casi hablando consigo mismo–, que debemos darle a la Señora Coxwold todo el dinero extra que tengamos. Está

esperando a su noveno hijo y estoy seguro de que la hija mayor está tuberculosa.

–Me dan mucha pena los Coxwold, Papá, pero sabes tan bien como yo, que el Señor Coxwold se va a la cantina todos los viernes en la noche para beberse medio salario.

–Ya lo sé, ya lo sé, pero un hombre tiene derecho a gastar el dinero que gana.

–No cuando sus hijos están pasando hambre.

–Su segunda hija cumplirá cinco años este mes y creo que la mandarán a trabajar a la mina.

–¡Oh, no, Papá! ¡Es demasiado pequeña! ¿Recuerdas lo enfermo que se puso el pequeño hijo de los Barnsby después de trabajar con el agua a las rodillas y contraer neumonía?

El Vicario suspiró.

–Tienen que comer, Anne.

–Y usted también, Señor– dijo Abby, al entrar al comedor.

Llevaba dos fuentes: una contenía papas y la otra una col de aspecto poco apetitoso.

–Ya me serví bastante– dijo el Vicario en tono vago, mirando las pequeñas rebanadas de carne sobre su plato.

–No me llevaré el carnero de la mesa hasta que no se haya servido lo suficiente, Señor– dijo Abby en el tono autoritario pero afectuoso que emplearía una niñera al hablarle a un niño recalcitrante.

El Vicario tomó el cuchillo y el tenedor y añadió dos pequeñas rebanadas a las que tenía en el plato.

Abby permaneció con la fuente junto al Vicario hasta que él se sirvió dos cucharadas de papas y esperó a que Dorita terminara de comer para decir:

–¿Podría la Señorita sacar el budín del horno? No confío en la chica de la cocina. Ya traje la miel y sólo falta el budín.

–Sí, por supuesto– accedió Dorita.

Abby le entregó el cordero y Dorita se lo llevó a la cocina, comprendiendo que Abby deseaba hablar con su padre.

–La Señorita le habrá dicho, Señor– dijo Abby apenas Dorita salió del comedor–, que *my Lady* le ha pedido que vaya al Sur para su boda.

–Sí, ya me lo dijo. Pero la verdad, Abby, es que no podemos afrontar ese gasto. Las diligencias cuestan dinero y Hertfordshire queda muy lejos.

–Pero Señor, ya es hora, y perdóneme por hablarle con franqueza, de que la Señorita Dorita vuelva a ver a alguna gente decente, por variar.

El Vicario la miró desconcertado, y Abby prosiguió antes que él pudiera responder.

–¿Se da cuenta de que la Señorita Dorita ha estado aquí hace casi dos años y no ha intercambiado ni media docena de palabras con una dama o un caballero? Su pobre madre se revolvería en su tumba si viera la clase de lugar a que la ha traído, ¡es la verdad!

El Vicario la miró sorprendido.

–No había pensado en eso, Abby.

–Yo sí, Señor. La Señorita Dorita tiene dieciocho años y si la Señora Clifford viviera, Dios la tenga en su gloria, estaría buscándole un esposo adecuado y daría fiestas e invitaría a la casa a jóvenes de su misma edad.

Abby resopló antes de proseguir.

–¿Qué clase de gente podemos invitar aquí? Sólo criaturas harapientas y sucias de carbón.

Sus palabras eran hirientes, pero cuando el Vicario alzó la mano, añadió:

–Ya sé, Señor, que debemos salvar sus almas, que también son cristianos y que son iguales a nosotros ante los ojos de Dios. ¿Pero no esperará que la Señorita Dorita se case con un minero?

El Vicario la miró, sintiéndose incómodo.

–A decir verdad, Abby, no había reparado en que la Señorita Dorita ha crecido.

–Ya es una mujer, Señor, y es una vergüenza que esté enterrada en vida en este espantoso lugar.

–Me necesitan aquí– dijo el Vicario en voz baja como si estuviera defendiendo su caso ante la corte.

–Pudiera ser, y no estoy diciendo que no sirva a Dios y que no haga bien su trabajo. Es la profesión que ha escogido, por decirlo así. Pero la Señorita Dorita no es un sacerdote ni un predicador. Ella es joven y muy hermosa por cierto.

No tuvo tiempo de añadir nada más porque Dorita regresó al comedor llevando una bandeja grande, en el centro de la cual había un pequeño budín.

Lo puso frente a su padre, quien no pareció reparar en él. Absorto en sus pensamientos, no se daba cuenta de su presencia.

Dorita miró ansiosamente a Abby. Entonces, cuando la sirvienta cambió los platos y colocó una cuchara en las manos del Vicario, éste dijo:

–Tienes razón Abby. La Señorita Dorita tiene que ir a la boda de Beryl. Conseguiremos el dinero de alguna manera.

Cuando el Vicario salió de la casa, apenas comió el último bocado de budín, Dorita se dirigió a Abby:

–Conseguiste que Papá me diera permiso. ¡Oh Abby! Me siento culpable. Se veía a las claras que estaba descontento por tener que gastar tanto dinero en mí. Quería ese dinero para dárselo a los Coxwold.

–Su padre les ha dado ya más de la cuenta a esa gente– dijo Abby enojada–. Esa mujer se pasa la vida quejándose, y el Vicario, como es tan bueno, cree todo lo que le cuenta.

–Sí, ya lo sé, Abby, pero de todos modos sufre mucho y este lugar es terrible. No pueda soportar ver a esos pobres niños.

Dorita añadió, con la voz quebrada por un sollozo:

–Tal vez soy demasiado egoísta. Si me quedo aquí y Papá les da ese dinero, ayudaría mucho a los Coxwold.

–Aunque haya cien Coxwold muriéndose en vida, no deben impedirle visitar a Lady Beryl.

–Tal vez no debería dejar solo a Papá.

–Tendrá que pasar sobre mi cadáver para rehusar esa invitación. Y ahora, Señorita Dorita, vaya a escribirle a *my Lady* y dígale que saldrá de aquí el próximo lunes.

–¡Pero, Abby, eso es pasado mañana!

–Mientras más pronto, mejor. Y no se preocupe por su padre, yo lo cuidaré; lo sabe bien.

–El te hace más caso a ti que a mí. Yo nunca hubiera podido convencerlo para que comiera esas rebanadas extra de carnero. Y creo que le gustaron mucho, aunque no haya dicho nada.

–La pierna de carnero nos va a durar hasta el fin de semana. Lo que su padre necesita son unas cuantas comidas adecuadas. Entonces no se preocuparía tanto por los pobres y los enfermos.

Dorita sabía que eso era verdad, pero, al mismo tiempo, su padre no era el único que sufría.

No podía soportar ver a niños pequeños trabajando en la mina, donde los azotaban si lloraban o se quedaban dormidos. Le hacía daño ver a esas mujeres que a los treinta años estaban ya convertidas en unas ancianas inválidas.

Podía entender muy bien por qué los hombres que llevaban aquella existencia que les carcomía el alma se apresuraban a llegar a la cantina todos los viernes en la noche para olvidar, aunque sólo fuera por unas horas, los peligros a que se exponían al trabajar en la oscuridad de los túneles.

Cada vez que había un accidente en la mina, su padre regresaba a casa con el rostro pálido y al borde de las lágrimas, y llevaba el caldo que Abby había preparado a esas mujeres enfermas y a los niños que nunca tenían suficiente qué comer.

Pero tenían muy poco qué repartir. Si Abby no hubiera obligado a su padre a darle de cuando en cuando unos cuantos chelines para comprar algunas telas baratas, Dorita hubiera andado vestida con harapos, como las esposas de los mineros.

Sólo había unos cuantos vestidos que preparar, pero Abby se pasó el día siguiente lavando, planchando y cosiendo.

Dorita conservaba alguna ropa que había pertenecido a su madre: unas bonitas batas y vestidos de noche que no había tenido oportunidad de ponerse, debido al aislamiento en que vivían en Barrowfield.

Temía que estuvieran pasados de moda, pero no tenía manera de averiguarlo, ya que no disponía de dinero para comprar el último número de una revista de modas y enterarse de lo que se estaba usando en Londres.

Sin embargo, no le preocupaba su escaso vestuario, pues sabía que Beryl sería tan generosa como siempre.

El lunes, muy temprano, salió de la Vicaría. Vestía un sencillo atuendo de muselina con una capa algo gastada y un bonete de paja con cintas

azules en la cabeza, a fin de tomar la diligencia que la llevaría en la primera etapa de su viaje.

–La verdad es que no debería viajar sola– dijo Abby mientras esperaban en un cruce de caminos a que pasara la diligencia que salía de Leeds.

–Bueno, no puedo hacerme pasar por un niño de brazos– contestó Dorita sonriendo–, y esa sería la única forma en que podríamos viajar con un solo boleto.

–No vaya a hablar con desconocidos– le advirtió Abby–, y eso me recuerda, Señorita, que debo decirle algo.

–¿Qué es?– preguntó Dorita un poco intranquila.

–Durante los últimos dos años, ha llevado una vida extraña, poco normal para una joven de su edad, rodeada sólo de miseria e inmundicia. Lo que quiero decirle es... que no hable de cosas desagradables cuando esté en casa de *my Lady*.

–¿Por qué no?

–Porque a la gente no le gusta oírlas, Señorita Dorita. Quieren hablar de temas alegres, no de cosas tristes.

Abby hizo una pausa antes de proseguir:

–¿Se acuerda cómo le decía su madre al amo? “Levanta el ánimo, Querido, no puedes llevar sobre los hombros todas las preocupaciones y pecados del mundo”.

Dorita sonrió.

–Sí, recuerdo que Mamá le decía eso a Papá, y entonces él preguntaba: “¿Estoy diciendo cosas impertinentes?”

–Exactamente, y desde que murió su Mamá, es en eso en lo que se ha convertido el amo para los demás.

– ¡Yo no creo que mi padre sea un impertinente!

–No, Querida, pero otras personas quizá lo piensen. Por eso, cuando se vaya de aquí, olvídese de todo lo que ha visto y de cuanto ha oído y vuelva a ver el lado alegre de la vida, como cuando vivía en su casa.

Pronunció estas últimas palabras con toda intención y vio cómo se iluminaban los azules ojos de Dorita.

Sabía que ella estaba recordando lo felices que habían sido en la Vicaría de la limpia y atractiva aldea con casitas techadas de paja y jardines llenos

de flores.

–Prométamelo– dijo Abby con insistencia.

–¿Que no me pondré impertinente? Sí, por supuesto, te lo prometo, pero, Abby, ¡quisiera que vinieras conmigo! Si alguien necesita un descanso, ésa eres tú.

–Será un descanso para mí saber que se está divirtiendo, por variar.

Abby miró hacia el camino y vio acercarse a la diligencia.

– ¡Aquí viene ya! Diviértase, Querida. Disfrute cada momento y olvídese de todo lo demás.

–Nunca me olvidaré de ti, querida Abby.

Dorita le echó los brazos al cuello a su vieja niñera y la besó en las mejillas.

–Te agradezco que te hayas ofrecido a cuidar a Papá. Gracias a ti, podré asistir a la boda de Beryl.

–Dígale a *my Lady* que le deseo todo género de felicidades y que espero que haya conquistado a un hombre digno de ella.

–Eso espero– comentó Dorita.

La diligencia, que llevaba el techo cargado de equipaje y varios hombres sentados arriba, paró ruidosamente junto a ellas.

El guardia se bajó para recoger el pequeño baúl de Dorita y lo colocó sobre el techo antes de abrir la puerta de la diligencia.

Dorita vio que había un lugar vacío entre dos personas gordas que se tomaban más espacio del que les correspondía.

–Adiós, Abby– dijo al subir y tuvo que pedir disculpas por pisar a los otros pasajeros cuando trataba de ocupar su lugar.

Se sentó, el guardia se subió al pescante y ella se inclinó un poco para decir adiós con la mano.

Abby le devolvió el saludo. Sonreía, aunque había lágrimas en sus ojos.

El cochero chasqueó el látigo y la diligencia se puso en camino.

Capítulo 2

EL Marqués de Havingham condujo con gran elegancia su tiro de cuatro caballos color castaño, perfectamente iguales, hasta el patio de la posada de *Eanl Pelig*.

Viajaba en su faetón construido especialmente para él, un carruaje mucho más ligero y por lo tanto más rápido que cualquier otro vehículo que circulaba por los caminos.

–Creo que hoy establecimos un record, Jim– comentó.

–Una gran hazaña, *my Lord*– replicó Jim, con la certeza de que podía jactarse del corto tiempo empleado en el viaje con los otros palafreneros a quienes encontraría en la taberna.

El Marqués contempló con desasosiego el atestado patio. Había muchos elegantes vehículos, más de los que esperaba, y después de unos momentos, exclamó:

–¡Por supuesto! Las carreras de Doncaster. ¡Se me había olvidado!

–Espero que Su Señoría esté cómodo– dijo Jim en tono conciliador–. El Señor Harris debe haberse ocupado de eso.

El Marqués no tenía ninguna duda a ese respecto. Al enviar a su ayuda de cámara con anticipación, tenía la seguridad de que obtendría los cuartos más cómodos y de que, a su llegada, lo encontraría todo listo.

Sin embargo, se daba cuenta de que una carrera, en cualquier aldea, reuniría a un buen número de caballeros desde muchos kilómetros a la redonda.

Ello significaba que los empleados de la posada estarían sumamente ocupados y que el lugar se volvería ruidoso, lo cual le disgustaba sobremanera después de haberse pasado todo el día viajando.

Pero ya no tenía remedio y, al bajarse de su faetón, casi se lamentó de no haber hecho arreglos para pasar la noche en casa de algunos amigos, como

lo hizo cuando se dirigió hacia el Norte.

–¿A quién visitarás cuando te marches?– le había preguntado su madre antes de partir.

–He decidido regresar al Sur lo antes posible. Hablando con franqueza, Mamá, la mayoría de las personas que visité cuando me dirigía hacia aquí resultaron extraordinariamente aburridas.

No mencionó que una de las razones para ese cambio de planes fue el descubrir que los dueños de las confortables mansiones, donde lo recibían con gran afecto, tenían la costumbre de imponerle a alguna de sus hijas.

Había disfrutado los días que pasó en Woburn Abbey en Burleigh, con el Duque de Darlington, en su impresionante Casa Campestre, pero las maniobras de su anfitriona para que prestara atención a sus insípidas y calladas hijas hicieron que el Marqués suspirara por las encantadoras y frívolas mujeres con quienes pasaba su tiempo en Londres.

Por fortuna, todas estaban casadas y, lo mejor de todo, era que conocían las reglas del juego, así que no había peligro de verse amenazado con un anillo de compromiso, lo que a sus ojos era como un par de esposas.

Como ya estaba comprometido en matrimonio con Beryl Fern, en esa ocasión le habían irritado más que nunca las maquinaciones con vistas al matrimonio que había tenido que soportar a través de los años.

Por ello, cuando llegó a Harrogate, decidió no someterse de nuevo a tan fastidiosa situación.

–Pero tú odias las posadas y los hoteles, Querido– había comentado su madre sorprendida.

–Ya lo sé, Mamá, pero sólo tengo que soportarlas por una noche y Harris se las arregla para que siempre esté tan cómodo como sea humanamente posible bajo las circunstancias.

–Me sentiría mucho mejor si pasaras la noche en casa de tus amigos– había insistido la Marquesa.

–Pero yo no. Así que deja de preocuparte, Mamá, porque, como de costumbre, viajaré de incógnito.

El Marqués, además de ocupar un relevante lugar en sociedad, era dueño de magníficos caballos de carrera en todos los confines del país.

Eso lo hizo decidirse a usar uno de sus títulos menores cuando pernoctaba en posadas o casas de posta.

Sabía que Harry lo había registrado en *El Peligan* como *Sir* Alexander Abdy. De ese modo, se libraría de los oportunistas, que siempre lo seguían en las carreras o lo asediaban en Londres solicitando ayuda o, lo que era aún más engorroso, de los petulantes que pretendían haber compartido su amistad durante la guerra.

Entró por una de las puertas laterales de *El Peligan* que daban al patio y se encontró, como esperaba, con Harris. Junto a él se encontraba su Jefe de Lacayos, a quien también había enviado con anticipación para encargarse de los caballos.

–Buenas noches, *my Lord*– dijeron los dos hombres al unísono.

–Una excelente corrida, Ben. Esos caballos castaños valen hasta el último centavo que pagué por ellos.

–Me alegra oírle decir, eso *my Lord*.

–Los hice esforzarse mucho hoy; mañana tendrás que conducirlos a paso más lento. Y vigila al mozo nuevo para que no los presione demasiado.

–Así se hará, *my Lord*.

El Marqués siguió a Harris por un largo corredor y subieron por una antigua escalera de roble.

Al pasar, escuchó los ruidos que provenían del bar, donde los asistentes a las carreras se divertían o ahogaban sus penas después de pasarse todo el día en el hipódromo.

Cuando Harris lo hizo pasar a un agradable dormitorio con una ventana de arco y una cama de cuatro postes, en apariencia bastante confortable, el Marqués dijo:

–Me olvidé que esta semana se celebraban las carreras en Doncaster.

–Eso es lo que pensé– replicó Harris–, pero como nosotros nunca inscribimos a nuestros animales para la temporada de primavera, me temo, Su Señoría, que a mí también se me olvidó.

El Marqués estaba acostumbrado a que sus servidores más antiguos se identificaran completamente con él y con sus posesiones, por lo que simplemente comentó:

–Supongo que el lugar estará repleto, como es de esperarse.

–Lamento decirle que es así, *my Lord*, pero he logrado conseguir un cuarto privado y dudo mucho que Su Señoría no se encuentre cómodo.

Hizo una pausa antes de añadir con tiento:

–Sin embargo, siento decirle, *my Lord*, que no pude alquilar la habitación contigua.

El Marqués no contestó nada y Harris añadió al ayudarlo a quitarse la levita:

–Es un cuarto muy pequeño, *my Lord*, y convencí al posadero para que no se lo diera a alguno de los caballeros, que suelen hacer mucho ruido, sino a una dama que probablemente no molestará a Su Señoría.

Nuevamente el Marqués permaneció silencioso, pero le incomodó pensar que si alguien pudiera perturbar la tranquilidad que, tal vez debido a que poseía un cerebro siempre activo, le resultaba imprescindible para dormir.

Por ese motivo, había dado instrucciones específicas para que sus sirvientes alquilaran siempre el cuarto contiguo al que se alojaba y, de ser necesario, todos los que se encontraban cerca.

Comprendía que en esta ocasión no había sido posible efectuar el arreglo acostumbrado debido a su propio descuido, por lo que se dijo filosóficamente que, después de todo, había tenido suerte en encontrar alojamiento durante la semana de las carreras.

Aunque no lo preguntó, estaba seguro de que Harris había ofrecido más dinero que cualquier otro viajero que no tuviera la fortuna de contar con sirvientes tan generosos.

Harris habría dado tan buenas propinas, que si alguien iba a ser atendido con esmero en *El Peligan*, sería sin duda el Marqués.

El Marqués tomó su baño junto al fuego y después de vestirse para cenar bajó a un pequeño pero confortable salón privado.

El fuego ardía en la chimenea esparciendo su agradable calor. La comida fue excelente y, como esperaba, el servicio impecable.

Al terminar de cenar, se sentó junto al fuego para sorber un vaso de brandy y hojear los periódicos que Harris le proporcionó.

Notó con satisfacción que los caballos que corrían en las carreras no eran de la categoría de los suyos y que no hubieran sido capaces de vencer a

los de su establo.

Pero si algo le disgustaba al marqués con respecto a sus caballos era que una carrera se convirtiera para ellos en "un paseo". Se dijo que había tomado una buena decisión al inscribirlos en Doncaster sólo en el St. Leger, que se corría en septiembre.

Este año, de hecho, se estaba concentrando en la carrera de Ascot, decidido a ganar la Copa de Oro.

Echó una ojeada a las demás noticias del periódico, pero sólo encontró las quejas usuales sobre las dificultades que atravesaba el país para adaptarse a los tiempos de paz. Los reportes del Parlamento eran tan secos e insípidos como de costumbre.

Después de haber estado todo el día al aire libre, el calor del fuego lo hizo sentirse somnoliento, por lo que terminó de tomar su *brandy* y subió a su dormitorio, mucho más temprano que de costumbre. Harris lo estaba esperando para ayudarlo a desvestirse.

Cuando dormía en hoteles o posadas, lo hacía con sus propias sábanas de lino y sus almohadas de plumas.

–¿Su Señoría quiere que lo despierten temprano?– le preguntó Harris, llevando en el brazo las ropas del Marqués.

A la mañana siguiente, Harris saldría de *El Peligan* apenas amaneciera, para adelantarse, como lo había hecho ese día, y tener todo listo cuando su amo llegara a la próxima parada.

–A las ocho está bien. ¿Lo dejaste todo preparado para Jim?

–Toda su ropa está en el armario, *my Lord*.

Había un ligero tono de reproche en su voz porque le disgustaba que el Marqués dudara de su eficiencia.

Había sido una excelente idea, pensó el Marqués, que Jim, el palafrenero, sirviera también de ayuda de cámara cuando fuera necesario.

–Buenas noches, *my Lord*. Espero que duerma bien.

–Eso espero yo también.

Harris echó un vistazo a su alrededor, comprobando que todo estaba en orden y salió de la habitación, cerrando la puerta tras él.

El Marqués se quitó la bata de seda, la arrojó sobre una silla y se metió en la cama.

No se equivocó al pensar que la cama parecía cómoda, ya que el colchón estaba relleno de plumas de ganso. Al acostarse, pensó con satisfacción que era preferible pasar una velada solo a tener que soportar la conversación de un anfitrión aburrido.

Por si fuera poco, cuando llegaba a alguna mansión en el campo, casi siempre encontraba que se disponían a celebrar una fiesta en su honor, debido a su importancia social. Ello significaba tener que congraciarse con un grupo de personas con las que no tenía nada en común, a las que nunca había visto antes y que probablemente no volvería a ver jamás.

Disfrutó de la suave frescura de las sábanas de lino y de la tenue iluminación que proporcionaban los leños en la chimenea.

Comenzaba a quedarse dormido cuando escuchó el ruido de unos pasos, pesados e inseguros, que subían por la escalera de roble.

Vagamente se preguntó por qué el dueño de la posada no podía alfombrar la escalera como lo hacía la gente civilizada. Entonces, se sobresaltó al escuchar fuertes golpes muy cerca.

Por un momento pensó que habían tocado a su puerta, pero cuando el ruido se repitió, comprendió que se trataba de la puerta contigua.

–¿Quién es?

Una voz de mujer hizo la pregunta en voz baja, pero el Marqués pudo escucharla claramente y pensó enfadado que la pared divisoria era demasiado delgada.

–Vine a darle algo que se le olvidó en el comedor, Señorita– replicó una voz de hombre.

Era un acento extraño que el Marqués no pudo reconocer, aunque le pareció poco común.

–Pero... estoy segura de que... ¡no dejé nada!– protestó la mujer.

–Aquí lo tengo, Señorita.

El Marqués trató de no pensar en lo que estaba sucediendo, pero se imaginó que la dama, quienquiera que fuera, se estaba levantando de la cama.

Entonces escuchó el sonido de la llave al girar en la cerradura.

–No puedo imaginarme– dijo la misma voz femenina, y entonces se detuvo para exclamar un momento después–: ¡Oh, es usted!

–Sí, soy yo– dijo el hombre con un acento completamente diferente–. Se escabulló sin dar siquiera las buenas noches.

–No tenía nada que decirle, Señor, y... no tiene ningún derecho de dirigirse a mí.

–Pero yo quiero hablar con usted.

–No debía haber venido... aquí. Por favor, váyase.

El Marqués tuvo la impresión de que la mujer estaba tratando de cerrar la puerta. Entonces, ella lanzó un grito..

–¡No, no! ¡No puede entrar! ¡Váyase... enseguida!

–Quiero hablarle.

–¡Por favor, déjeme en paz! No... puede entrar en mi... habitación.

–Pero ya entré. ¿Qué es lo que piensa hacer acerca de eso?

–No tiene derecho... gritaré pidiendo ayuda... si no se marcha enseguida.

–Dudo que el posadero ni nadie más pueda oírla.

–¡Váyase, por favor! Ya estaba durmiendo... y... no tengo nada que decirle.

–Pero yo tengo mucho de que hablarle. Es usted encantadora, Señorita Clifford. Ya ve, he averiguado su nombre, aunque trató de ocultarlo.

–Tiene que irse... no está bien... sabe que no está bien... que entre por la fuerza en mi habitación.

–No veo que tenga nada de malo, y si deja de darse esos aires de gran Señora, podremos divertirnos juntos.

–No sé lo que quiere decir. ¡Váyase... por favor, por favor, déjeme sola!

–Eso, Querida, es algo que no tengo intenciones de hacer. Ahora, sé sensata. Me atraes mucho. No he visto a una chica tan encantadora en mucho tiempo.

El hombre debió haberse acercado más a ella, pues a continuación se escuchó un grito de inconfundible terror. El Marqués se sentó en la cama.

Era intolerable, pensó, que no sólo se perturbara su descanso sino que se insultara a una mujer de esa manera.

Comprendió, por la conversación que había escuchado, que el hombre que penetró en la habitación era un caballero. El acento que utilizó para hacerla abrir la puerta era fingido, como pensó que hablaría un sirviente.

Ahora hablaba con acento educado, aunque con voz algo opaca, lo que indicaba a las claras que había estado bebiendo.

El Marqués no era un puritano y si deseaba a una mujer iba tras ella. Pero no consideraba decente prodigar sus atenciones a alguien que demostrara claramente que no estaba interesada en una aventura.

El nunca se hubiera dirigido a una dama que viajara sola y que, por consiguiente, era un ser desprotegido y en extremo vulnerable.

Se escuchó otro grito y el Marqués saltó de la cama.

Poniéndose su bata, abrió la puerta de su cuarto y salió al pasillo.

La puerta de la habitación contigua estaba cerrada, pero él la abrió sin llamar primero.

Al entrar, se encontró, como esperaba, a una mujer que luchaba desesperadamente por librarse de los brazos de un hombre.

El Marqués lo reconoció inmediatamente como un asiduo asistente a las carreras. Era conocido como *Sir* Joscelyn Threnton, en los bares de los estadios de carreras y se asociaba con personas de quienes el Marqués sospechaba que, cuando era posible, violaban las reglas del "*Jockey Club*".

Sir Joscelyn estaba tan absorto en tratar de besar a la mujer que tenía entre sus brazos, que no vio al Marqués cuando entró.

Dorita fue la primera en verlo.

–¡Ayúdeme, por favor!– gritó.

El Marqués cruzó la habitación en dos grandes pasos y, tomando a *Sir* Joscelyn por los hombros, se enfrentó a él.

–¡Váyase de aquí!– le dijo en tono cortante.

Sir Joscelyn empezó a decir con furia:

–¿Qué demonios tiene usted que...?

Entonces, al reparar con quien hablaba, se calló de improviso.

–¡Váyase de aquí!

El Marqués no necesitó agregar nada más.

Sir Joscelyn abrió la boca como para explicar su comportamiento o inquirir por qué el Marqués se tomaba tales atribuciones, pero luego lo pensó mejor.

Con expresión desafiante, aunque no carente de dignidad, salió de la habitación y poco después se escucharon sus pasos en la escalera de roble.

El Marqués miró a la mujer que acababa de rescatar y pudo ver que era encantadora y muy joven.

El cabello le caía hasta la cintura y sus ojos, llenos de terror, parecían demasiado grandes para su pequeño rostro.

Estaba de pie, a sólo unas cuantas pulgadas de la pared del pequeño cuarto, pero ahora dio un paso hacia adelante para decir con una vocecita asustada:

–Gracias... gracias... por salvarme. No sabía qué hacer.

–Es intolerable que haya estado expuesta a una situación tan desagradable– dijo el Marqués–. Ese hombre ya no regresará, pero es mejor que cierre su puerta con llave y no vuelva a abrirla.

–Fue una tontería de mi parte abrir la puerta... pero nunca pensé... nunca soñé... que pudieran existir en el mundo hombres como ése.

El Marqués no pudo menos que sonreír.

–Ahora ya sabe que existen, de modo que tendrá que ser más cuidadosa en lo futuro.

–Así lo haré. Y gracias otra vez. Le estoy muy agradecida.

–Váyase a dormir y olvídese del incidente– dijo el Marqués como si estuviera hablando con un niño.

Salió de la habitación cerrando la puerta tras él y antes de llegar a su propio dormitorio, escuchó el ruido de la llave en la cerradura.

Cuando se metió en la cama, pensó que era comprensible que *Sir* Joscelyn se encaprichara con la hermosa joven que dormía en el cuarto contiguo. Le había dicho que hacía mucho tiempo que no veía a una mujer tan encantadora y sin duda tenía razón.

Se preguntó quién sería y por qué viajaba sola. Entonces recordó que había sido llamada “Señorita Clifford”.

«No es un nombre raro», pensó, «pero indudablemente es una dama. Sus cabellos son del color de los rayos del sol en primavera».

Se rió de sí mismo por ponerse tan poético, y se quedó dormido.

*

Dorita necesitó un largo rato para calmar los apresurados latidos de su corazón y cuando al fin se acostó, todavía estaba temblando. Jamás se le hubiera ocurrido que un caballero se atreviera a entrar por la fuerza en su dormitorio.

Durante la cena, había notado que él la observaba desde el bar, donde se encontraba con otros caballeros.

El ruido de sus risas crecía y era evidente que bebían con excesiva liberalidad.

En la mesa reservada para los pasajeros de la diligencia, algunos de los hombres tomaron cerveza, pero las damas, muy recatadamente, se habían limitado a pedir un vaso de agua.

El grupo había sido atendido después que a los otros comensales y no se le dio a escoger entre los elaborados platillos que les sirvieron a los demás.

Dorita estaba demasiado cansada para sentir hambre, pero se había impacientado ante los largos intervalos que transcurrían entre un platillo y otro, ya que los empleados no demostraban el menor interés en atenderlos.

Cuando pensaba que era inútil esperar a que les sirvieran el postre, una voz de hombre le preguntó:

–¿Me permite presentarme?

Al levantar la vista, vio ante ella al caballero que la había estado observando con tanta insistencia.

–Soy *Sir* Joscelyn Threnton– le había dicho él con un ademán que le hizo comprender que él esperaba que se mostrara impresionada–. ¿Me acompaña a tomar un vaso de vino?

–No, gracias, Señor.

–Nunca acepto un no como respuesta. Venga a mi mesa para que nos conozcamos mejor.

–Le repito que no puedo aceptar su invitación.

Sir Joscelyn iba a seguir insistiendo, cuando uno de sus amigos lo llamó desde lejos.

Se alejó y Dorita, temerosa, se había deslizado de su silla, escapándose rápidamente del comedor antes que *Sir* Joscelyn se diera cuenta.

Al cerrar con llave la puerta de su habitación, había creído que se encontraba segura.

Hacía un rato que estaba acostada, cuando escuchó al ocupante de la habitación contigua hablando con alguien que parecía su ayuda de cámara.

Pensó que ese caballero debía haber asistido a las carreras, pues no era probable que alguien tan distinguido pasara la noche en una posada del camino.

Dos años atrás, cuando viajó hacia el Norte con su padre, las posadas estaban casi desiertas.

Los huéspedes eran viajantes de comercio, profesionales o campesinos, y no eran lo suficientemente interesantes como para observarlos o conversar con ellos. Por eso ahora no había podido menos que admirar la elegancia de algunos de los caballeros que asistieron a las carreras.

Hacía mucho tiempo que no veía las corbatas de muselina anudadas con esmero, los pantalones color champaña, tan apretados que parecían pintados sobre el cuerpo y las relucientes botas, en cuyo brillo se reflejaban las imágenes como en espejos.

Todo lo que tuvo para mirar durante dos años fueron las ropas negras de su padre y los harapos de los mineros. Y, al contemplar todo ese esplendor, nunca se imaginó que alguien que parecía un caballero, se comportara en la forma en que lo hizo *Sir* Joscelyn.

*

Despertaron a los pasajeros de la diligencia a las cinco de la mañana y una sirvienta llamó a su puerta para decir:

–Su desayuno está servido, Señorita.

Dorita estaba despierta desde hacía un rato. Dormitó un poco en las primeras horas de la mañana, pero se despertaba sobresaltada, imaginando que *Sir* Joscelyn extendía los brazos para abrazarla y que no podía escapar.

«Mientras más pronto me vaya de aquí, mejor» se dijo.

Se vistió, y guardó su camisón en la pequeña maleta que contenía las cosas que necesitaba para pasar la noche.

Sabía que era muy difícil que ninguno de los asistentes a las carreras estuviera levantado a esa hora tan temprana.

Sin embargo, mientras comía el desabrido desayuno que les sirvieron a los pasajeros de la diligencia, estuvo vigilando la puerta, en caso de que *Sir* Joscelyn se atreviera a entrar.

Y, cuando la diligencia salió del patio de *El Peligan*, exhaló un suspiro de alivio, pensando que había aprendido una lección que nunca olvidaría.

El Marqués se desayunó en sus habitaciones privadas con una abundante selección de platillos bien condimentados y partió de la posada a las nueve y media con otro tiro de caballos descansados, aunque nerviosos, porque al igual que su amo, ansiaban andar por los caminos.

Era un día claro y soleado. Soplaba un aire fresco, pero al salir el sol, sus cálidos rayos le indicaron al Marqués que se acercaba el verano.

Después de vestirse, cuando Jim estaba guardando sus cosas en la lujosa maleta de cuero, había salido al pasillo para mirar hacia el cuarto contiguo.

La puerta estaba abierta y pudo ver que el cuarto se encontraba vacío.

Vagamente recordó que cuando dormitaba en las primeras horas de la mañana, había oído débiles ruidos en el cuarto vecino, tan apagados que no lograron despertarlo del todo, por lo que supuso que la joven que rescató la noche anterior debía ser uno de los pasajeros de la diligencia.

Las diligencias partían a las seis de la mañana, pero estaba seguro de que el resto de los huéspedes de *El Peligan* pasarían otro día más en las carreras.

No deseaba encontrarse nuevamente con *Sir* Joscelyn, por lo que no se entretuvo en el patio, donde había más actividad que a la hora de su llegada.

Los caballos salían de los establos para ser enganchados en los faetones, carruajes, birlochos y calesas que esperaban en el patio.

Los mozos de cuadra y los palafreneros hablaban a gritos entre sí y el posadero iba y venía con las cuentas, que de seguro le había tomado casi toda la noche preparar.

El Marqués dio una generosa propina y partió, ansioso de ponerse en camino antes que hubiera más tráfico, pues le quedaba una distancia considerable por recorrer hasta llegar a la próxima parada.

El día transcurrió sin novedad. Harris hizo los arreglos para que disfrutara a su satisfacción de una excelente comida en otra posada, donde encontró que el dueño disponía de un excelente clarete.

El Marqués compró varias docenas de botellas y ordenó que se las enviaran al Sur, para añadirlas a la enorme cantidad de vino que almacenaba en su cava.

El vino era tan bueno, que decidió pedirle al Príncipe, quien se vanagloriaba de ser un buen conocedor, que lo probara.

Mientras viajaba, empezó a planear una pequeña pero entretenida fiesta en la que tomarían gran variedad de vinos, que por supuesto incluirían el champaña, la bebida favorita del Príncipe.

Cuando ya había escogido a los invitados y hasta el menú, se preguntó si su futura esposa, Beryl, desearía estar presente en esa ocasión.

Era un fastidio que asistieran mujeres a una cena donde el vino y la comida eran los objetivos primordiales.

Mientras más pronto entendiera Beryl que deseaba dar una fiesta para solteros sería mejor, y así ella podría hacer otros planes.

Al pensar en su prometida, no pudo menos que recordar lo desilusionada que se había mostrado su madre al saber a quien había escogido para esposa. Cuando viajó hacia el Norte para darle la noticia de su próximo matrimonio, sabía que era inevitable y, sin embargo, no podía olvidar el pesar que reflejaron los ojos de la Marquesa y la seriedad de su voz.

«Se sentirá feliz una vez que estemos casados» pensó con optimismo, «y cuando tengamos hijos, los adorará y consentirá».

Entonces se le ocurrió, por primera vez, que la vida que Beryl había llevado hasta ahora, no era la más apropiada para convertirla en una madre feliz.

Tal como él mismo la había descrito, Beryl era el alma de todas las fiestas. Siempre se veía rodeada por una multitud de admiradores que se maravillaban de todo lo que decía y la ensalzaban, a veces exageradamente.

Con ánimo de tranquilizarse, pensó: «Nos gustan las mismas cosas y llevamos la misma clase de vida». Estaba seguro de que esa era la base adecuada para formar un sólido matrimonio.

Ya estaba bastante avanzada la tarde, pero todavía les quedaba bastante camino por recorrer antes de llegar a la posada de *"Jorge y el Dragón"*, donde pensaba pernoctar.

Cuando conducía su faetón por una curva de un estrecho camino bordeado de setos, advirtió que, más adelante, había ocurrido un accidente y como iba bastante aprisa, tuvo que tirar con fuerza de las riendas para que los caballos se detuvieran.

–Un accidente– comentó.

–Es la diligencia, *my Lord*– repuso Jim.

Se acercaron. La diligencia se había volteado sobre un costado al lado izquierdo del camino y era evidente que había chocado con una calesa tirada por dos caballos que coceaban y relinchaban, fuera de control.

La diligencia había quedado inclinada contra los setos, lo que impidió que se volteara por completo, pero el equipaje que llevaba en el techo se había esparcido en medio del camino. Unos pollos blancos, que estaban en una jaula, habían escapado y revoloteaban ruidosamente.

A sus clamores, se unían los balidos de una oveja que, metida dentro de un saco bien cosido, yacía de cabeza sobre los setos.

Se oían gritos femeninos y juramentos de voces masculinas, mientras que el dueño de la calesa, un caballero de mediana edad, insultaba furioso al cochero de la diligencia.

Este último, respaldado por el guardia, respondía a las imprecaciones.

El Marqués contempló la escena, divertido. Entonces, como le era imposible pasar y nadie parecía dispuesto a poner orden, le entregó las riendas al palafrenero.

Sin apresurarse se bajó del carruaje y, dirigiéndose a los ocupantes de los vehículos, les habló con voz clara y autoritaria que se elevó por encima de aquel escándalo.

–¡Sujeten a sus caballos, imbéciles!

El dueño de la calesa y el cochero se volvieron a mirarlo, sorprendidos.

–¡Los caballos!– repitió el Marqués y, sorprendentemente, lo obedecieron.

El Marqués se dirigió entonces a los hombres que bajaban a duras penas del techo de la diligencia y a los que sacaban la cabeza por las ventanillas, imposibilitados de bajar debido al ángulo en que se encontraban.

–¡Todo el mundo afuera!– ordenó–, para que puedan enderezar el vehículo, a menos que quieran pasarse aquí toda la noche.

El tono áspero de su voz impulsó a los hombres a ponerse en actividad.

Ayudaron a bajar primero a una mujer gorda, esposa de un granjero, que gritaba:

–¡Mis pollos, *mis pobres pollos!* ¡Estarán todos aplastados!

Insistió en que sus salvadores tomaran una canasta, que contenía unos pollitos de un día de nacidos, que seguramente llevaba al mercado.

Cuando tocó el suelo, declaró con voz estridente:

–¡Es una desgracia la forma como conducen estos cocheros! Deberían hacer algo en contra de eso.

–Estoy de acuerdo con usted, Señora– dijo el Marqués.

Entonces, mientras la mujer seguía lamentándose por sus pollos, dirigió su atención hacia un anciano caballero que temblaba de ira mientras lo ayudaban a bajar, jurando que se le habían roto todos los huesos del cuerpo.

Lo siguieron tres hombres más y por fin el Marqués contempló dos ojos enormes y asustados en un pequeño rostro ovalado, circundado por un maltrecho sombrerito.

Al poner los pies en el suelo, Dorita alzó la vista y vio al Marqués.

Abrió los ojos asombrada y el color subió a sus mejillas cuando él se quitó el sombrero de copa y, haciéndole una reverencia, le dijo:

–Volvemos a encontrarnos, Señorita Clifford.

Ella no supo qué contestarle y sólo le dirigió una mirada lánguida; después, el Marqués prosiguió su tarea de arreglar los desperfectos.

Al fin lograron controlar los caballos que tiraban de la calesa y, con cierto tono perentorio, el Marqués le indicó al caballero de mediana edad que siguiera su camino.

–Pienso demandar a la compañía por los daños ocasionados a mi vehículo– dijo el caballero en tono indignado.

–Dudo que reciba alguna compensación– replicó el Marqués–. Pero puede probar.

–El cochero está borracho, eso es evidente– aseguró el caballero.

–Siempre lo están– contestó el Marqués, a todas luces cansado del tópico.

Ahora que un lado del camino estaba libre, podía proseguir su viaje. Antes, dio instrucciones a los hombres que viajaban en la diligencia para

que enderezaran el vehículo y lo pusieran nuevamente en condiciones de partir.

–Maneja con más cuidado en lo futuro– le ordenó al cochero.

El rostro del hombre se puso encarnado, pues merecía la reprimenda ya que, aunque no se encontraba borracho, había tomado más copas de las debidas.

Para mitigar la severidad de sus palabras, el Marqués le dio una guinea y el cochero se deshizo en amabilidades.

Enderezaron la diligencia, recogieron a la mayoría de los pollos y los regresaron a la jaula; la oveja que seguía balando lastimosamente fue puesta de nuevo en el techo y los pasajeros empezaron a tomar su lugar.

El Marqués se dirigió hacia Dorita que permanecía de pie, un poco apartada de los demás.

–¿Sabe dónde pasará la noche?– le preguntó.

–En una posada llamada "*Jorge y el Dragón"*.

–Entonces yo la llevaré, porque es allí donde me dirijo.

Ella lo miró; volvió el rostro hacia la diligencia, y de nuevo a él.

–Yo... me gustaría, pero...

–No hay pretextos– la interrumpió el Marqués–. Mi palafrenero cuidará de su reputación y llegará a su destino con mayor rapidez y más comodidad que si espera por esos viejos gruñones.

Ella sonrió y cuando iba a inclinarse para recoger su maleta que estaba junto a ella sobre la hierba, el Marqués le ordenó:

–¡Déjela!

La ayudó a subirse al faetón y dio la vuelta por el otro lado. Jim bajó del coche y le entregó las riendas.

El palafrenero recogió la maleta y se subió al asiento detrás de la capota. Se pusieron en camino, deslizándose a tal velocidad que muy pronto dejaron atrás la escena del accidente.

El Marqués permaneció silencioso y después de un rato, Dorita lo miró con disimulo. No sólo era un hombre impresionante, sino muy apuesto. Al mismo tiempo, su presencia le infundía temor.

Tal vez se debiera al orgullo con que levantaba la cabeza, o a la expresión casi desdeñosa de su rostro, como si todo estuviera por debajo de

él.

Sus facciones eran clásicas, pero corrían dos líneas desde los lados de su nariz hasta su boca y ella pensó que indicaban cinismo ¿o sería aburrimiento?

De pronto se sintió muy joven e inexperta y casi deseó estar en la diligencia en vez de viajar con un extraño.

Entonces él se volvió y le sonrió y ella pensó, insensatamente, que su sonrisa era muy cálida.

–¿Se encuentra bien?– preguntó el Marqués.

–Sus caballos son magníficos, Señor!

–Me alegra oírla decir eso.

–Son los caballos más hermosos que he visto excepto, quizá, los que tiraban de su carruaje ayer.

El Marqués la miró sorprendido y ella le explicó:

–Adoro los caballos. Esta mañana, mientras esperaba por la diligencia, miré en los establos de la posada y un mozo me dijo que los cuatro magníficos caballos castaños pertenecían a... *Sir* Alexander Abdy.

Hizo una pausa antes de preguntar:

–¿Ese es su nombre, no?

–Efectivamente.

–Entonces.... quisiera darle las gracias otra vez.

–Olvídelo. Es inútil hablar de algo que ya no tiene importancia. Sin embargo, me gustaría saber su nombre.

–Me llamo Dorita Clifford.

– Dorita – repitió el Marqués–. Hermoso nombre. Le va muy bien.

El pequeño cumplido hizo que el rostro de Dorita se tiñera de púrpura. Sin duda estaba asustada y llena de desconfianza por lo que le había sucedido la noche anterior.

El Marqués no estaba acostumbrado a la compañía de chicas jóvenes, pero presintió que Dorita, era excepcional, además de ser muy bella. No se había equivocado cuando, al verla por primera vez, intuyó que no sólo era encantadora, sino muy sensitiva, atributo que brillaba por su ausencia entre las hijas de los aristócratas que le fueron presentadas durante su viaje hacia el Norte.

Le habló de sus caballos, contándole dónde los había comprado y la historia de su crianza. Se percató de que Dorita, a diferencia de la mayoría de las mujeres, no sólo no fingía, sino que se interesaba de verdad en sus palabras. Sus inteligentes preguntas le indicaron que amaba los caballos y que había estudiado equitación. Empezó a preguntarse quién sería y de dónde había venido.

El no podía saber que el Conde de Fernleigh tenía un establo de caballos de carreras y que de niñas, Beryl y Dorita competían con los palafreneros en seleccionar a los ganadores de las carreras más importantes.

Muy pronto estuvo a la vista la vieja posada de "*Jorge y el Dragón*", que tenía fama de haber sido visitada muchas veces por los asaltantes de caminos.

–Como ambos pasaremos aquí la noche, me veré muy honrado, Señorita Clifford, si accede a cenar conmigo.

La sorpresa que reflejaban los ojos de Dorita lo hizo apresurarse a añadir:

–Han reservado un sitio para mí y estoy seguro de que el menú será mucho mejor que el de los pasajeros de la diligencia.

–Eso no será muy difícil, a juzgar por la cena de anoche– respondió Dorita sonriendo.

–Entonces, ¿cenará conmigo?

Ella lo miró con un destello de preocupación en los azules ojos.

–¿No estará... mal?

–¿Mal?

–Viajo sola... y no sé... si es correcto que acepte la invitación de alguien... que no me ha sido presentado. Titubeaba, y en su mirada se leía el temor de que él pudiera reírse de ella, pero el Marqués le respondió con gravedad:

–Considerando las circunstancias en que nos conocimos, Señorita Clifford, creo que debemos darnos por presentados. Además, estando en mi compañía, no se expondrá a las molestas atenciones de cualquiera que esté cenando en el comedor.

Observó como ella se estremecía al recordar lo sucedido la noche anterior, y entonces Dorita añadió rápidamente:

–Preferiría... estar con usted.

–Entonces, estamos de acuerdo. Aunque me temo que acostumbro cenar tarde: a las siete y media, pero así tendrá tiempo de descansar.

–Gracias, muchas gracias.

Entraron en el patio de "*Jorge y el Dragón"* y cuando el dueño se apresuró a recibirlos, el Marqués explicó la presencia de Dorita.

–La diligencia sufrió un accidente a unos siete kilómetros de aquí. He traído conmigo a la Señorita Clifford, una de las pasajeras. Le suplico que le de una habitación confortable.

–A sus órdenes, Señor– replicó el dueño, inclinándose obsequiosamente ante el Marqués y ante Anne.

Al ver la habitación que le destinaran en el primer piso, Dorita estuvo segura de que era mucho más confortable que la que le hubiera correspondido como pasajera de la diligencia.

«Es un caballero muy amable» pensó, y siguiendo la sugerencia del Marqués, se desvistió y se recostó en la cama.

Estaba tan cansada después de los sobresaltos de la víspera, que se quedó dormida, despertándose a las siete, cuando la sirvienta le trajo una vasija con agua caliente.

Levantándose rápidamente, se lavó y se cambió de ropa.

Se puso un vestido de muselina barata confeccionado por Abby que, por supuesto, no era la clase de ropa que usaría una invitada de *Sir* Alexander.

Abby le había puesto en el cuello unos vuelos de muselina blanca, recogidos con una cinta azul, y otros en las mangas, haciendo juego.

Era azul pálido y Dorita lo había destinado para el viaje porque ya estaba viejo, y no era lo suficientemente elegante para usarlo en Fernleigh.

Deseó tener uno de los vestidos de noche de su madre para ponerse, pero luego comprendió que era un pensamiento absurdo.

Sir Alexander era indudablemente un gran señor y sólo la había invitado a cenar con él porque era muy amable y comprendía lo asustada que se había sentido.

Con toda seguridad, no se fijaría en la ropa que luciría una persona tan insignificante como ella, y sólo deseó no ser una compañera aburrida y hablarle de asuntos que le interesaran, siguiendo los consejos de Abby.

«Debo tener mucho cuidado de hablar sólo de cosas que le interesen se recomendó a sí misma Debo tener mucho cuidado de hablar sólo de cosas que le interesen se recomendó a sí misma.

Por lo pronto, sabía que tenían algo en común: los caballos. Por lo pronto, sabía que tenían algo en común: los caballos.

Se cepilló el cabello hasta hacerlo brillar y, cuando bajó, se encontró al posadero esperándola al pie de la escalera.

–Tengo entendido que va a cenar con *Sir* Alexander Abdy, Señorita– dijo el hombre.

Sin esperar a que Dorita le contestara, se dirigió al final del pasillo y abrió una puerta.

Dorita, con cierta timidez, entró en la habitación. Esta era muy grande, pero a primera vista daba la impresión de ser confortable y atractiva. El techo estaba cruzado con vigas de roble y las paredes decoradas con antiguos paneles de la misma madera. El fuego ardía en la gran chimenea.

La mesa redonda, cubierta por inmaculado mantel, estaba puesta para dos personas y varias botellas de vino se enfriaban en un cubo de hielo.

Dorita esperaba que su anfitrión ofreciera un aspecto impresionante, porque ya había admirado su bien entallada levita de pana, los intrincados pliegues de su corbata y el ángulo en que usaba el sombrero de copa alta sobre los oscuros cabellos. Pero nunca imaginó que un hombre pudiera verse tan espléndido como el Marqués en sus ropas de etiqueta y, por unos momentos, permaneció contemplándolo con admiración.

Entonces, recordando sus buenos modales, le hizo una reverencia. El Marqués inclinó la cabeza y le indicó una silla junto al fuego.

–Venga y siéntese, Señorita Clifford. Espero que haya descansado.

–Me quedé dormida.

–Entonces estará esperando su cena con tanto entusiasmo como yo. ¿Puedo ofrecerle una copa de madeira?

–No he tomado nada... en dos años.

En su casa de Hertfordshire algunas veces se le permitía probar de la copa de su madre.

–Entonces le serviré muy poco– dijo el Marqués.

Cuando Dorita sintió el fuerte sabor del vino rememoró los días felices en que su familia no tenía que economizar, como se vio forzado su padre en Barrowfield.

En los buenos tiempos, sus padres tomaban vino en la cena y se servían pollos gordos, pichones bien dorados y grandes lascas de carne.

Anne recordó que debía obedecer a Abby y no pensar en lo que había dejado atrás. Pero cuando el posadero, ayudado por dos sirvientas tocadas con pequeñas cofias, trajo la copiosa cena, no pudo evitar pensar en los niños de mejillas hundidas y ojos hambrientos.

Con resolución, desechó esos recuerdos de su mente y disfrutó de cada platillo que se le servía, aunque comió muy poco en comparación con el Marqués.

–Háble me de usted– le pidió él cuando saboreaban un delicioso pescado que, según el posadero, acababa de saltar del mar.

–Mejor hablemos de sus caballos, Señor. Comentó que tenía caballos de carreras. ¿Los va a inscribir en el Clásico este año?

El cambio de tema tuvo éxito. El Marqués empezó a hablar de su ambición de ganar la Copa de Oro en Ascot y discutió cuáles eran los establos que tenían más posibilidades de derrotarlo.

Luego, le contó a Dorita sobre los caballos árabes que trajo de Siria y los húngaros que su madre admirara.

A veces hablaba en tono lento e indiferente, con los ojos semicerrados, pero no engañó a Dorita. Comprendía que los caballos significaban mucho para él.

–Me imagino que sabe montar bien– dijo el Marqués.

–No he montado en dos años. Pero, por favor, dígame qué caballos inscribirá en la carrera de St. Leger. Así, cuando llegue septiembre, podré buscar sus nombres en los periódicos.

El Marqués no insistió, pero fue lo bastante astuto para comprender que los dos años que Dorita mencionaba tenían un profundo significado para ella. Dorita pensó que había logrado evadir sus preguntas, pero lo cierto fue que él no deseaba alterarla y, comprendiendo que evitaba hablar de sí misma, se limitó a observar las diferentes expresiones que se sucedían en sus hermosos ojos.

Cuando terminó la cena el Marqués se echó hacia atrás en su silla con un vaso de oporto en la mano, diciéndose que era la primera vez que cenaba solo con una mujer sin que hablaran de otra cosa que de su propia persona.

Aquellas con las que había pasado tantas horas ociosas, sólo querían hablar de asuntos que les concernían, aunque siempre relacionados con él, pero se mostraban poco dispuestas a expresar sus sentimientos, sus emociones y las volubles ambiciones que las dominaban.

«Hay algo misterioso en esta joven», pensó el Marqués.

Cuando se levantaron de la mesa y se sentaron junto a la chimenea y el posadero hubo salido de la habitación después de dejar una botella de oporto en una silla, no pudo reprimir su curiosidad.

–¿Viaja usted al Sur para casarse o comprometerse en matrimonio?– le preguntó.

–No, nada de eso.

–Parece muy segura. Pero no dudo que haya muchos hombres dispuestos a hacerle la corte.

Dorita sonrió.

–Por el momento, no hay ninguno.

–¿No hay hombres de donde viene usted? ¿O están todos ciegos?– dijo él alzando las cejas.

Dorita se sonrojó y el Marqués contempló divertido cómo se le subían los colores al rostro. Le dijo entonces, gravemente:

–Es usted muy hermosa y debe haberlo notado al mirarse al espejo.

Dorita miró hacia el fuego sin responder. Pero él vio cómo se retorcía los dedos y comprendió que se sentía temerosa.

–¿En dónde parará mañana en la noche?– preguntó cambiando de tono.

Dorita permaneció un momento pensativa.

–Creo que en el *White Hart* en Eaton Socom.

–Entonces no podré pedirle que cene conmigo otra vez. Tengo que desviarme antes de llegar allí.

El creyó ver pasar una sombra de desilusión en los grandes ojos azules, pero no estaba seguro.

–Tiene que cuidarse cuando yo no esté allí para protegerla. Aunque, por supuesto, después de rescatarla dos veces, me corresponde el derecho de

hacerlo una tercera vez.

–¡Espero que no!– dijo Dorita rápidamente y luego, un poco avergonzada, añadió–: no quiero decir eso... sólo que... los accidentes y los otros sucesos son muy perturbadores.

–Por supuesto, y es por eso, como bien sabe, que no debería viajar sola.

–No pudo evitarse. Nadie pudo acompañarme.

–¿Nadie?

Ella negó con un movimiento de cabeza y entonces, temiendo que él la siguiera interrogando, añadió:

–Como tengo que levantarme mañana muy temprano y se está haciendo tarde, creo que debo retirarme.

Se puso de pie y el Marqués la siguió.

El era de estatura mucho más elevada que ella por lo que Dorita alzó la vista para mirarlo, maravillada de nuevo ante su apostura.

–Como no volveré a verlo, Señor– dijo rápidamente para tratar de disimular su turbación–, quiero darle de nuevo las gracias por sus bondades para conmigo. Si no hubiera estado allí anoche...

Desvió la mirada, estremecida.

–Pero yo estaba allí– dijo el Marqués–, y tal vez, Dorita, volveremos a encontrarnos.

Cuando ella le extendió su pequeña mano, él la oprimió con fuerza.

Dorita experimentó una sensación extraña y se sintió cohibida.

–Gracias, gracias... sólo desearía poder expresarme... con más elocuencia.

–Si desea expresar su gratitud, hay una manera muy sencilla de hacerlo.

Ella le dirigió una mirada interrogadora, sin comprenderlo y él, soltándole la mano, le levantó la barbilla.

Dorita permaneció inmóvil, sin adivinar lo que ocurriría después. De pronto, los brazos de él la rodearon y la besó en la boca.

Se sorprendió tanto que apenas podía respirar. Se sintió cautiva y pensó que debía luchar, escaparse, pero el roce de aquellos labios la hipnotizaba, manteniéndola inmóvil. Despertó en ella una cálida sensación, una emoción que la recorría todo el cuerpo, subiendo por su pecho hasta la garganta.

Era una sensación tan maravillosa, tan diferente de todo lo que había conocido o imaginado, que su cerebro se nubló. De súbito ya no era dueña de sí misma; era ahora parte de él y todo lo hermoso que existía en el universo, todo lo que jamás se atrevió a desear, parecía concentrarse en él. No hizo ningún esfuerzo por escapar de la dulce prisión de aquellos brazos, de aquella boca cuyo embrujo la traspasaba como una daga. Era un instante perfecto, que parecía emanar del mismo cielo.

¿Cuánto tiempo estuvo entre sus brazos? ¿Cuánto tiempo duró aquel beso? Dorita no podía saberlo.

Sólo sabía que había sido transportada a un mundo diferente al que conocía.

Sus pies no parecían pisar el suelo, parecía volar a través del espacio, como un ser mítico.

El Marqués alzó la cabeza y la miró a los ojos.

Ella tembló al regresar a la tierra y, con un sobresalto, recordó quién era y por qué estaba allí. Lo miró con el rostro radiante y los labios entreabiertos, respirando con dificultad.

Entonces, con un murmullo inarticulado, sin saber lo que hacía, se volvió y atravesó la habitación.

Salió, cerrando la puerta tras ella antes de correr, ¿o volar?, por el pasillo y la escalera hasta llegar al santuario de su dormitorio.

Capítulo 3

CUANDO al llegar a Hatfield, Dorita se bajó de la diligencia, vio a uno de los carruajes de su tío que esperaba por ella.

Reconoció al lacayo de librea azul con botones plateados, quien le sonrió al quitarse el sombrero.

–Buenas tardes, Señorita Dorita. Me da gusto verla otra vez.

–Yo también me alegro de verte, Ned. Es un alivio que hayas estado esperándome.

–*My Lady*, pensó que tal vez no llegaría hasta mañana, conociendo lo impuntual que son las diligencias.

El lacayo miró con cierto desdén el pesado vehículo mientras recogía la maleta de Dorita y la llevaba hacia un *landau* cerrado, tirado por dos caballos pura sangre.

El cochero, a quien dorita también reconoció, la saludó y ella se sentó en el cómodo carruaje, recostándose sobre los cojines mientras Ned iba a recoger su baúl.

«Como en los viejos tiempos», pensó, rodeada de los atentos sirvientes que conoció de niña.

Deseó que Abby estuviera allí para apreciar la rapidez con que el guardia de la diligencia le entregó su baúl a Ned. Entonces partieron hacia la villa de Fernford, que quedaba a dos kilómetros de Hatfield.

Durante los dos últimos días de su viaje, Dorita sólo pudo pensar en *Sir* Alexander Abdy. Le fue imposible dormir después de ese beso y se quedaba despierta en la oscuridad, creyendo sentir otra vez los brazos que la estrechaban y la presión de los labios que besaban los suyos.

Muchas veces trató de imaginarse qué se sentiría al ser besada por un hombre y ahora pensó que ya nunca más volvería a ser la misma.

De niña, al escuchar los cuentos de hadas que su madre le refería y, más tarde, cuando empezó a leer libros, llegó a comprender que se ocultaba algo místico y misterioso detrás de las cosas sencillas que la rodeaban.

Presentía que algún día entendería los anhelos que la embargaban y sus emociones más íntimas.

Cuando la luna traspasaba las ramas de los árboles con sus rayos de plata, o cuando la luz del sol jugueteaba sobre un agua quieta, todos sus sentidos respondían de una manera extraña e incitante.

Otras veces, el vuelo de una mariposa sobre los pétalos de una flor o la canción de la brisa entre los árboles la exaltaban de una manera inexplicable.

Tenía entonces la sensación de que lo que trataba de comprender estaba fuera de su alcance. Lo presentía, estaba a su alrededor y, sin embargo, la eludía como un fuego fatuo impalpable.

De pronto, cuando el Marqués la besó, había capturado ese prodigio, comprendiendo que le pertenecía.

Era una maravillosa e inexplicable sensación y, aunque su cuerpo respondió también, comprendió que toda la gloria de ese momento se encontraba en su mente.

Se dijo que era lo mismo que experimentaba cuando rezaba o cuando recibía la comunión muy temprano en la mañana y la única luz que atenuaba la oscuridad de la Iglesia eran los candelabros del altar.

Aunque trató de explicarse lo que sentía, comprendió que no podía expresarlo con palabras; era un secreto que formaba ya parte inseparable de su ser.

Tímidamente imaginó que, en cierto modo, había pasado a formar parte integral del hombre que la besó.

Al transcurrir el día y pasar otra noche en una posada, pensó que tal vez todo había sido producto de su imaginación.

¿Podía existir realmente alguien como *Sir* Alexander Abdy? ¿Alguien que tuviera su presencia y su atractivo, y que fuera capaz de despertar en ella sentimientos que la hacían estremecer tan sólo con imaginarlos?

«No lo veré más», pensó con desesperación y se dijo así misma que tal vez era lo mejor.

Haciendo caso omiso de la magia que envolvió ese momento, todo se reducía al hecho de que había permitido que un desconocido la besara, un hombre a quien conoció por casualidad y al que no supo rechazar, abandonándose por completo entre sus brazos.

El portento de aquel instante no evitaba que comprendiera que su madre no hubiera aprobado su conducta y ni ella misma podía encontrar un pretexto válido que la explicara.

No quería imaginar siquiera lo que pensaría Abby si la hubiera acompañado. Sin embargo, si hubiera estado allí, *Sir* Joscelyn no se hubiera introducido en su cuarto por la fuerza y no hubiera necesitado que la rescataran.

Decidió no decirle nunca a nadie, ni siquiera a Beryl o a Abby, lo ocurrido esa noche.

Su secreto entrañaba una explosión de alegría y no quería empañarlo pretendiendo que estaba avergonzada. Nadie entendería las consecuencias íntimas de lo que a primera vista parecía un acto reprobable.

Los caballos dieron vuelta para entrar a la mansión, pasando junto a las pequeñas casetas que se encontraban a cada lado de las enormes rejas de hierro fundido, en las que se destacaba el escudo de Fernleigh.

Dorita contempló los robles donde ella y Beryl solían jugar a las escondidas cuando eran niñas y la alta construcción de ladrillo rojo construida en la época de la Reina Ana.

Era una mansión muy atractiva y mucha gente se maravillaba ante el esplendor de su arquitectura, pero para Dorita era simplemente su hogar.

Apenas pudo esperar que se abriera la puerta del carruaje y bajaran la escalerilla para descender con rapidez.

Tan ansiosa como ella, Beryl la esperaba al pie de la escalinata. Rodeó a Dorita con sus brazos y las dos primas se besaron con afecto.

—¡Querida, *Querida Dorita!*– exclamó Beryl–. ¡Te he extrañado tanto! Estoy muy contenta de volver a verte.

–La diligencia llegó a su debido tiempo– dijo Beryl–. Es tan increíble como verte aquí otra vez. ¡Tengo tantas cosas que contarte!

Tomando a Dorita de la mano, la condujo al Gran Salón que daba al jardín de rosas en la parte trasera de la casa.

–Beryl, te has convertido en una mujer encantadora– dijo Dorita desatando las cintas de su sombrero–. Te veo mucho más hermosa de lo que recordaba.

–Quería que pensaras eso.

Dorita decía la verdad. Su prima era considerada con justicia la joven más hermosa de Inglaterra y sus admiradores no exageraban al compararla con una rosa de los jardines ingleses.

Tenía el cabello dorado, no como el suave tono del cabello de Dorita, sino de un color vívido y brillante. Sus ojos eran intensamente azules y su cutis blanco y rosado, como sueñan todas las mujeres.

Ella y Dorita eran de la misma estatura y de niñas tenían el mismo peso, pero ahora, debido a la escasa dieta a la que se había visto sometida mientras vivió en el norte, Dorita estaba más delgada. Sus mejillas se veían un poco hundidas, mientras que el rostro de Beryl era un óvalo suave y lleno.

El carmesí de los labios de Beryl –algo realzado por los artificios–, el brillo de sus ojos y la vivacidad con que hablaba meciendo sus dorados rizos, hacía difícil que nadie, incluyendo a Dorita, pudiera contemplarla sin sentir admiración.

–¡Eres tan hermosa!– repitió Dorita asombrada.

–¡Imagínate lo impresionante que luciré cuando me vista con los trajes de mi nuevo ajuar de novia*!*

Se adelantó para besar de nuevo a Dorita en la mejilla y dijo:

–Tendrás que ayudarme, Querida, o no estará listo a tiempo. ¡Oh! Eso me recuerda que hay dos nombres más que tengo que añadir a la lista de invitados a la boda.

Con un movimiento rápido como el de un colibrí, atravesó el salón y se dirigió a un escritorio. Tomó una pluma y empezó a escribir, diciendo por encima de su hombro:

–Sé que si me olvido de invitar a alguien se convertirá en mi eterno enemigo y por ello estoy preparando la lista de invitados según me vienen los nombres a la mente.

Dorita asentó su sombrero antes de responder:

–Tienes que mostrármela. Entonces podré preguntarte por todos los amigos que conocí pero que ya deben haberse olvidado de mí.

–El Capitán y la Señora Chalmers– dijo Beryl en voz alta mientras escribía sus nombres.

–Me acuerdo de ellos– exclamó Anne–. Ella era una mujer muy dulce, pero él siempre me pareció un poco agresivo. Pero, eso me recuerda a otro soldado. ¿Cómo está Rodney?

Beryl se puso rígida, pero Dorita no se percató de ello.

–Sería divertido verlo de nuevo– siguió diciendo–. ¿Recuerdas como se burlaba de nosotras? Como aquella vez que nos quitó la escalera y tuvimos que quedarnos entre las pacas de heno del establo por más de una hora hasta que nos rescataron. Estoy segura de que si alguien está celoso de tu matrimonio, debe ser Rodney.

Como Beryl no respondía, Dorita presintió que algo estaba mal.

–¿Qué ha pasado?– preguntó en voz baja.

–¡Rodney ha muerto!

Al pronunciar aquellas palabras, Beryl se levantó del escritorio *y* fue a pararse junto a una de las ventanas francesas que se abrían al Jardín.

–¿Muerto? ¡Oh, Beryl, yo no sabía! Nadie me lo dijo. Pero, ¿cómo pudo suceder eso?

–Lo mataron en Francia– dijo Beryl después de un momento.

–Pero la guerra había terminado cuando Papá y yo nos fuimos al Norte. ¿Recuerdas lo emocionadas que nos sentimos cuando supimos que París se había rendido?

Hubo una pausa antes que Beryl contestara:

–El Duque de Wellington no sabía que las Fuerzas Aliadas habían tomado París y que la guerra ya había terminado.

–Supimos que el Regimiento de Rodney entró en Francia por St. Jean-de-Luz– dijo Dorita hablando consigo misma.

–Penetraron hasta Toulouse– dijo Beryl con voz entrecortada–. Y por supuesto no supimos, hasta mucho después, que Marshal Soult estaba convencido de que Toulouse era impenetrable.

–Y el Duque de Wellington atacó...–dedujo Dorita.

–Hubo muchas bajas– prosiguió Beryl casi entre sollozos–. Los periódicos reportaron que cerca de cinco mil soldados perecieron y... Rodney estaba entre ellos.

–¡Oh, lo siento, Beryl, lo siento tanto!– sollozó Dorita–. No pude imaginármelo. Jamás lo mencionaste en tus cartas.

–Los Marsden no supieron nada hasta después de Navidad. Entonces les dijeron que Rodney no estaba... entre los sobrevivientes de la batalla.

–Apenas puedo creerlo– susurró Dorita.

Rodney Marsden había formado parte de la niñez de ambas. Su padre era un terrateniente con propiedades tan vastas como las del Conde, y Rodney, aunque tres años mayor que Beryl, era hijo único, igual que las primas, y siempre pasaba las vacaciones en su compañía.

Como el Conde le tenía mucho aprecio, le permitía cazar patos en sus lagos y pichones y conejos en sus bosques. Luego, cuando creció, él solía acompañar a su padre a cazar faisanes y perdices.

El hacendado Marsden tenía buenos caballos, especialmente apropiados para la caza, y Rodney se ofrecía a servirles de guía a Beryl y a Anne en las cacerías.

También era su compañero de baile en las fiestas que el Conde ofrecía en Navidad y Dorita pensaba que era el hermano que siempre ansió tener.

No fue sino hasta ese instante, al saber que había muerto, que comprendió cuánto había deseado volver a verlo. Abrazando a Beryl le dijo con voz suave:

–Nuestro único consuelo es saber que esa era la manera... como Rodney hubiera deseado morir. ¡Estaba tan orgulloso de pertenecer al Ejército!

–He aprendido a no pensar en él– repuso Beryl con voz grave–. No hay nada que pueda remediarse cuando una persona muere y ¡las lágrimas no me sientan!

Dorita amaba y conocía bien a su prima, y sabía que el comentario ocultaba sus verdaderos sentimientos.

–Cuéntame de tu compromiso– le dijo entonces en tono despreocupado–. Sabes, Beryl, aunque es muy propio de ti, olvidaste decirme el nombre de tu futuro esposo.

–Espera a que lo veas y te impresionarás. ¡Oh, Dorita, soy tan afortunada! La joven más afortunada del mundo. Todas las mujeres de Inglaterra han tratado de capturar a Gallen, y aun muchas que ya están casadas. Se valen de toda clase de artimañas para atrapar al hombre más codiciado de la sociedad, pero yo he sido más lista, pues fui quien lo pescó.

Hubo algo en su forma de hablar que disgustó a Dorita.

–Estoy segura, Querida, que él se siente feliz de que lo hayas atrapado– comentó.

–Es el triunfo de mi vida. El *Grande Finale* de mi carrera como la "*Incomparable*" ¿Sabías que el Príncipe Regente me llamó así?

–Eso me dijiste en tus cartas.

–No pude decirte ni la mitad de las cosas que quería contarte. Odio escribir cartas. Además, nunca tengo tiempo.

Dio un giro en redondo y su falda bordada revoloteó alrededor de ella.

–¡Soy todo un éxito! No sé por dónde empezar a contarte. Me invitan a todas las fiestas, a todos los saraos, a los bailes. No hay quien se atreva a hacer una reunión sin contar conmigo.

Dorita se rió al escucharla.

–Estás presumiendo, igual que hacías cuando te sacabas el mejor premio en el sorteo de Navidad. Me parece aún verte cuando corrías por el salón y gritabas: «¡Miren! ¡Me saqué la caja más grande de bombones! ¿Verdad que soy muy lista?»

Eso es exactamente lo que tengo ahora, porque no existe un bombón más grande que Gallen. Es el líder de la sociedad, un *Corintio*, el galán de moda y el Príncipe Regente lo adora.

Hizo una pausa para tomar aliento, pero antes que Dorita pudiera comentar algo, añadió:

–No sabes lo rico que es. Papá piensa que es el hombre más acaudalado de todo el país. Su castillo en Huntingdonshire está dedicado exclusivamente para celebrar fiestas. Seré la anfitriona más importante y con más influencia en todo el "Bello Mundo" y por si fuera poco, andaré cubierta de diamantes.

–¡Oh, Beryl, qué tonta eres! No me has dicho lo que quiero saber.

–¿A qué te refieres?

–¿Estás... muy enamorada?

–Mi querida Dorita, el amor como lo concebíamos cuando éramos niñas, es algo que sólo experimentan los campesinos.

Dorita la miró con fijeza, sin poder creer que hablara en serio.

–¿Qué es lo que estás tratando de decirme?

–Lo que estoy diciendo es que Gallen y yo nos llevamos muy bien. Tenemos los mismos gustos, ambos brillamos con idéntico esplendor en el mismo firmamento social y los dos sabemos comportarnos como gente civilizada.

–Entonces... si no lo amas..., ¿por qué te casas con él?

–¿Por qué me caso con él?– repitió Beryl–. Ya te lo he dicho: es el hombre más rico y más importante de Inglaterra. ¿Qué más puede pedirse?

–Pero, Beryl– dijo Dorita casi sin aliento y con expresión ansiosa–, cuando hablábamos acerca del amor y cuando debutaste en sociedad, ambas juramos que nunca nos casaríamos a menos que estuviéramos enamoradas.

–Esos eran mis propósitos. Pero las cosas no resultaron así.

–¿Y crees que serás feliz sin amor?

–¡Por supuesto que seré feliz con Gallen! Tendré todo lo que quiero. ¡Todo!

–¿Y él? ¿Te ama? Debe estar enamorado de ti, o de lo contrario no se casaría contigo.

Beryl hizo un guiño picaresco.

–Gallen quiere tener un heredero, lo cual es muy natural, dada su posición. Y también tengo el presentimiento, aunque él no lo ha mencionado, de que trata de escapar de las ardientes atenciones de una persistente viuda.

Dorita se sentó en el sofá.

–Lo que me cuentas no me hace muy feliz.

–Hablas exactamente como una de nuestras institutrices. ¡Dios mío! Se me estaba olvidando la Señorita Dawson– añadió Beryl sentándose ante el *escritorio*–. Tengo que invitarla a la boda.

–No me has dicho el nombre de tu futuro esposo. Sólo sé que se llama Gallen, pero debe tener un apellido.

–Es el Marqués de Havingham.

Beryl estaba de espaldas y no pudo ver la mirada incrédula de su prima y la expresión de horror que le siguió.

Por un momento, Dorita, se quedó sin aliento y al fin exclamó con voz ahogada:

–¡No... no es posible!

–Sabía que te impresionarías. Aun en el apartado Norte debes haber oído hablar del Marqués de Havingham. Ahora comprenderás por qué estoy tan entusiasmada con mi próxima Boda.

Anne trató de tomar aliento. No podía creer lo que Beryl le decía. Era imposible que su prima, a quien tanto amaba y con quien se había criado, fuera a casarse con el hombre que odiaba con todas las fibras de su ser.

¿Cómo explicarle a Beryl, que estaba tan entusiasmada con la boda, que su futuro esposo era un monstruo cruel, el responsable de la muerte de tantos niños, cuya ambición convertía a sus madres en lisiadas y a sus padres en patanes inútiles?

La imagen de Barrowfield acudió a su mente. La inmundicia de las casas llenas de hollín, los cerros de carbón que oscurecían el cielo al arder, el ruido de las fraguas y las chimeneas que vomitaban humo por todas partes.

Podía ver en su imaginación, recordando las descripciones de su padre, a los niños de cinco años, que pasaban hasta dieciséis horas agazapados en un agujero oscuro, completamente solos.

Otros pequeños empujaban a través de los túneles los carros llenos de carbón y como las bombas en la mina Havingham eran tan obsoletas y tan poco efectivas, los niños tenían que pasarse hasta doce horas con el agua hasta los tobillos.

Cuando su padre regresaba a casa por las noches, se quejaba del dueño de la mina, lamentándose con voz cansada, porque ya no le quedaban energías ni para hablar, de las malignas condiciones de trabajo.

–La mina no ofrece seguridad– decía a menudo y Anne le preguntaba desesperada.

–¿Y no puede hacerse algo para remediarlo, Papá?

–¿Y a quién le importa?– contestaba su padre encogiéndose de hombros–. De seguro que al Marqués de Havingham no le interesa.

Todo lo que había escuchado sobre la miseria, suciedad y degradación en Barrowfield, pasó de nuevo por su mente.

Su primer impulso fue describirle a Beryl lo que ocurría en ese lugar y pedirle que se casara con cualquiera, menos con el Marqués de Havingham. Entonces, como si estuviera parada junto a ella, pudo escuchar a Abby advirtiéndole que no aburriera a las personas del Sur hablándoles de los problemas de la mina.

–No entenderían– había dicho Abby, y Dorita sabía que era verdad.

Antes de marchar con su padre a Barrowfield, ella tampoco hubiera comprendido y aun dudó que madre, comprensiva y bondadosa, pudiera haber imaginado los horrores que allí existían.

Haciendo un esfuerzo sobrehumano, permaneció en silencio.

Al levantarse del escritorio, Beryl sugirió:

–Vamos arriba, querida. Quiero mostrarte algunas de las cosas que he comprado para mi ajuar de novia. Tengo muy pocas todavía, pero iremos a Londres la semana que viene para gastar una fortuna en los vestidos más lujosos que puedan comprarse en Bond Street.

Se acercó a Dorita, pero al llegar junto a ella, le dijo en tono preocupado:

–Te veo pálida, Querida. Supongo que estarás cansada después de un viaje tan largo, lo que no es extraño.

–Estoy un poco... cansada.

En silencio, Dorita se dejó conducir por Beryl al piso superior, donde le habían destinado la misma habitación que ocupaba cuando era niña, pues algunas veces, cuando sus padres salían de viaje, ella se quedaba en Fernleigh, del mismo modo que Beryl permanecía con ellos cuando era conveniente para la Condesa.

En aquellas ocasiones, las niñas planeaban juntas alguna travesura, como subirse a los fardos de heno o nadar en el lago a la hora en que deberían estar durmiendo.

Por consiguiente, en Fernleigh llamaban a la habitación contigua a la de Beryl “la habitación de la Señorita Dorita” y ahora, allí estaba su dormitorio esperando por ella, con las cortinas de seda corridas, dejando ver el lago inundado de sol.

Por un momento, Dorita creyó ver un desolado paisaje cubierto de hollín, y las casuchas donde vivían hombres, mujeres y niños tan ennegrecidos como el carbón con que trabajaban.

Deliberadamente le preguntó a Beryl acerca de su ajuar de novia *y* más tarde la hizo hablar sobre su boda, procurando ser discreta.

–¿No crees, Querida que... si esperaras un poco más, encontrarías a alguien... a quien amaras con todo tu corazón?

Viendo la expresión del rostro de Beryl, añadió rápidamente:

–Pareces una Princesa de un cuento de hadas y deseo que encuentres a tu *príncipe azul*.

–Espera a que veas a Gallen. Es exactamente el príncipe azul de quien hablábamos cuando te sentabas en mi cama y nos preguntábamos con quién nos casaríamos. Siempre quise verme como una reina o una princesa, y casi lo seré al casarme con Gallen, que es más importante que muchos príncipes y, por supuesto, mucho más solvente que el Príncipe Regente.

–Me imagino que eso no será muy difícil. Hasta yo he oído hablar de las montañas de deudas de Su Alteza Real.

–Me moriría si tuviera tantas deudas como él. Y la verdad es que me resultará difícil gastar siquiera una parte de la fortuna de Gallen. Por ello quiero tener un ajuar de novia que sorprenda a todo el mundo y tú saldrás beneficiada.

Dorita ya sabía lo que Beryl iba a decirle.

–Regalaré cuanto tengo ahora, hasta el último vestido, y todo será para ti.

–Gracias, querida. Eres muy bondadosa– repuso Dorita, preguntándose qué uso podría darle a los hermosos vestidos de Beryl en Barrowfield.

La tela sería sin duda demasiado delicada para aprovecharla en confeccionar ropa para las esposas e hijos de los mineros, aunque estaba segura de que su padre esperaría que la utilizara, ¡cómo si eso fuera posible!

–Tendré abanicos, bolsos, sombrillas, pantuflas y guantes nuevos– dijo Beryl recostándose sobre los cojines del sofá–. No es que sea extravagante, Dorita, sino sensata. Gallen admira a las mujeres bien vestidas. Y, a decir verdad, soy la única joven que ha logrado despertar su interés.

Se inclinó hacia adelante y apoyando la mano en la barbilla añadió en tono reflexivo:

–Tendré que ser muy sofisticada para agradarle y, francamente, Dorita, será un esposo difícil de tratar.

–¿Qué quieres decir?

–A juzgar por su fama, no sólo tiene buen ojo para los caballos, sino también para las mujeres hermosas.

–¿De verdad piensas que pueda serte... infiel?

–¡Por amor de Dios, Dorita! ¿Cuándo vas a crecer? Por supuesto que Gallen podrá tener sus coqueteos, como yo también tendré los míos, pero necesito tener mucho cuidado para que nadie me suplante. Sé muy bien cómo se comportan las mujeres con un hombre tan rico e importante como Gallen.

–¿Suplantarte? ¿Quieres decir que podría huir con otra mujer?

– ¡Por supuesto que no!– exclamó en tono áspero–. En nuestro mundo, las personas no provocan esa clase de escándalos... a menos que estén locas. Siempre estás fuera de la realidad, Dorita– añadió en un tono más suave–. Trato de decirte que si un hombre está verdaderamente aburrido de su esposa puede hacerle la vida muy desagradable.

De nuevo, su voz se hizo más dura.

–La puede dejar en el campo por meses enteros sin más compañía que la de sus hijos, o tal vez obligarla a vivir con una asignación muy reducida, como ese odioso de *Lord* Boreham.

Hizo una pausa al recordar la parsimonia de Su Señoría.

–Hay miles de maneras de hacer que una Esposa se sienta desdichada y relegada– agregó, y se puso de pie–: Me he propuesto retener a Gallen a mi lado, aunque no será fácil.

–Si él te amara..., sería... diferente.

–Me tiene suficiente afecto y, para hablar con franqueza, no creo que Gallen haya estado enamorado nunca, excepto de sí mismo y de sus caballos.

Nuevamente contempló la expresión de Dorita y sonrió.

–No pongas esa cara, Querida, yo también me divertiré. *Lord* Newal está locamente enamorado de mí. ¿Sabes que la otra noche sacó una pistola y

anunció que si no lo dejaba besarme se volaría la tapa de los sesos?

–¿Lo decía de verdad?

–No corrí el riesgo de averiguarlo– contestó Beryl con picardía.

–¿Quieres decir... que lo dejaste que... te besara?

–Por supuesto, y fue muy agradable, si quieres saberlo.

Dorita abrió la boca para reconvenir a su prima, pero recordó que no tenía fuerza moral para criticarla después de lo ocurrido cuando se dirigía hacia el Sur.

–Es mejor que vayamos a dormir– dijo Beryl–. Papá estará en casa mañana y entonces va a explotar la bomba.

–¿Qué quieres decir?

–Mamá insistió en que Papá estuviera con ella en Londres cuando apareciera el anuncio de mi compromiso en *la Gaceta*. Estarán recibiendo felicitaciones todo el día y mañana, sin duda, llamarán a mi puerta hordas de visitantes. Será muy divertido observar cómo viene a adularme la gente que me ha criticado durante los últimos años. ¡No querrán indisponerse contra la futura Marquesa de Havingham!

Las dos jóvenes subieron la escalera abrazadas y Beryl entró en el dormitorio de Dorita.

–Tengo tantos deseos de hablar contigo, pero estoy segura, Querida, que estarás cansada, y yo tengo que descansar para verme hermosa.

Miró su imagen reflejada en el espejo como para asegurarse de que, después de todo, eso era innecesario.

–Espero que Gallen llegue mañana también y entonces verás que no he exagerado al hablarte de él– añadió.

Besando a su prima, abrió la puerta que comunicaba las dos habitaciones.

–Buenas noches mi pequeña y dulce Dorita. ¡Siento haberte escandalizado! Cuando vayamos a Londres tenemos que comprarte el traje de dama de honor. Quiero que te veas muy atractiva, aunque te lo advierto, ¡no admito rivales!

– ¡Cómo si alguien pudiera rivalizar contigo!

–Te sorprendería saber cuántas jóvenes lo han intentado– respondió Beryl cerrando la puerta tras ella.

Al día siguiente, Dorita comprendió que Beryl no exageraba al decir que la "bomba" estallaría. Desde muy temprano, llegaron los lacayos con invitaciones, cartas de felicitación, ramos de flores y regalos. Berly estaba tan emocionada con todo, como con los regalos de Navidad cuando era niña.

–¡Lee los elogios que me dedica *Lord* Godolphin!– exclamó entregándole una carta a Dorita–. Es un viejo hipócrita. Me odia desde que tenía quince arios, cuando trató de besarme y le di un golpe en el estómago.

–Es una carta muy agradable.

–¡Viejo adulador!

Beryl se sintió decepcionada con los regalos.

–Con esta ya son tres fuentes de plata– suspiró–. La gente debería saber que Gallen tiene la mejor vajilla de plata en Inglaterra y que la mayoría data de la Época de Carlos II.

Apartó con desdén tres pequeñas fuentes.

–Supongo que podremos usarlas para darle de comer a los perros– dijo riendo.

Beryl descubrió que debía añadir una gran cantidad de nombres a su lista de invitados.

Cuando el Conde de Fernleigh entró en el salón, encontró diseminados por el suelo, papeles, invitaciones, listas, cajas, regalos y varios ramos de flores.

—¡Hola Papá!– exclamó Beryl con voz indiferente. Dorita se puso de pie y corrió hacia él, besando a su tío con afecto.

– ¡Qué gusto me da verte otra vez, Dorita!– dijo el Conde con cariño.

–Me alegra estar de vuelta, Tío Héctor.

–Espero que a estas alturas tu padre ya esté cansado de enterrarse en vida en ese lugar.

–Está trabajando muy duro, Tío Héctor.

–Entonces dile que regrese. El Vicario de Wheathampstead se retirará pronto. Es un buen Ministerio y estoy dispuesto a agregar unos cuantos cientos a la asignación si tu padre acepta hacerse cargo.

–Eres muy bondadoso, Tío Héctor.

–Dile que la Vicaría será suya con sólo pedirla. Te he extrañado, Dorita. Eres una buena influencia para Beryl, que es más de lo que puede decirse de mucha gente.

Salió después de pronunciar estas palabras y Beryl hizo una ligera mueca.

–¿Qué quiere decir con eso?– preguntó Dorita.

–Papá odia a la mayoría de mis amigos. Piensa que son muy alocados y que no se portan con propiedad, lo cual no deja de ser cierto, pero son mucho más divertidos que esos tipos anticuados que invita él.

–¿En verdad... te agradan todas las personas que conoces en la Casa Carlton?– preguntó Dorita con voz vacilante.

Beryl le sonrió.

–¡Algunos son fantásticos! Uno no se imagina de dónde saca el Príncipe a toda esa gente tan extraordinaria. Pero los peores son los miembros de la aristocracia, como el Marqués de Queensbury, que es famoso por sus indiscreciones amorosas– se rió al ver la expresión de Dorita–. Los malvados hermanos Barrymore cometen horrores indescriptibles. ¡Te sentirías aterrada!

–Creo que me asustaría tratar a gente así.

–Sería divertido ver tu reacción ante ellos. Los conocerás a todos cuando vayamos a Londres la semana próxima.

Anne dirigió una mirada interrogante a su prima.

–He decidido presentarte al "Bello Mundo", Anne. No sólo será entretenido saber qué opinas de él, sino también observar lo que piensan de ti. No creo que hayan conocido a alguien realmente noble y bondadosa como tú.

–Me haces sentirme incómoda.

–Pero es cierto; eras muy buena, siempre lo fuiste, mientras que yo soy todo lo contrario. Quiero ser mala, aunque no perversa como los Barrymore, sino sólo lo suficiente para disfrutar de las cosas prohibidas.

–¡No eres mala!– la contradijo Dorita con lealtad–, y Querida, cuando te cases, será diferente.

Si el Marqués era tan malvado como ella pensaba, ¿no influiría en Beryl, que siempre fue tan impulsiva, para que cometiera acciones de las que

podría arrepentirse después?

Preocupada, Dorita permaneció ensimismada en sus pensamientos. Beryl decía muchas tonterías, pero seguiría siendo dulce, amable y generosa como antes, aunque tenía que admitir que era muy susceptible a la adulación.

«¿Y quién podría reprochárselo, si es tan hermosa?» se preguntó.

Recordó que su madre le dijo una vez: «Beryl es como un cuadro de Rubens, llena de vibrante colorido. Tú, querida, eres cual exquisita acuarela que penetra tan directamente en el alma que es difícil pensar en otra pintura más encantadora».

Dorita había pensado entonces que su madre sólo trataba de consolarla debido a que Beryl llamaba más la atención que ella.

Pero ahora, con su alegría y vivacidad, Beryl se asemejaba a un fascinante cuadro de un gran maestro. Tratando de cambiar de conversación, preguntó:

–¿Qué haremos con todas estas flores? Las lilas son divinas.

Recogió un gran ramo y se quedó contemplando las lilas, aspirando su exquisita fragancia, embriagada con su místico encanto.

–Si te gustan tanto, llévalas a tu habitación– dijo. Beryl–, pero tira el resto. Ya hay demasiadas flores en esta casa.

–¡Oh, no! ¡No debes hacer eso!– exclamó Dorita.

Siempre había pensado que las flores eran seres vivos, susceptibles de sufrir como los seres humanos, y le molestaba que a los sirvientes se les olvidara echarles agua o que las arrojaran a la basura antes que estuvieran marchitas.

–Me encargaré de ellas– dijo, sabiendo que Beryl no la escuchaba.

Se oyeron voces en el vestíbulo y su prima se puso de pie.

–¡Es Gallen! Sabía que vendría hoy. ¡Oh, qué emocionante! Ahora lo conocerás.

Atravesó la habitación y corrió hacia la puerta.

–¡Gallen, *Gallen!* ¡Qué maravilloso que estés aquí!– Esperaba ansiosa que vinieras.

Una voz grave de hombre respondió, pero Dorita no pudo oír lo que dijo.

Con los ramos de lilas entre los brazos, trataba de retardar el momento que tanto temía. Los horrores que el Marqués de Havingham evocaba en ella, la quemaban como una brasa ardiente dentro del pecho.

Lo odiaba, lo odiaba tan intensamente que pensó que si estuviera en sus manos lo mataría de un solo golpe.

La noche anterior, antes de irse a dormir, rezó con un fervor desacostumbrado para que ocurriera un milagro que impidiera el matrimonio del Marqués con Beryl.

¿Cómo podía permitir que alguien a quien amaba se casara con el hombre causante de la miseria y la tristeza de los mineros?

Se lo imaginaba gordo y vulgar, las huellas de su vida disipada bajo los ojos. Lo veía sentado ante una mesa repleta de alimentos, bebiendo vino rojo, del mismo color de la sangre de los que sudaban y morían por él en la oscuridad de un sucio pozo. «¿Cómo puede ser nadie tan bestial y desalmado?», solía preguntarse.

Los mineros de Barrowfield trabajaban más horas de las normales y estaban mal pagados, por debajo del salario acostumbrado y, además, los estafaba el supervisor designado por el Marqués. Soportaban injusticias, mientras los encargados se forraban de dinero los bolsillos.

Les deducían el costo de las velas y la pólvora que usaban y, a veces, el supervisor los obligaba a comprarle las velas a uno o dos peniques más caras que el precio del mercado.

Su padre le contaba lo que sucedía en la mina: los trabajadores tenían que pagar las herramientas que rompían, lo que mermaba aún más su exiguo salario.

El Vicario había sido muy explícito acerca de tales injusticias: «Les cobran un chelín por una pala y una estaca vale ahora seis peniques, aunque siempre había costado dos».

–¿No puede hacerse algo para combatir esa avaricia? le contestaba Dorita.

–¿Y a quién le importa que estafen a esos hombres?– respondía su padre–. Por supuesto que no le importa al Marqués, quien posee casas y castillos, caballos de carrera y ahora va a obtener una esposa de lujo.

Dorita escuchó las voces que se acercaban a la puerta y se preparó para conocer al hombre a quien tildaba de "*demonio*".

Apretó los ramos de lilas y esperó con los ojos muy abiertos y el rostro pálido. Estaba tan asustada, que no se atrevía a levantar la vista.

–Aquí está Gallen, querida Dorita, quiero que lo conozcas.

Un hombre seguía a Beryl y las lustrosas botas reflejaban los muebles y el caos de papeles, flores y regalos que cubrían el piso.

Haciendo un esfuerzo, Dorita levantó la vista y al hacerlo el corazón le dio un vuelco en el pecho. Las paredes parecían caerle encima y todo le dio vueltas.

¡No era el Marqués de Havingham el hombre que seguía a Beryl, sino *Sir* Alexander Abdy!

Capítulo 4

Dorita atravesó las puertas del parque y contempló la tierra bajo los robles que cubría una alfombra de narcisos.

Muy temprano, regresaba de asistir a Misa de siete en la pequeña Iglesia donde la bautizaron.

Sólo había encontrado a media docena de personas y, al terminar los servicios, se dirigió al cementerio a visitar la tumba de su madre, bajo los abetos.

Contemplando la sencilla lápida, se le hacía difícil creer que aquel ser querido, una mujer tan dulce y comprensiva, a quien había amado tanto, la hubiera abandonado.

Entonces se dijo que no era así. El espíritu de su madre estaba vivo y, dondequiera que se encontrara, les enviaba pensamientos de amor a ella y a su padre.

«Ayúdame, Mamá, a hacer lo que pueda por Beryl», pidió desde el fondo de su corazón. «Sabiendo cómo trata el Marqués a la gente de Barrowfield, ¿cómo puedo dejar que se case con él».

Aunque no lo mencionó en sus oraciones, tuvo que admitir, para ser honesta consigo misma, que sus sentimientos por el Marqués eran confusos y conflictivos.

¿Cómo un hombre tan cruel pudo despertar en ella un éxtasis tan divino, que la hacía temblar al sólo recordar el beso que le dio?

Desde que él llegó, le había sido imposible mirarlo a los ojos.

Cuando el Marqués entró en el salón, le había hecho una reverencia, como una autómata, y su corazón golpeaba con tal fuerza, que temió que él pudiera escuchar sus latidos.

Las oscuras pestañas contrastaban con la palidez de su rostro y, cuando se incorporó, le había oído decir:

–Encantado de conocerla, Señorita Clifford.

Se repitió entonces que sus sentimientos contra ese hombre no habían cambiado con su llegada, pero la voz le, había temblado al responder:

–Gracias... Su Señoría.

Beryl no percibió la tensión que se produjo entre el Marqués y su prima.

–Ven a ver los regalos, Gallen– le había dicho tomándolo del brazo–. Son espantosos y sólo nos resta regalarlos más adelante a otras parejas menos afortunadas.

Mientras Beryl conducía al Marqués al caos de regalos, cartas y papeles, Dorita había escapado, llevando aún en las manos los ramos de lilas.

¿Cómo era posible, se había dicho al correr escalera arriba, que el Marqués y *Sir* Alexander Abdy fueran la misma persona? ¿Cómo podía tratarse del mismo hombre con quien, a su pesar, había soñado todas las noches desde la primera vez que lo vio y a quien recordaba mil veces al día?

«Lo odio, *lo odio*», se había dicho mil veces, como si las palabras pudieran ser un talismán que borrara de su memoria aquel beso maravilloso.

Había permanecido silenciosa durante la cena, pero ni Beryl ni su tío se percataron de ello; se encontraban muy entretenidos, conversando.

El Conde tenía mucho qué contar sobre las felicitaciones que había recibido en Londres, después que se publicó el anuncio del compromiso de su hija.

Beryl, por su parte, había tratado de acaparar la atención del Marqués. Se veía muy hermosa esa noche, luciendo un vestido que armonizaba con el color de sus ojos y un collar de aguamarinas engarzadas en diamantes que refulgían a cada movimiento de su cabeza.

Hizo reír varias veces al Marqués y Dorita pensó que ningún hombre podía evitar enamorarse de una persona tan encantadora. No se había atrevido a mirarlo a él, temerosa de encontrarse con su mirada.

Cuando la cena tocaba a su fin, Beryl hablaba aún de los preparativos de la boda.

–¿Qué papel le corresponde a la Señorita Clifford en estas celebraciones?– preguntó abruptamente el Marqués.

La pregunta sobresaltó a Dorita y la hizo ruborizar.

–Dorita será mi dama de honor. No he tenido tiempo, Gallen, de contarte todo lo que ella significa para mí. Crecimos juntas.

–Efectivamente– añadió el Conde–, y te hemos extrañado mucho desde que te fuiste al Norte, Dorita.

–Yo también los he extrañado, Tío Héctor– repuso ella en voz baja.

–Lo importante es que has regresado– dijo el Conde sonriendo–, y te tendremos con nosotros por lo menos hasta que Beryl se case.

–Eso me recuerda...– había exclamado Beryl y siguió hablando de la Ceremonia de Boda y del gran número de personas que había que acomodar para la recepción.

Tan pronto como terminó la cena y los caballeros regresaron al salón, Dorita había escapado de nuevo a la paz y quietud de su dormitorio.

Se imaginó que estaba procediendo con tacto y que Beryl deseaba estar a solas con el Marqués. Pero, en lo profundo de su corazón, comprendía que lo evitaba porque temía su presencia, porque todo lo que se relacionaba con él la llenaba de perplejidad, aumentando su turbación.

No había podido dormir y, apenas amaneció, pensó en ir a la Iglesia, porque era domingo.

La hora de los servicios no debía haber cambiado mucho desde que su padre estuvo a cargo de la pequeña parroquia. El siempre insistía en celebrar una comunión a hora temprana para que pudieran asistir todos los que tenían otras ocupaciones más tarde.

Cuando Dorita entró en la nave de la pequeña Iglesia de piedra gris, le pareció regresar al dichoso estado de su niñez.

Sus padres estaban en la Vicaría y el Dios en el que siempre había confiado, se encontraba allí para escuchar sus oraciones. Aunque, a veces, le era muy difícil creer que el mismo Dios vigilara la aldea de Barrowfield. Al oír hablar de las atrocidades que acontecían en la mina, pensaba que ya no existía el Dios misericordioso que, según decía su padre, vigilaba a todos sus hijos sin distinción.

Aquí los días eran mucho más cálidos que en el Norte. El círculo dorado del sol se elevaba en el cielo y Dorita, sintiendo que las ramas de los robles rozaban su cabeza al caminar, se quitó el sombrero.

«Qué felices fuimos aquí, Beryl y yo, cuando de niñas corríamos a escondernos detrás de los árboles». Recordaba aquellos días cuando se ocultaba de Beryl o de Rodney y cuando ellos corrían hacia ella al descubrirla, entre gritos de alegría. Cuando jugaban a las carreras, se divertían aún más. Se deslizaban los tres sobre la suave yerba hasta cansarse y después, exhaustos, se acostaban riendo junto al lago. Otras veces, Rodney se burlaba de ellas, amenazándolas con tirarlas al lago. «Y ahora Rodney está muerto y Beryl y yo hemos crecido», pensó angustiada, «y tenemos problemas terribles».

Como si sus palabras hubieran sido un conjuro para atraer al hombre que estaba tratando de evitar, vio de pronto al Marqués que, montado en su corcel, se dirigía hacia ella.

Instintivamente, trató de esconderse y se paró con la espalda pegada a uno de los grandes robles, confiando en que él no la hubiera visto.

Permaneció allí, esperando escuchar el sonido de los cascos sobre la grava. Pero él condujo su caballo sobre la yerba y, un momento después, lo vio sobresaltada junto a ella. La contemplaba desde su negro garañón.

–¿Está disfrutando de la comunión con la naturaleza, o trata de evitarme, Dorita?

Ella no respondió y él desmontó. Dorita se sintió temblar cuando él dejó libre su caballo y fue a pararse junto a ella.

No levantó los ojos para mirarlo; clavó la vista en su caballo que mordisqueaba el pasto.

–Estoy esperando una respuesta a mi pregunta.

Dorita trató de sostener su mirada, pero no pudo evitar pestañear repetidamente y dijo con incoherencia:

–¿No se... perderá... su caballo?

–Sullivan es de mi propiedad. Lo traje conmigo ayer. Vendrá cuando lo llame. Ya he respondido a su pregunta, ahora le toca a usted contestarme.

–Vengo de regreso de la Iglesia.

–¿Ha ido a la Iglesia? Por supuesto, es domingo. ¿Por quién pidió en sus oraciones?

–Recé por Beryl– contestó Dorita con la verdad.

Empezó a caminar por el pasto, esperando que el Marqués la dejara sola. Pero él la siguió, caminando junto a ella. Dorita andaba cabizbaja y sólo percibía el brillo de las botas del Marqués, pero aunque no levantó la vista, sabía que él la miraba.

–¿Se sorprendió al verme?– preguntó el Marqués después que anduvieron unos momentos en silencio.

–Sí.

–Yo me quedé asombrado de encontrarla aquí. ¿Por qué no me dijo donde iba?

–No me lo preguntó.

–Estaba seguro que no quería contestar mis preguntas; de hecho, las estaba evitando deliberadamente. Ella se sorprendió de que él fuera tan perceptivo.

–Cuando entré en el salón y la vi parada allí, con los ramos de lirios en los brazos, pensé que era una alucinación– hizo una pausa antes de continuar–. Estuve pensando en usted todo el día. Desde que salí de "*Jorge y el Dragón*", no he podido pensar en nada más.

Dorita creyó estar soñando al escuchar sus palabras.

–Me imagino que no le habrá dicho a Beryl que ya nos conocíamos– inquirió él.

–Desde luego que no.

–¿Por qué no?

Después de una pausa, ella contestó, titubeante:

–Para evitar... lastimarla.

–¿Cree que eso la lastimaría? Lo dudo –dijo el Marqués con un ligero tono de burla en su voz.

–No fue correcto... y es imperdonable que se haya comportado así... cuando acababa de comprometerse con Beryl.

–Fue usted quien quiso darme las gracias en una forma más elocuente que la que podían expresar las palabras– le recordó el Marqués.

Era cierto, pero Dorita pensó con enfado que él estaba tratando de culparla.

–Y después de todo– continuó él–, ¿fue acaso un pecado tan atroz, si así es como lo considera ahora?

No, no había sido pecado, sino lo más maravilloso y perfecto que jamás le había ocurrido, pero él estaba comprometido con Beryl y, si ella estuviera en su lugar, consideraría una deslealtad intolerable que el hombre con quien iba a casarse besara a otra mujer.

–Lo que usted siente y lo que siente Beryl son dos cosas completamente diferentes.

El había leído sus pensamientos y Dorita lo miró sorprendida.

–No pretendo dar disculpas ni excusas por lo que pasó– agregó el marqués en voz baja.

Dorita no podía quitar los ojos de su rostro, pero entonces, con un esfuerzo, recordó quién era aquel hombre y desvió la mirada.

–Cuando entré en el salón ayer y usted me miró comprendí que, por unos segundos, se alegraba de verme. Después, sus ojos cambiaron de expresión y me miraron con odio. ¿Por qué?

Dorita contuvo el aliento.

¿Cómo pudo él observarla tan atentamente? ¿Cómo podía ser tan sensible a sus emociones?

El era el Marqués de Havingham, el hombre responsable de tantos crímenes, un ser tan cruel, que había deseado verlo muerto desde que llegó a Barrowfield.

Caminaron por el parque hasta un árbol caído. Turbada por sus emociones, sin detenerse a pensar, Dorita se sentó sobre el tronco y el Marqués, con los ojos fijos en su rostro, se sentó a su lado.

Su caballo los había seguido, y cuando se detuvieron, el garañón buscó nuevamente los tiernos retoños.

–Quiero una explicación, Dorita. Sus ojos son tan expresivos, que será muy difícil que me oculten algo.

–Preferiría.., que no me preguntara.

–Sabía que esos eran sus deseos cuando cenamos juntos. Pero la situación ha cambiado. Lo que siente ahora tiene algo que ver conmigo personalmente, ¿no es eso?

–Sí.

El monosílabo pareció arrancado de los labios de Dorita.

–¿Será que está enfadada porque la besé?

–No estaba... molesta, sólo abrumada, cuando llegó ayer y me di cuenta de que usted... era *Sir* Alexander Abdy.

–Pero hay algo más– insistió el Marqués.

Dorita permaneció silenciosa y el Marqués prosiguió diciendo:

–Me dijo que estaba rezando por Beryl. ¿Rezó para que no se casara conmigo?

A Dorita le sorprendió nuevamente que él adivinara de tal modo sus pensamientos y como parecía inducirla a decir la verdad, contestó en voz baja:

–Sí... eso fue lo que le pedí a Dios.

–Me gustaría saber de qué pecados o indiscreciones mías se ha enterado. Me imagino que hay muchos que encontraría inaceptables.

Hablaba en tono irónico y Dorita comprendió que se burlaba de ella y, como ya aquella conversación le resultaba intolerable, se puso de pie.

–Deseo regresar a la casa, *my Lord*.

El Marqués permaneció sentado y, extendiendo el brazo, la tomó de la muñeca.

–No la dejaré ir hasta que me diga lo que quiero saber.

Dorita se estremeció al sentir el roce de su mano. Era como si mil dardos ardientes recorrieran su cuerpo.

–Dígamelo, Dorita. No puede dejarme en suspenso y confío en que no me mentirá.

–No le gustará... la verdad.

–No me asusta escuchar verdades.

Ella trató de zafarse de su mano, pero el Marqués la mantuvo cautiva. Entonces volvió el rostro hacia el lago, donde se reflejaba el sol, y dijo con voz apenas audible:

–Vengo de Barrowfield.

–¿Barrowfield?

Comprendió, por el tono de su voz, que el nombre de Barrowfield no significaba nada para él.

Debía habérsele olvidado, o podría ser que le resultara difícil asociar el lugar con ella. Pero, cualquiera que fuera el motivo, su indiferencia barrió con sus dudas y su timidez, y la ira y el odio que experimentó fueron más

fuertes que la emoción que despertaba en ella el contacto de la mano del Marqués.

–Sí, Barrowfield– repitió con voz más fuerte–. Está en Yorkshire, *my Lord*, ¡y es un lugar inmundo y escuálido porque la gente que vive allí trabaja para la mina de Havingham! ¿No significa nada para usted? Entonces, déjeme decirle lo que significa para los mineros y sus familias.

Se volvió para mirarlo y ahora el Marqués le soltó la mano.

–¿Sabe que los túneles no son seguros en absoluto? ¿Sabe que ocurren accidentes casi todos los meses y que si los hombres no mueren quedan inválidos para toda la vida? ¿Sabe que ocurren explosiones e incendios en la oscuridad y que los túneles están inundados y que los niños de cinco años pasan horas enteras con los pies metidos en el agua y sin ventilación apropiada?

Su mirada se encontró con la del Marqués y comprendió que estaba muy sorprendido.

Las palabras se atropellaron en sus labios al continuar en tono acusatorio:

–Todas las otras minas en el Sur de Yorkshire han instalado la bomba de aire Buddle que se inventó hace nueve arios, ¡pero en la mina de Havingham no pueden darse esos lujos! En las minas de *Lord* Fitzwilliams usan lámparas de seguridad– prosiguió diciendo amargamente–, pero en Havingham tampoco pueden hacer ese gasto, ni pueden otorgar los regalos acostumbrados, ni las gratificaciones sobre la producción.

Como si mirarlo le resultara insoportable, Dorita dirigió la vista hacia el parque y dijo en un tono de voz diferente:

–¿Qué cree que siento cuando oigo hablar de los Caballos de Carrera que posee? ¿Y cuando oigo decir que es uno de los hombres más ricos de Inglaterra, con más casas y más posesiones de las que puede contar?

El Marqués no respondió y ella prosiguió:

–¿Se ha detenido a pensar cómo podría vivir con un salario semanal de trece chelines y seis peniques, que es lo que reciben los mineros? ¿Y cómo se las arreglaría si descubriera que de las tres libras y nueve peniques que recibe al mes, tiene que gastar once chelines y dos peniques en velas y pólvora?

Su voz tembló al añadir:

–Pero los niños que trabajan son los que me obsesionan; niños que no tienen suficiente que comer, niños a quienes se les pega si se asustan o se quedan dormidos en la oscuridad de los túneles.

Las lágrimas brotaron de sus ojos, pero como no deseaba que el Marqués lo notara, le dio la espalda para continuar:

–Sabía, antes de venir al Sur, que usted era el diablo en persona; un monstruo a quien maldije todos los días que viví en Barrowfield. ¿De verdad piensa que puedo querer que Beryl, a quien quiero tanto... se case con... usted?

Las últimas palabras fueron casi incoherentes.

Sin poder soportar más, Dorita se alejó, dejando al Marqués sentado en el tronco del árbol caído. No se volvió para mirar atrás. Le era imposible ver nada a través de sus ojos nublados por las lágrimas.

Cuando llegó a la entrada de la casa, se limpió fuertemente el rostro con el pañuelo y se apresuró a dirigirse a su dormitorio, para lavarse la cara y borrar toda traza de las emociones que la agobiaban.

«Ahora ya sabe la verdad» se dijo en actitud desafiante. «¡Y me odiará como yo lo odio a él!»

Cuando se calmó un poco, empezó a preguntarse qué habría sentido el Marqués al escuchar su revelación. Recordó su expresión de sorpresa, que parecía auténtica y pensó que tal vez él desconocía las condiciones en que se encontraba la mina de Havingham. Deseaba odiarlo y se dijo que su ignorancia no lo eximía del daño que causaba. Él era el dueño y percibía las ganancias, y ningún hombre deberla explotar a sus semejantes sin preocuparse de las condiciones en que laboraban.

Cuando cruzaron estos pensamientos por su mente, reconoció que sólo estaba repitiendo lo que su padre decía. Sin lugar a dudas, no existían atenuantes, para el Marqués, aun en el caso de que no supiera lo que sucedía en el lugar que llevaba su nombre.

«¡Lo odio!», se dijo cuando bajó a desayunar con Beryl, y descubrió con alivio, que él no se encontraba presente.

«¡Lo odio!», se repitió a la hora de almorzar. Había muchos invitados sentados a la mesa, pero no podía evitar mirar al Marqués, que se sentaba

enfrente.

Junto a él estaba Beryl y al otro lado otra atractiva dama que parecía pendiente de sus palabras.

«A ellas no les importa su conducta», pensó Dorita. Entonces, al recordar lo que sintió cuando él oprimió su muñeca, imaginó que tal vez lo haría a otras mujeres.

«Es encantador y engañoso como el mismo demonio», se dijo. «¡Todo cuanto hay de malvado y despreciable se concentra en él! Pero una vez que se case con Beryl, lo veré muy poco».

Sin saber por qué, el pensar en ello la entristecía en vez de alegrarla. Hizo un esfuerzo por recordar la miseria de Barrowfield y porque no se borrara de su mente entre las comodidades y el lujo de Fernleigh.

Sin embargo, tuvo que olvidar esos pensamientos desagradables cuando Beryl le dijo que se celebraría una fiesta para anunciar su compromiso.

–Quiero que te veas muy atractiva, Querida– le dijo a Dorita–. Ven a mi habitación y escogeremos uno de mis mejores vestidos para que lo luzcas.

Dorita ansiaba responder que, en lo concerniente a ella, no había nada que celebrar.

Pero era imposible rehusarse cuando Beryl sacaba exquisitos y costosos vestidos de su ropero, y los ponía contra el cuerpo de Dorita para apreciar el efecto, hasta que decidió cuál le quedaba mejor.

–Te verás como una novia vestida de blanco, y ése es, el color que yo debería usar, pero Gallen me ha regalado unas preciosas turquesas y tengo un vestido exactamente de ese color.

–Puedo vestirme de rosado.

–Vístete de blanco y lucirás como un ángel o, debo decir, como una santa.

Rió al decir:

–Santa Dorita. Creo que así te llamaré de ahora en adelante. Eres tan buena, Querida, que me haces sentir culpable cuando pienso en todas las cosas malas que tengo en mi conciencia y que no aprobarías.

–No soy una santa. También he hecho cosas que... sé que están mal.

–No lo creo. Eres muy buena; siempre lo has sido. Y aún más, creo que tienes el don de hacer que la gente quiera ser buena.

–Por favor... por favor, Beryl, no hables así.

La hacía sentirse culpable saber que había permitido que el Marqués la besara y que estaba engañando a su prima al no confiárselo.

Pero recordó que su madre le había dicho hacía ya varios años:

«Debemos confesar nuestros pecados a Dios, Dorita, pero nunca a otras personas, si eso puede lastimarlas».

No había comprendido entonces el significado de esas palabras, pero ahora intuyó que no tendría sentido hacer que Beryl se sintiera desdichada.

Si alguien tenía que afrontar las consecuencias de una mala acción, debía ser la persona que la había ejecutado.

–No importa lo que digas, Dorita– prosiguió Beryl–, haces que quiera ser buena y ¡quién sabe! a lo mejor lo lograrás algún día.

Hizo esta declaración en un tono muy serio, pero luego añadió con mirada pícara:

–¡Qué aburrida sería! ¡Estoy segura de que Gallen me abandonaría enseguida!

Recorrió la habitación bailando mientras sostenía el vestido que había destinado para Dorita.

–¿Me imaginas convertida en una santa, pensando sólo en hacer el bien? *Lord* Newall ya no querría besarme y Gallen regresaría a los brazos de alguna de sus antiguas amantes. Y la mitad de las costureras y proveedores de Londres cerrarían su negocio.

Arrojó el vestido blanco sobre una silla.

–¡No, no! Cada quien en su lugar; tú en un pedestal y yo en un baño de champaña.

Dorita no pudo evitar reír.

–¿Un baño de champaña?

–Es cierto. Algunas de las bellezas de Londres se bañan en champaña porque creen que es bueno para la piel.

–¡Nunca me hubiera imaginado una cosa semejante! Sé que los caballeros elegantes lo usan para pulir sus botas, pero un baño completo... nunca oí una extravagancia mayor.

–Las mujeres hacen cualquier cosa por ser hermosas, pero gracias a Dios, yo no tengo problemas con mi piel.

–Siempre ha sido perfecta– convino Dorita.

–Como la tuya. ¡Oh, se me olvidaba decirte! Se alejó del espejo donde se contemplaba para añadir con admiración:

–¡Le causaste buena impresión a Gallen! Nunca lo pensé. Como te había dicho, no tiene por costumbre conversar con las chicas jóvenes.

Dorita estuvo a punto de decirle a Beryl que no le importaba lo que pensara el Marqués, porque lo odiaba. Pero escuchó atentamente, como fascinada, lo que Beryl le decía.

–Le pregunté qué pensaba de mi prima y mi mejor amiga y, ¿sabes qué me contestó?

–¿Qué dijo?

–Me dijo: «¡Es una joven excepcional y muy hermosa!»

Dorita se sonrojó.

–Tal vez trataba de ser.., cortés.

–No conoces a Gallen si crees que mentiría sobre una cosa así. Es brutalmente franco cuando describe a las personas. El fue el primero que dijo que *Lady* Jersey parecía "*una cotorra entrometida*" y que *Beau* Brummel era "*un caballo vestido*".

Beryl rió.

Te aseguro, Dorita, que él siempre expresa más críticas que alabanzas. Pero me alegra que le agrades, porque una vez que nos casemos podrás vivir con nosotros, hasta que te busquemos un esposo adecuado.

Dorita dudó que el Marqués la recibiera en su casa, después de los reproches que le hizo, pero dijo en voz alta:

–Eres muy bondadosa conmigo, querida Beryl, y gracias por el vestido.

–Le he dicho a mi doncella que lleve varias cosas a tu habitación y las está empaquetando para que estén listas para nuestro viaje a Londres mañana.

–Gracias otra vez.

–También hay un montón de ropa en la casa de la Calle Curzon que no volveré a ponerme. Úsala en vez de esos vestidos baratos que trajiste del Norte. Dile a las doncellas que los echen al fuego.

–Me los llevaré conmigo cuando regrese– dijo Anne con firmeza, comprendiendo que cuando regresara a Barrowfield se vería demasiado

ostentosa con la ropa que Beryl le había regalado.

Cuando bajó al salón para la cena, se encontraban allí algunas personas, pero, sin proponérselo, miró al Marqués para ver qué impresión le causaba.

No era correcto darle ningún valor a su opinión, pero como él le había dicho que se veía hermosa en el gastado vestido azul hecho por Abby, no podía resistir la curiosidad de saber qué pensaría de ella ahora.

Sabía que la exquisita gasa blanca del vestido, que debía haber costado una suma astronómica, la hacía lucir como una sílfide, ajustándose a su figura a la perfección.

Una de las doncellas peinó sus cabellos a la última moda y, como no tenía joyas qué lucir, se prendió en el escote un pequeño ramito de flores de primavera.

Cuando se miró al espejo, tuvo que admitir con honradez que su aspecto era muy diferente del de la joven mal vestida que cenó con el Marqués en "*Jorge y el Dragón*".

Pero no sabía que la elegancia de su vestido era un asunto secundario, pues lo que en realidad llamaba la atención en ella era la espiritualidad que se reflejaba en su rostro y en sus ojos, y que la hacía verse diferente, como en una categoría aparte, de las demás jóvenes presentes. Como era tan delgada y grácil, parecía flotar en vez de caminar cuando recorrió el salón. Y cuando sus ojos se encontraron con los del Marqués, sintió latir su corazón con un ritmo desacostumbrado por lo que, rápidamente, desvió la mirada.

El no le habló ni se le acercó en toda la noche; estaba muy interesado en hacerse agradable a los invitados que brindaban por Beryl y por él.

Todos comentaban las virtudes de la pareja y se deshacían en elogios.

–Es difícil concebir un matrimonio más adecuado– le dijo *Lady* Clarke a Dorita.

–Por supuesto, Señora.

–Y después vendrá tu turno– prosiguió *Lady* Clarke, quien había conocido a la familia de Dorita cuando vivían en Hertfordshire–. Estoy segura que encontrarás muchos jóvenes ansiosos de casarse contigo que no se desanimarán porque procedas de una Vicaría y no tengas dote.

Lady Clarke era una anciana y deseaba ser amable, pero sus palabras reforzaron en Dorita la convicción de su poca importancia.

Aunque Dorita conocía a muchos de los invitados, se alegró de que la fiesta terminara. Todos al partir expresaron su aprobación al compromiso, prometiendo que muy pronto llegarían toda clase de costosos regalos.

–¡Son un montón de hipócritas!– dijo Beryl cuando el último hubo salido–. Si Gallen no fuera mi prometido, dudo mucho que me enviaran algo espléndido.

–Ellos te aprecian, Querida– dijo Dorita.

–¡Tonterías! Nunca han dejado de criticarme desde que crecí, pero como supieron que iba a convertirme en una dama de tanta importancia, decidieron que siempre habían admirado mi desenfrenado comportamiento.

Dorita se dijo que una de las mejores cualidades de su prima era que podía reírse de sí misma.

–¡Gracias a Dios que terminó!– dijo el Conde, entrando en el salón–, y cuando vayas a Londres, Beryl, hazle saber a tu madre con toda claridad que no tengo intenciones de soportar más festejos hasta el día de la boda.

–Estoy segura de que Mamá se sentirá muy desilusionada si rehusas acompañarla a las fiestas que se darán en mi honor.

–Me apareceré a tiempo para saludar a todos esos tontos, que no tienen otra cosa mejor que hacer que apretujarse en la Iglesia de *St. George* para asistir a tu matrimonio. Y mientras tanto, me quedaré aquí con mis caballos y mis perros.

–Me parece una idea muy sensata, Papá; sé lo desdichado que te sientes entre la gente de sociedad. Dile a Gallen cuando venga que me he ido a dormir– añadió besando a su padre.

–¿En dónde está el marqués?– preguntó Dorita con curiosidad.

–Supongo que paseando por el jardín, sintiéndose romántico en esa soledad– replicó Beryl–, pero no tengo intenciones de acompañarlo; estoy muy cansada.

Rodeó a Dorita con sus brazos.

–Será muy divertido cuando lleguemos a Londres. Gallen me dijo esta noche que no podrá acompañarnos hasta dentro de unos días, así que podrás conocer a *Lord* Newall. Estoy ansiosa por saber qué piensas de él.

–¡Oh, Beryl! ¿Crees que eso sería prudente?

–No será prudente, pero sí muy divertido. Y no trates de detenerme, Santa Dorita. Todas las mujeres tienen derecho a una última escapada antes de su boda.

Besó a su prima y penetró en el dormitorio antes que Dorita pudiera responder.

Dorita permaneció despierta largo rato repasando lo sucedido ese día y recordando avergonzada lo que le había dicho al Marqués.

¿Sería posible que él estuviera pensando en sus recriminaciones mientras caminaba solo por el jardín?

Hubiera deseado, cuando se decidió a mencionarle la mina, hablarle con voz calmada, aunque con fervor, acerca de los horrores que allí sucedían, en vez de hacerlo con tanta ira.

«Tal vez fue mi oportunidad de pedirle que hiciera algunas reformas», pensó, «y lo eché todo a perder».

Asomaron lágrimas a sus ojos y rodaron por sus mejillas.

Todo era un enredo incomprensible: la forma en que había conocido al Marqués y su preocupación porque Beryl se casaba sin amor.

Y, por encima de todo, aunque tratara de no pensar en ello, estaba aquel beso prodigioso que había atesorado en su corazón, que ya no era impoluto porque no fue... correcto.

*

Dorita encontró Londres mucho más fantástico de lo que imaginó.

Su Tía Luisa las recibió en su estilo característico, diciéndole a Beryl en tono áspero que debía haber llegado más temprano y que esperaba que Dorita ayudara a su prima en vez de estorbarla.

Era como en los viejos tiempos, pensó Dorita, cuando la tía interrumpía sus juegos porque era hora de irse a la cama, o cuando las castigaba por acciones inofensivas, ignorando por completo otras travesuras.

La Condesa de Fernleigh era completamente diferente a su hermana menor, Elizabeth.

Algunas veces, Dorita se preguntaba si la razón de que fuera a menudo tan severa, y a veces hasta desagradable, residía en el hecho de que, a diferencia de su hermana, no había sido feliz en su matrimonio.

Era evidente que los Condes no se llevaban bien, sin que les afectara el vivir separados la mayor parte del año.

La Condesa era aún extremadamente atractiva y tenía un gran número de admiradores, dispuestos siempre a acompañarla en ausencia de su esposo.

Como el Conde se sentía contento según había dicho, en compañía de sus caballos y sus perros, ambos vivían la vida que deseaban, que no incluía hacerse mutua compañía.

«Tal vez todas las mujeres necesitan la protección de un esposo», pensó Dorita, y era obvio que la Condesa se consideraba poco apreciada por el suyo.

–Supongo que, como de costumbre, tu padre no tomará parte en los preparativos de la boda y me lo dejará todo a mí– dijo la Condesa en tono áspero después que Beryl y Dorita llegaron a la Casa Fernleigh en la Calle Curzon.

–Ya sabes cómo es Papá.

–Lo sé muy bien, pero espero que esté preparado para afrontar las cuentas sin hacer demasiado escándalo.

–Estoy segura que no protestará– replicó Beryl–, especialmente si no le pedimos que haga nada más que firmar los cheques.

–Mientras esté de acuerdo en eso, supongo que tendré que aceptar lo inevitable. Lo primero que haremos mañana es escoger tu vestido y supongo que también el de Dorita.

–Eres muy bondadosa, Tía Luisa– dijo Dorita con humildad.

–No sé porqué Beryl quiere que seas su única dama de honor– dijo la Condesa en el tono de los que desean encontrar faltas a todo–. Yo diría que una comitiva de por lo menos diez damas hubiera sido más adecuada.

–El día de mi boda, deseo estar sola para brillar en todo mi esplendor. Por supuesto, con excepción de Dorita. Ella puede llevar mi ramo, mientras que un grupo de niñas tontas amontonadas junto a mí estropearían el efecto.

–Ya te entiendo– dijo la Condesa en tono reflexivo–. ¿Enviará el Marqués desde el castillo las flores para la Iglesia?

–No tengo la menor idea. Esos detalles te los dejo a ti, Mamá.

–Como lo esperaba. Yo tengo que organizarlo todo. No sé qué harían sin mí.

Beryl extendió las manos hacia ella.

–Si quieres que diga que todo sería un desastre, está bien, Mamá, te doy la razón.

–Espera a que te toque hacerlo a ti; entonces apreciarás las dificultades que tengo que afrontar.

–No puedes negar que adoras ocuparte de todo, Mamá. Sabes muy bien que si Dorita o yo tratáramos de interferir, inmediatamente nos harías a un lado. Sigue adelante, y no olvides que tienes que conquistarte la voluntad del Príncipe Regente.

–Puedo hacerlo en ocasiones ceremoniales. Su Alteza Real siempre ha dicho que aprecia mis poderes profesionales de organización, lo cual es más de lo que puede decirse de esa presumida de *Lady* Hertford.

–El la ama, Mamá.

–Sólo Dios sabe porqué– murmuró la condesa, saliendo de la habitación.

–¡Pobre Mamá!– dijo Beryl riendo–. Una vez intentó conquistar al Príncipe Regente, pero era demasiado joven para él y demasiado delgada. Al Príncipe le gustan las mujeres mayores, gordas y maternales y Mamá no reunía los requisitos.

A la noche siguiente, cuando conoció al Príncipe Regente, Dorita no podía comprender cómo podía interesarle a nadie.

Pero cuando habló con él, descubrió que tenía un aura de irresistible encanto que hacía olvidar que era enormemente gordo y de aspecto casi vulgar, que llevaba el rostro polveado y que su corsé sonaba cuando se sentaba.

–Eres muy bonita, criatura– le dijo a Dorita–, y, al igual que tu prima, muy pronto tendrás a los galanes rondando a tu alrededor como las abejas a un panal.

–Me temo que nunca podré competir con Beryl– dijo Dorita con una sonrisa.

–Una joven cautivadora que demostrará sus encantos manteniendo en cautiverio al soltero más cautivador.

Le gustaba jugar con las palabras y Dorita lo oyó repetir esa frase varias veces durante la noche.

Los invitados preguntaban por el Marqués y su nombre parecía estar en boca de todos y más de una vez Anne escuchó comentarios en la Casa Carlton que la hicieron sentirse temerosa.

–*"La incomparable*" no sabe en lo que se está metiendo al atrapar a Gallen– dijo un petimetre que le daba la espalda a Anne.

–Gallen necesitaría un regimiento de "*incomparables*" para meterlo en cintura– replicó una voz de mujer. Se escuchó un coro de risas y luego alguien comentó:

¿Se imaginan a Havingham encadenado a los sagrados votos del matrimonio? Aunque me imagino que para él no serán tan sagrados.

–No lo serán, si de él depende– dijo alguien más. Dorita se alejó. Le dolía oír esos comentarios y se dijo a sí misma que le importaban únicamente por Beryl.

Pero no podía evitar recordar cómo el Marqués la había salvado de las odiosas atenciones de *Sir* Joscelyn y su amabilidad con ella hasta los últimos minutos de la cena que compartieron.

Y tenía que admitir, con toda honestidad, que ella había sido cómplice al cometer aquel pecado, si es que así podía llamarse a ese beso. De haber luchado para liberarse, el Marqués la hubiera dejado ir.

En su lugar, se había rendido completamente a sus labios y al éxtasis que jamás podría olvidar aunque se casara mil veces.

–Beryl no aparece por ninguna parte– dijo la Condesa cuando se disponían a partir de la Casa Carlton.

–Yo la buscaré, Tía Luisa.

–Sabía muy bien que teníamos que salir a las dos en punto– se quejó irritada la Condesa–. Tiene por costumbre desaparecer cuando se la necesita. Busca en el jardín, Dorita, probablemente está con algún ardiente enamorado y se le ha pasado el tiempo.

Con un poco de dificultad, porque la Casa Carlton era muy grande y complicada para quien no hubiera estado allí con anterioridad, Dorita salió al jardín por una puerta de la terraza.

Permaneció de pie junto a la balaustrada buscando entre las sombras, bajo los árboles, alumbrados con linternas chinas, que recordaban el vestido azul turquesa de Beryl.

Era imposible distinguirla entre las damas que paseaban del brazo de algún vistoso caballero o debajo de las ramas de los árboles.

«Tendré que bajar a buscarla», pensó.

Anduvo por la terraza hasta encontrar unos escalones de piedra que conducían al jardín. Al bajar miró a todos lados, pero no había ni señales de su prima. Se disponía a regresar, pensando que tal vez ya había ido a reunirse con su madre, cuando la encontró.

A un extremo del jardín, del lado opuesto a un arroyo artificial adornado con luces de colores, se veía una mancha color turquesa. A pesar de la escasa luz, adivinó que se trataba de Beryl, y un hombre alto la estrechaba entre sus brazos apasionadamente.

Dorita, indecisa, se preguntó qué hacer. No era posible interrumpirlos, pero la Condesa estaba esperando.

Se quedó mirando a Beryl, y ahora que sus ojos estaban acostumbrados a la oscuridad, vio que el hombre que la besaba era tan alto, que ella estaba de puntillas.

Dorita nunca había visto antes a dos enamorados besándose apasionadamente en un abrazo que ella concebía, vagamente, como símbolo definitivo de amor entre un hombre y una mujer a través de las edades.

De la escena emanaba una extraña belleza y Dorita se sintió un poco ajena al verlos tan cerca y olvidados de todo, excepto de sí mismos. Era la misma sensación que se apoderó de ella cuando la besó el Marqués.

Ignoraba si Beryl sentía lo que ella sintió: un éxtasis que parecía levantarla en vilo, transportándola lejos de la tierra, a un mundo divino.

El hombre que estrechaba a Beryl levantó la cabeza y Dorita lo oyó decir con voz ronca:

–¡Te amo! *¡Dios mío, cómo te amo!* ¡No puedo vivir sin ti!

–Tendrás que hacerlo, pues me casaré con Gallen.

–¿Cómo puedes ser tan cruel? ¿Por qué me torturas de esa manera? ¡Te juro que me mataré!

–¿Y de qué serviría? No podría reunirme contigo en el infierno, si es que allí van los que se suicidan, hasta dentro de cuarenta o cincuenta años.

–¡Oh, Beryl, *Beryl!*

–¿Por qué no disfrutas la vida mientras estamos en este mundo?– dijo Beryl, y poniéndose de nuevo de puntillas lo besó en la boca–. Te veré mañana, en Casa de la Duquesa de Richmond. Ahora tengo que irme; Mamá debe estar furiosa.

–¡Quédate, no me dejes! ¡No puedo soportarlo!

El hombre extendió los brazos para detenerla, pero ella se apartó de él.

–Hasta mañana en la noche, Charles.

El hombre a quien abandonaba, gimió, pero no hizo intento de seguirla y Beryl se dirigió hacia la derecha para cruzar el arroyo por un pequeño puente que Dorita no había visto antes.

Fue entonces cuando se adelantó para alcanzarla diciendo:

–¡Beryl, estás allí! Tía Luisa me dijo que viniera a buscarte; ya es hora de irnos.

–Ya sabía que Mamá estaría protestando. ¿Te divertiste?

–Tremendamente, espero que tú también.

Se acercaron a las luces de la casa y Dorita miró a su prima, preguntándose si su hermoso rostro mostraría señales de lo que había sucedido.

Beryl lucía exactamente como siempre, pero la sonrisa de sus labios indicaba a las claras que otros labios se habían posado en ellos.

–A decir verdad– contestó–, la noche fue muy aburrida, excepto por algunos momentos.

Capítulo 5

EL baile que se celebró en casa de *Lady* Melchester fue más fantástico y extravagante que ninguna de las fiestas a las que Dorita había asistido desde su llegada a Londres.

Sin embargo, la Condesa había protestado cuando Dorita y Beryl expresaron su deseo de asistir.

–No puedo soportar a esa Melchester. Es una mujer fácil y sus amoríos son escandalosos. No me explico por qué accediste ante su insistencia y aceptaste su invitación.

–Sus fiestas son muy buenas, Mamá, y además todos mis amigos estarán allí.

–Lo único bueno acerca de ella es su dinero, pero por supuesto, a tus amigos, eso es lo único que les importa– Beryl rió de buena gana.

–Porque es lo que les hace falta.

Suspiró satisfecha y añadió:

–Pero es reconfortante saber que nadie puede decir eso de Gallen.

–Por supuesto que no, y estoy segura, Beryl, que si sabes manejarlo, será un esposo muy generoso.

–Yo me encargo de eso.

Dorita dejó el libro que estaba leyendo y, levantándose del sofá donde estaba sentada, se dirigió a la ventana.

Le causaba mucha tristeza que Beryl y su madre hablaran de ese modo del Marqués.

Ella lo había juzgado con dureza, pero con Beryl era diferente, pues no tenía motivos para criticarlo, y la Condesa había demostrado su júbilo ante la idea de un matrimonio tan ventajoso.

De súbito, como una revelación, comprendió que si el Marqués parecía tan cínico, se debía sin duda a que las mujeres que conocía se expresaban en

esa forma fría y calculadora.

En lo referente a ella, él había sido más intuitivo de lo que imaginó que pudiera ser un hombre. Si era capaz de adivinar sus pensamientos, sabría lo que pensaba Beryl.

Mientras más los veía juntos, más fervientes eran sus ruegos de que su prima, al casarse con el Marqués, aprendiera a amarlo con el tiempo.

¿Podría Beryl soportar un matrimonio como el de sus padres?

La Condesa jamás desperdiciaba la oportunidad de criticar al Conde, y no pasaba un día sin que algún comentario desagradable o hiriente revelara claramente sus sentimientos hacia él.

¿Llegaría a convertirse su prima en una mujer así? Dorita presintió que, con el tiempo, Beryl imitaría a su Madre.

Por muy acaudalado que fuera el novio y a pesar de los lujos que los rodearan, el matrimonio era sólo una farsa si los cónyuges no se amaban.

Dorita recordaba la ternura en la voz de su madre al hablar de su padre, y la adoración que reflejaban los ojos del Vicario cuando su esposa lo recibía al llegar a casa.

No podía imaginarse a Beryl preocupada por el Marqués, tratando por todos los medios de hacerlo feliz, ni concebía que fuera capaz de sacrificar sus propios deseos e intereses por él.

Debido a su profundo y sincero cariño por Beryl, Dorita sentía cada vez más desdicha en Londres.

Pudo comprobar que Beryl se encontraba con *Lord* Newall en todas las fiestas y que siempre desaparecían en el jardín o en algún otro sitio de la casa donde pudieran estar a solas.

Ella le presentó a *Lord* Newall y Dorita lo encontró bien parecido, con unos oscuros ojos apasionados que no se apartaban del rostro de Beryl.

Emanaba de él tan intenso magnetismo que no era difícil comprender por qué su prima lo encontraba atractivo, pero como la conocía, comprendía que, aunque se divirtiera con *Lord* Newall, no estaba enamorada de él.

–Te gustaría casarte con su señoría?– le había preguntado Dorita una noche al regresar a casa, después que Beryl se ausentó más tiempo que de costumbre en el jardín de la Casa Bedford.

–Sé que Charles sería un amante apasionado, pero no tiene dinero, y hay un viejo proverbio que dice: «*Cuando la pobreza entra por la puerta, el amor sale por la ventana*».

–¿Importa tanto el dinero cuando se está enamorado?

–¡Por supuesto!

–Si uno amara completa y apasionadamente, estoy segura de que olvidaría todo lo demás. Eso es lo que deseábamos ambas– dijo Dorita en voz baja.

–Cuando éramos muy jóvenes y no conocíamos a los hombres, teníamos ideas absurdamente románticas– replicó Beryl, sentándose en la silla frente a su tocador y luego, como si quisiera cambiar deliberadamente de conversación, añadió–: creo que le pediré a Gallen que me compre unos zafiros como regalo de bodas. Les sientan muy bien a las mujeres de cabello claro.

–Estábamos hablando de *Lord* Newall.

–Ya lo sé. Pero ya hemos dicho todo lo que podía decirse acerca de él. Me apasionan sus besos, pero es lo único que puede ofrecer.

Dorita lanzó un pequeño grito.

–No hables de esa manera. Pareces una mujer dura y amargada; antes no eras así.

–Si a veces me siento de ese modo, es porque tengo la sensación de que la vida me ha jugado una mala pasada.

Dorita la miró sorprendida:

–¿Qué quieres decir?

–Estoy diciendo tonterías. Me siento cansada. Vete a la cama, Dorita. Habrá otro baile mañana por la noche, y pasado mañana también, y quiero que te veas más hermosa que nunca.

Dorita comprendió que la conversación había terminado, pero luego, permaneció largo rato en la oscuridad de su habitación, pensando en Beryl y orando por ella.

En el baile de los salones de *Lady* Melchester, Beryl resplandecía de belleza y alegría, opacando a todas las mujeres presentes.

Con su traje bordado en brillante pedrería y auténticos diamantes en el escote y en el cabello, relucía como un hada en lo alto de un árbol de

Navidad.

La asediaban los hombres, y todos querían bailar con ella, mientras *Lord* Newall la contemplaba con ojos ardientes de celos.

Beryl parecía divertirse mucho y Dorita descubrió que ella también estaba teniendo éxito.

Luciendo otro de los hermosos vestidos que Beryl le regaló, no se sentía insignificante entre las elegantes damas recargadas de joyas, quienes se miraban unas a otras con felino desprecio.

Al contemplar las alhajas que lucían alrededor del cuello o que colgaban de sus orejas como pequeñas arañas de luces, Dorita se decía que con sólo unos cuantos de aquellos diamantes podía mantenerse a una docena de familias de mineros durante un año.

Entonces, recordaba las advertencias de Abby y haciendo un esfuerzo, alejaba a Barrowfield de su mente y escuchaba las lisonjas que le prodigaban los hombres que bailaban con ella.

Hacía mucho calor en el salón de baile y Dorita se dejó persuadir para disfrutar del aire fresco en el gran jardín que rodeaba la casa.

Si el Príncipe había llenado los jardines de la Casa Carlton de glorietas y románticas enramadas, *Lady* Melchester había tratado de sobrepasarlo.

Por todas partes se veían arroyos artificiales con luces que daban al agua un aspecto multicolor y una fuente iluminada que arrojaba perfume, parecía esparcir oro líquido.

De algunos árboles colgaban frutas artificiales que, al tomarlas, resultaban bombones envueltos u otras curiosas chucherías.

–Todo esto indica una gran imaginación– le dijo Dorita a su acompañante.

–Y un gran gasto también– repuso aquél riendo–. Esperemos que Su Alteza Real no se sienta opacado y trate de sobrepasar toda esa originalidad. Puede decidir regalarle a sus invitados cuadros muy caros o piezas de esculturas clásicas.

–Sería una idea encantadora– dijo Dorita riendo. –Hasta que llegaran las cuentas... que, por supuesto, no pagaría nunca.

Ambos rieron de nuevo y cuando llegaron a un asiento desocupado, el caballero con el que bailaba, le dijo a Dorita:

–¿Puedo traerle una copa de champaña? Tengo que admitir que estoy sediento.

–Un vaso de limonada me caería muy bien. Y esperaré aquí hasta que regrese.

–Es una promesa. ¡Y no deje que nadie la secuestre o me veré obligado a retarlo a un duelo con pistolas en la madrugada!

Dorita rió mientras él se alejaba.

Era un hombre entretenido con el que había bailado en varias fiestas y, aunque le dirigía muchas alabanzas, no la cortejaba, lo que era un alivio para Dorita.

La sorprendía que varios hombres le hubieran declarado su amor y pensó que uno o dos parecían sinceros.

Sin motivo aparente, en el instante en que sus cumplidos se convertían en algo más que un intercambio ingenioso y cortés de palabras, ella se recogía dentro de sí misma y trataba de evitarlos.

Supuso que sería por timidez, pero al mismo tiempo comprendió que huía del amor, aunque Beryl se reiría de ella por ser tan tonta.

Se dijo que algunos de los hombres que le propusieron matrimonio eran lo que podría llamarse un buen partido y que debía sentirse agradecida de que la consideraran elegible como esposa.

Pero sabía, al descubrir cierta mirada en los ojos de sus acompañantes, que bajo ninguna circunstancia podía pensar en casarse con ellos. No se explicaba la razón, pero era una convicción muy honda y no podía hacer nada para rechazarla.

–Me pareció que *Lord* Arkley estaba muy atento contigo esta noche– le había dicho la Condesa la noche anterior, cuando regresaban a casa.

Dorita se había sentido abochornada, pero la Condesa insistió:

–Tal vez te lleve algunos años, pero sería un buen matrimonio. El se casó cuando era muy joven, y su esposa murió dos años después y no tuvieron hijos.

Se había quedado pensativa por un momento antes de añadir:

–Sí, creo que Arkley estaría muy bien. Lo invitaré a cenar antes del baile en casa de los Dorchester y trataré de averiguar si sus intenciones son serias.

–¡No, por favor, Tía Luisa... por favor... no hagas eso!– había suplicado Dorita–. Aunque... *Lord* Arkley me pidiera que me casara con él... no lo aceptaría.

–¿No lo aceptarías?– repitió la Condesa, alzando la voz–. ¿Qué quieres decir con eso, Dorita?

–El es muy agradable, pero creo que... no podría... amarlo nunca.

–¡Amor!– había exclamado la Condesa con voz áspera–. Mientras más pronto te libres de ese romanticismo, será mejor.

–Dorita es una idealista, Mamá– interpuso Beryl–. Ha jurado que jamás se casará a menos que esté enamorada. Creo que pierdes el tiempo en tratar de convencerla para que acepte a *Lord* Arkley.

–Dorita debía darse cuenta de que toda joven tiene la obligación de hacer un buen matrimonio al cumplir los diecinueve, y ella ya casi los cumple.

–Yo no quisiera...– empezó a decir Dorita .

–En tus circunstancias– la había interrumpido su tía–, sin dinero y sin nada a tu favor más que tu belleza, debías estar agradecida de encontrar un esposo que te cuide y te mantenga confortablemente.

Beryl rió.

–Me parece estar oyéndote Mamá, dándome ese mismo consejo cuando hice mi debut en sociedad.

–Por fortuna fuiste lo suficientemente inteligente para comprender que tenía razón. Hubo veces, el año pasado, en que pensé que estabas desperdiciando tus oportunidades, pero tengo que admitir que estaba equivocada. Esperaste y entonces apareció Gallen, y ¿qué madre podría desear un matrimonio mejor para su hija?– había respondido con acento arrobado, pero su voz cambió al decirle a su Sobrina:

–Pero tu caso es diferente, Dorita. No puedes darte el lujo de esperar, y mientras más pronto consigas a *Lord* Arkley, mejor.

–Pero Tía Luisa...– empezó a decir Dorita, pero recibió un puntapié de Beryl por debajo de la manta del carruaje y las palabras murieron en sus labios.

–Es inútil discutir con Mamá– le había dicho Beryl cuando llegaron a casa y subieron juntas a sus habitaciones–. Si insistes en lo contrario, sólo

pensará que eres una retrasada mental.

–No quiero que le hable a *Lord* Arkley– había respondido Dorita angustiada.

–Escucha, Querida, no tiene que ser *Lord* Arkley si no te agrada. Pero sabes tan bien como yo que ésta es tu gran oportunidad para encontrar un Esposo– añadió con emoción–: ¿De veras quieres regresar al Norte y no conocer ni tratar a nadie importante? No debes vivir muy divertida en Barrowfield, o como se llame.

Al ver la expresión del rostro de Dorita, la rodeó con sus brazos.

–Te quiero mucho, Dorita. Y deseo que te cases para que podamos divertirnos juntas. Te he extrañado mucho estos últimos dos años.

–Yo también te extrañé.

–Entonces cásate con alguien, y rápido, para que podamos movernos en el mismo *mundo social*. Arkley no es un mal partido, y les agrada a los otros hombres, lo que es muy importante.

Había sonreído, con un brillo de malicia en los ojos.

–Y eso es mucho más seguro que cuando les agrada a las mujeres, porque puede volverse un problema como el mío.

Dorita no pudo evitar reírse y Beryl la besó en la mejilla.

–Piénsalo, Dorita y sé sensata. Sé que si Tía Elizabeth viviera, le gustaría que tuvieras tu propio hogar.

Cuando Dorita se fue a la cama, las palabras de Beryl resonaron en su mente y le habló a su madre, como acostumbraba a menudo.

«Sé que desearías que me casara, Mamá, pero no con alguien a quien no amo... pero tal vez nunca amaré a nadie como tú amaste a Papá».

Se vio forzada a reconocer que deseaba volver a experimentar la misma sensación que tuvo cuando el Marqués la besó.

No podía casarse con *Lord* Arkley porque sabía que nunca podría revivir con él ese mismo éxtasis. Y como comprendía que con los otros hombres que le hablaban apasionadamente le ocurriría lo mismo, huía de sus pretendientes.

Entonces, al ver el sesgo que tomaban sus pensamientos, había escondido la cabeza en la almohada y trató de dormir.

*

En el jardín de *Lady* Melchester, al escuchar la suave música en la distancia y el burbujear del agua que caía por una pequeña cascada artificial, Dorita se dijo que todo a su alrededor inducía al romance.

Estaba segura de que en algún rincón del jardín, alguien cortejaba a Beryl: *Lord* Newall, o alguno de sus numerosos admiradores.

Se sentía diferente a las demás jóvenes porque le bastaba admirar la belleza que la circundaba y sólo se asustaría si su acompañante le hablaba de amor.

Interrumpió sus pensamientos la presencia de un hombre que cruzaba el arroyo y venía hacia ella.

–Ha regresado muy pronto...– empezó a decir, creyendo que su acompañante estaba de vuelta con las bebidas.

Entonces dio un salto, aterrorizada, al comprobar que el hombre que se acercaba era *Sir* Joscelyn Threnton.

–No me equivoqué al reconocerla en el salón de baile, Señorita Clifford– dijo él con una sonrisa en los labios.

Se sentó junto a Dorita, volviendo el rostro para verla.

Ella desvió la mirada, sintiendo que se encontraba en una situación muy embarazosa y al mismo tiempo, ofendida al recordar el comportamiento de aquel hombre.

–Está vestida mucho más elegantemente que cuando la vi la última vez– dijo *Sir* Joscelyn y rió cuando el rubor coloreó las mejillas de Dorita.

–Por favor... por favor, déjeme en paz– logró decir Dorita con dificultad.

–Eso es algo que no tengo intención de hacer. Desafortunadamente, nos interrumpieron la última vez que nos vimos, pero estoy decidido a que nos sigamos tratando.

–Eso, Señor, es algo que no le permitiré. Y ahora, ¿me hará el favor de marcharse?

Dorita habló con voz firme porque ya no tenía miedo. La impresión de ver a *Sir* Joscelyn la había confundido tanto que le impidió pensar con claridad, pero ahora comprendió que él no podía hacer nada contra ella.

Había muchas personas cerca y su acompañante no tardaría en regresar.

–Me disgusta mucho que me rechacen aunque, por supuesto, no tenía idea, cuando entré en su cuarto en *El Peligan*, que estaba bajo la protección del Marqués de Havingham.

Dorita lo miró sorprendida.

–¿Qué es lo que está diciendo?

Sir Joscelyn sonrió, pero su sonrisa era muy desagradable.

–¿Sabe *Lady* Beryl que su prima viajó con el Marqués sin dama de compañía cuando regresaba del Norte?

–¡Cómo se atreve a hacer esa insinuación!– dijo Dorita indignada–. El Marqués escuchó la forma tan inconveniente en que se estaba usted comportando y, aunque era un completo desconocido, acudió a rescatarme. Nunca lo había visto antes y no tenía idea de quién era.

–Esa es su historia. Espero que *Lady* Beryl la crea.

–*Lady* Beryl no...

Se detuvo súbitamente. Comprendió, demasiado tarde, que lo que iba a decir era exactamente lo que *Sir* Joscelyn deseaba saber.

–Así que no se lo ha contado a su prima. Tal y como lo sospeché. Bueno, me imagino que le interesará esa información. Tendré que pedirle la próxima pieza.

Dorita lanzó un grito.

–No, por favor. No le cuente eso a Beryl... por favor.

Comprendió, por la expresión en el rostro de *Sir* Joscelyn, cómo se alegraba de tenerla en su poder, por decirlo así.

Ella había presenciado su humillación cuando el Marqués lo sacó de su cuarto y sabía que ésa era su venganza: herir a Beryl, porque Dorita no podía soportar la idea de que lastimaran a su prima.

Pensó desesperada que si le hubiera dicho a Beryl la verdad cuando llegó a Fernleigh, nada de esto hubiera sucedido, pero como el comportamiento de *Sir* Joscelyn estaba tan estrechamente ligado al beso que le diera el Marqués la noche siguiente, no se había atrevido a relatar lo sucedido.

Ahora sentía como si el suelo se abriera frente a ella y un abismo sin fondo se extendiera a sus pies.

–Estoy dispuesto a hacer un trato con usted.

–¿Un trato?

–Me pide que guarde silencio en un asunto que considero de suma importancia para los interesados, pero mi silencio tiene un precio.

– ¡Eso se llama chantaje!

—¡Correcto! Pienso chantajearla, mi adorable Señorita Clifford, porque como ya le he dicho, no me gusta perder una carrera cuando casi he llegado a la meta.

–Su comportamiento fue despreciable, como sabe muy bien.

–Fue culpa suya por ser tan encantadora. Y ahora, ¿quiere escuchar mis condiciones?

Dorita no contestó y él añadió después de unos momentos:

–Son muy simples. O cena usted sola conmigo mañana en la noche o me paga cinco mil libras. Usted escoge.

Dorita se volvió para mirarlo.

–¿Cenar con usted a solas?

–Hay un lugarcito en la Calle de Jermyn donde tienen *salones privados*. Nadie la verá y podremos reanudar nuestra conversación que fue tan bruscamente interrumpida.

Dorita leyó en sus ojos lo que se proponía y emitiendo un pequeño grito de terror, apartó de nuevo la cara.

–Por otra parte, mi orgullo quedaría ligeramente apaciguado por la suma de cinco mil libras.

–Pero, ¿dónde podría conseguir... una cantidad así?

–No le parecerá muy elevada al caballero que la rescató.

–¿El Marqués?

–Exacto. El Marqués. Siempre está dispuesto a pagar bien por sus diversiones y encontrará que estará de acuerdo en que estoy siendo muy razonable en este asunto, considerando que su matrimonio con "*la incomparable*" *Lady* Beryl se anunció al día siguiente.

Sir Joscelyn hablaba en un tono amenazador y, al mismo tiempo, la satisfacción se dibujaba en sus labios, como si le deleitara saber que tenía tan buenas cartas sobre la mesa.

Dorita se quedó consternada. No supo qué hacer o qué decir y todo parecía darle vueltas en la cabeza en una confusión irremediable.

–Mi club es *el Boodles*. Si no recibo allí un cheque por cinco mil libras mañana al mediodía, la esperaré, Señorita Clifford, en el Hotel Duke, a las siete en punto.

Tomó la mano que Dorita tenía sobre su regazo y dijo con voz suave:

–Con toda sinceridad, espero que no tenga el valor de pedirle al Marqués que pague esa suma.

Antes que pudiera besar su mano, Dorita la retiró con rapidez y sin esperar que él se marchara, corrió por el jardín hacia la casa.

El salón de baile estaba en el primer piso y un tramo de escalera a todo lo ancho de la casa, conducía a la terraza. Anne subió apresuradamente.

Buscaba la seguridad que le ofrecían las demás personas; deseaba escapar de *Sir* Joscelyn y del terror que le inspiraba.

Al llegar al último escalón que conducía a la terraza, vio a un hombre parado mirando hacia el jardín. El corazón le dio un vuelco en el pecho.

Olvidando todo el rencor que había sentido por él y recordando tan sólo que la había salvado antes de *Sir* Joscelyn, Dorita corrió hacia el Marqués.

Llegó hacia él con las manos extendidas y temblorosas.

–¡Está aquí! ¡Ha regresado! ¡Lo necesito... necesito... su ayuda!

Su voz sonaba trémula de desesperación y el Marqués se volvió hacia ella alzando las cejas.

–¿Qué ha pasado?

Ella pensó que su voz tranquila y serena era como un salvavidas que se le arrojara a alguien a punto de ahogarse.

–Tengo que hablarle. Tengo que hablarle... a solas.

–Por supuesto. ¿Quiere que bajemos al jardín?

–¡No, no!– dijo Dorita con rapidez, pensando que podrían encontrar a *Sir* Joscelyn.

–Entonces buscaremos otro lugar.

Le ofreció su brazo y ella se apoyó aferrándose con fuerza, como si temiera que él se escapara.

Experimentaba de nuevo el mismo terror que sintió cuando *Sir* Joscelyn irrumpió en su habitación en *El Peligan*. El corazón le latía locamente y el nudo que sentía en la garganta le dificultaba hablar.

El Marqués evitó las ventanas que daban al salón repleto de parejas que bailaban y condujo a Dorita hacia el otro extremo de la casa.

Pasaron a un pequeño salón amueblado con sofás y alumbrado con luz tenue. Sin embargo, estaba ocupado por varias parejas y el Marqués lo atravesó hasta llegar a una puerta marcada "*Privado*".

Parecía conocer el camino y llegaron a una parte de la casa que parecía desierta y no tan profusamente iluminada como los demás salones.

El Marqués abrió la puerta y entraron a una habitación decorada con un gusto muy femenino, que perfumaban fragantes flores.

Dorita se dijo después que debía ser el *saloncitoprivado* de su anfitriona, pero por el momento, sólo pudo pensar que ya estaba a solas con el Marqués y podía contarle lo sucedido.

El le indicó un sofá y ella se dejó caer sobre él. Sus ojos se veían oscuros y llenos de temor en su pálido rostro.

Al mirarla, el Marqués recordó que había contemplado esa expresión con anterioridad.

–Dígame qué ha pasado.

Dorita juntó las manos, pero al abrir la boca para hablar comprendió lo embarazoso que sería explicarle al Marqués lo que había insinuado *Sir* Joscelyn.

Entonces reflexionó que era preciso prevenir a Beryl de sus mentiras, porque como nunca le había contado lo que sucedió durante el viaje, podría pensar que había algo de verdad en la versión de *Sir* Joscelyn.

–Es... acerca de *Sir* Joscelyn.

El Marqués frunció el entrecejo.

–¿Qué es lo que ha hecho ahora ese rufián?

–Fue a... hablarme cuando estaba en el jardín. Me dijo... cosas terribles... y no sé qué hacer.

–¿Qué le dijo?

La vergüenza que Dorita sentía le impedía hablar. El Marqués esperaba y aunque ella volvió el rostro y su voz era apenas audible, se vio obligada a decir:

–Me amenazó con... decirle a Beryl que nosotros... estábamos juntos en *El Peligan*.

El Marqués lanzó un juramento por lo bajo.

–Debí haberme imaginado que él lo interpretaría así.

–También dijo que estaba preparado... para ofrecerme un trato.

–¿Qué clase de trato?

Nuevamente, se hacía difícil contestar esa pregunta.

–Me dijo– prosiguió diciendo Dorita con voz entrecortada–, que... o cenaba yo con él... a solas, mañana en la noche en... un *salón privado*, o tendría que... pagarle cinco mil libras esterlinas antes de las doce del día.

–¡Así que ése es su juego!

Se inclinó hacia delante y puso la mano sobre los dedos que Dorita entrelazaba con desesperación.

–Todo saldrá bien, Dorita. Yo me encargaré de este asunto. Conozco a esa clase de granujas y le prometo que no la molestará más.

–No me preocupo por mí, sino por Beryl.

Los dedos del Marqués sobre los suyos le causaron la misma sensación que experimentó en el parque cuando él mantuvo cautiva su mano.

Sintió el impulso irresistible de aferrarse a él y de rogarle que la protegiera.

No sólo le temía a *Sir* Joscelyn, sino a *Lord* Arkley y a su tía, quien quería comprometerla en matrimonio. Y también la asustaban los hombres que se acercaban a ella.

Pero el Marqués pertenecía a Beryl y las cosas ya estaban bastante complicadas para pretender que él la cuidara.

El Marqués comprendió su agitación y le dijo con voz calmada:

–Está bien. Le prometo que todo saldrá bien.

–¡Si sólo le hubiera dicho a Beryl que ya nos conocíamos cuando llegué a Fernleigh!

–¿Y por qué no se lo dijo?– preguntó el Marqués con voz profunda.

Dorita no pudo responder.

¿Cómo podría decirle que, aunque sabía que debía sentirse avergonzada por su comportamiento con un desconocido, esos momentos habían sido los más maravillosos de toda su vida?

Como si comprendiera el conflicto por el que atravesaba, el Marqués se puso de pie.

–Regrese al salón de baile y diviértase. Deje que yo me encargue de todo.

–¿Y si *Sir* Joscelyn...?

–No hará nada para lastimarla, ni a Beryl tampoco. Le pido que confíe en mí aunque crea que no lo merezco.

–Pero yo... confío en usted.

–¿A pesar de lo que opina de mi persona?

Ella alzó los ojos para verlo y le fue imposible desviar la mirada.

Sintió que, aunque no la tocara, estaba cautiva entre sus brazos, arraigada en ellos por un hechizo que hacía que sus almas se juntaran más allá de la Eternidad.

Entonces, abruptamente, como si ello le causara un gran esfuerzo, el Marqués apartó la vista del rostro de Dorita .

–Su padre le envía su cariño –dijo en un tono de voz diferente–, y espera que se esté divirtiendo.

–¿M-mi... padre?

Creyó no haber escuchado correctamente.

–He estado en Barrowfield– explicó el Marqués–. Pasé algún tiempo con su padre y creo que le agradará saber que todas sus sugerencias serán llevadas a cabo enseguida.

–¿Quiere decir...?– preguntó Dorita, pero no pudo terminar la frase.

–La bomba de aire, las lámparas de seguridad, bombas de agua nuevas, mejores condiciones de seguridad... hay una lista muy larga.

–No comprendo– dijo Dorita, pero una luz brilló en sus ojos.

–Usted tenía razón. Completa y absolutamente. La mina es un infierno que nunca debió existir.

Dorita lo miraba sin poder hablar.

–He despedido al superintendente– prosiguió el Marqués–, y su padre me ha ayudado a contratar a otro. Prohibí que se empleara a niños menores de dieciséis años y ordené que, cuando fuera posible, se excluyera a las mujeres de los trabajos de la mina.

Dorita juntó las manos.

–Me parece que estoy soñando.

–Su padre dijo lo mismo– sonrió el Marqués–. Habrá regalos en dinero y piezas de carne en los festivales, así como incentivos de trabajo para los mineros, igual que en las minas de Fitzwilliam: cuatro chelines cuando los hombres trabajen seis días a la semana, además de un aumento en sus salarios.

Dorita emitió un pequeño grito de júbilo.

–¡Cómo pudo hacer algo tan... maravilloso!

–Es lo que usted me pidió que hiciera.

–Pero nunca creí... nunca soñé...

Se llevó las manos al rostro.

–Después de hablarle, comprendí que debía haber solicitado su ayuda en vez de atacarlo como lo hice.

–Me lo merecía. Soy la última persona que puede alegar ignorancia cuando se trata de un caso de negligencia. Me merecía todo lo que me dijo y mucho más.

–Y ahora todo cambiará– dijo ella con lágrimas en los ojos.

–Una mina de carbón siempre será una mina de carbón y no es un lugar muy agradable para nadie, especialmente para alguien como usted. Pero su padre se encuentra satisfecho allí.

–¿Cómo podré darle las gracias?

Cuando pronunció esas palabras, el rubor subió a sus mejillas al recordar que había hecho esa misma pregunta con anterioridad.

El Marqués leyó sus pensamientos y nuevamente sus ojos se encontraron.

–Ahora que hemos arreglado este asunto– dijo él en voz muy baja–, ¿qué vamos a hacer acerca de nosotros?

Dorita se quedó aturdida.

–¿Nosotros?

–Sí, nosotros. Ambos sabemos lo que pasó cuando te besé y, sin embargo, te dejé marchar, porque creí que nunca volvería a verte y que tal vez te olvidaría con el tiempo.

Tomó aliento para proseguir:

–Pero nos hemos encontrado de nuevo, Dorita, y ahora no puedo vivir sin ti.

Eso era lo que ella sentía por él y comprendió que era la respuesta a todos sus confusos pensamientos. Todo lo que buscaba, todo lo que la atormentaba, se debía a que se había enamorado cuando él posó sus labios en los suyos. Había luchado contra ese sentimiento, había tratado de negarlo, pero era el amor. El amor que sus padres sintieron el uno por el otro. Un amor que, aunque humano, tenía algo de divino, un amor que no la dejaba siquiera pensar en pertenecer a otro hombre.

–¡Te amo, Dorita!

El Marqués pronunció aquellas palabras muy lentamente y Dorita las sintió vibrar dentro de ella.

–¡Beryl!– dijo Dorita y, aunque pronunciado en un susurro, el eco de ese nombre parecía retumbar por las paredes de la habitación.

–Sí, Beryl– repitió el Marqués.

Fue hacia la chimenea, y bajó la vista hacia la repisa llena de flores, como si entre ellas fuera a encontrar la solución a sus problemas.

Dorita lo siguió con la mirada, recorriendo sus anchos hombros, su cuerpo atlético, sus oscuros cabellos.

Ahora que se habían roto las barreras, comprendió que lo amaba con todo su ser, con toda su mente, con todo su cuerpo y su alma. Su ser entero le pertenecía a él.

–Hablaré con Beryl y le diré la verdad– dijo el Marqués.

–No, no puedes hacer eso.

–Le pediré que me libere del compromiso de un matrimonio que sólo nos acarreará infelicidad a ambos.

–Beryl quiere casarse contigo y sabes tan bien como yo que el rompimiento del compromiso la perjudicaría... socialmente, de una manera... cruel, si la dejas plantada.

–Tal vez pueda convencerla para que sea ella la que me rechace.

Dorita hizo un gesto de desolación con las manos.

–Ella nunca hará eso. Y también sabes que no podría haber felicidad para nosotros si... herimos a Beryl y causamos un escándalo.

El Marqués se volvió para mirarla.

–Estás diciendo exactamente lo que esperaba que dijeras. Pero, ¿cómo podremos vivir el uno sin el otro?

Sus ojos tenían tal expresión de dolor que Dorita ansió rodearlo con sus brazos y consolarlo.

Sabía que lo que él sugería era incorrecto, completamente incorrecto. Al mismo tiempo, daba por cierto que él le estaba proponiendo matrimonio, aunque no había pronunciado esas palabras.

El Marqués le dijo con voz serena:

–Sabes muy bien que deseo, más que la salvación de mi alma, casarme contigo, Dorita. Me he reído del amor; le he asegurado a mi madre que nunca me enamoraría. Pero mis propias palabras me han traicionado.

Hizo una pausa antes de proseguir:

–Te amo como no creí posible amar a ninguna mujer. Tu rostro está siempre delante de mis ojos. En la noche, sueño que te tengo en mis brazos, como te tuve una vez cuando, tonto de mí, te dejé ir

–Estuvo muy mal que... dejara que me besaras.

–No fue indebido, sino inevitable. Tenía que suceder, porque, sin saberlo, te he estado esperando siempre y creo que tal vez, mi amor, tú también me esperabas.

Era cierto, pero Dorita no se había percatado de ello. Sólo ahora comprendía que él era cuanto había soñado o imaginado. El era su ideal.

–¿Tendrías el valor suficiente para escaparte conmigo? Nos iríamos lejos y podríamos casarnos y vivir tranquilamente por unos años, hasta que el escándalo y las murmuraciones se acallaran. La gente olvida con mucha facilidad.

–¿Cómo podríamos hacerle eso a Beryl?

Sin embargo, nada podría ser más maravilloso, más perfecto que estar sola con él, sin nada que distrajera sus pensamientos, concentrados el uno en el otro. Pero sería cruel conseguir su felicidad pasando por encima de Beryl, a quien quería tanto.

–Yo también te amo. Te amaré siempre, y jamás existirá otro hombre con el que quiera casarme.

Al escuchar esas palabras el Marqués fue hacia ella con los ojos brillantes.

–Pero no puedo escaparme contigo. Debemos olvidar lo que nos hemos dicho. Le perteneces a Beryl. Ella ha prometido ser tu esposa y yo no podría

permitir que hicieras algo deshonroso.

Su voz temblaba y el Marqués, con un tono que reflejaba el dolor que sentía, le dijo:

–Debería saber que es un castigo para mis pecados el enamorarme de una mujer tan buena y tan pura como tú.

–No lo soy, pero no podemos construir nuestra felicidad con una mala acción.

–Tal vez encontremos una alternativa– dijo él con voz opaca.

–No hay ninguna, pero rezaré por ti. Dondequiera que vayas, no importa lo que hagas, rezaré porque mi amor te proteja y... tal vez, aunque sea sólo un poco, te inspire.

–Como ya me has inspirado. Desde que te conocí, Dorita, he empezado a pensar de una manera diferente, y por primera vez he deseado dar en vez de recibir.

Se llevó una mano a los ojos y añadió:

–Cuando vi las condiciones en que se trabaja en la mina que lleva mi nombre, me sentí abrumado, lleno de vergüenza, y humillación. Nunca me hubiera sentido así de no ser por ti.

–Tenías ojos para ver lo que estaba mal y hubieras hecho algo para mejorarlo.

El Marqués la miró y luego preguntó:

–¿Crees en mí?

–Creo en ti, confío en ti y pienso que eres, no sólo magnífico sino... maravilloso.

Su voz se quebró y sus ojos se llenaron de lágrimas al mirar al Marqués.

–Entonces trataré de no fallarte.

Era una promesa.

Como si los dos comprendieran que la conversación había terminado y no hubiera nada más que añadir, se dirigieron a la puerta.

El Marqués la abrió para franquearle el paso a Dorita y salieron y, mientras caminaban por el pasillo, Dorita sintió que habían dejado sus corazones en aquella quieta, fragante habitación.

Capítulo 6

BERYL entró apresuradamente en la habitación donde Dorita se encontraba escribiendo una carta a su padre.

–¿Sabes, Dorita?– preguntó con excitación–. ¡Gallen se batió en duelo esta madrugada!

Mientras hablaba fue hacia el espejo, por lo que no pudo ver que Dorita se levantaba apresuradamente, con el rostro lívido, y que, aunque entreabría los labios para hablar, no lograba emitir sonido alguno.

–Hay que reconocer que es muy romántico– prosiguió Beryl, mirándose en el espejo–, porque, por supuesto, se batió por mí.

–¿No está herido?– Dorita consiguió articular esas palabras en un susurro.

–Charles dice que Gallen sólo recibió unos arañazos, pero su oponente está al borde de la muerte.

–¿Quién... es él?

Dorita no pudo evitar hacer la pregunta aunque ya conocía la respuesta.

–Un hombre llamado *Sir* Joscelyn Threnton– replicó Beryl quitándose el sombrero y alisándose los cabellos–. Creo que me lo presentaron, pero no recuerdo su cara.

–Y el Marqués... ¿de verdad no salió herido?

–No debía haber recibido ni siquiera un rasguño, según dice Charles, pero *Sir* Joscelyn disparó antes que los padrinos contaran hasta diez.

Beryl rió.

–Gallen es tan afortunado que presintió lo que iba a suceder, y cuando *Sir* Joscelyn disparó, se hizo a un lado. En vez de matarlo, la bala sólo le rozó el brazo izquierdo.

Beryl emitió un pequeño sonido que indicaba su deleite.

–Charles dice que en todos los *clubs* de *St. James* no se habla de otra cosa. *Sir* Joscelyn está completamente desacreditado y, si se recobra, tendrá que marcharse al extranjero.

Dorita juntó fuertemente las manos, pero no pronunció una palabra.

–Si se queda aquí, nadie le hablará, porque ya cayó en desgracia.

Dorita sintió que sus piernas no podían sostenerla más y se sentó en una silla.

¿Cómo imaginar que el Marqués solucionaría el problema de ese modo?

–¿Estás completamente segura– preguntó, porque tenía que saberlo–, que el Marqués no está malherido? Beryl se dejó caer en el sofá.

–¡Cuánto escándalo haces, Dorita! ¡Por supuesto que Gallen está bien! A estas alturas, ya deberías saber que es indestructible.

Se recostó sobre los cojines de satén para añadir:

–Me pregunto qué diría *Sir* Joscelyn acerca de mí. Charles está seguro que debe haber sido algo muy deshonroso para que Gallen lo retara a duelo.

Suspiró.

–Supongo que nunca lo sabré, porque de seguro Gallen no me lo dirá.

–¿Lo has visto?

–¿A quién? ¿A Gallen? Imagino que estará en su casa y sería muy impropio que fuera a verlo sola.

Aunque no hablaba en serio, comentó:

–¡Ni una palabra de esto a Mamá! Ya sabes cómo se preocupa por mi reputación y no es elegante ser la causa de un duelo.

–No comentaré nada– murmuró Dorita, pero sintió deseos de llorar de alivio al saber que el Marqués había salido bien librado del duelo. ¿Y suponiendo que *Sir* Joscelyn hubiera logrado su propósito de herirlo mortalmente? ¿Y si hubiera muerto?

Desechó esos pensamientos. El Marqués se encontraba bien y ella no debía portarse con cobardía porque ambos eran un solo ser.

–Creo que ahora me pasa todo. Muchos amenazaron antes batirse por mí, pero nunca había sucedido realmente. Es algo que merece ser contado a mis nietos, si es que llego a tenerlos.

Hablaba con el tono frívolo que tanto lastimaba a Dorita. Ella sabía que si en esos momentos estuviera en el lugar de Beryl, la consumiría la

ansiedad. Y, aunque hubiera sido poco convencional, nada la hubiera detenido para correr al lado del Marqués.

Beryl se levantó del sofá.

–Sólo espero que Gallen pueda llevarnos a la ópera esta noche. Será una ocasión especial porque estaremos en el palacio del Príncipe Regente.

–¿Nosotros?

–Por supuesto, la invitación te incluye a ti, Querida. El Príncipe le dijo a Mamá palabras muy halagadoras acerca de ti y, después de la ópera, estamos todos invitados a cenar en la Casa Carlton.

Dorita volvió la cabeza para mirar la carta que le estaba escribiendo a su padre.

–Beryl– dijo en voz baja–, supongo que verdaderamente quieres que me quede contigo para tu boda, pero creo que debería regresar... para cuidar a Papá.

Beryl lanzó un grito.

–¿Estás loca? Por supuesto que tienes que quedarte para mi boda. Eres mi dama de honor y quiero que me acompañes. Sabes muy bien que no me divertiré sino estás conmigo para burlarnos de todos y ver el lado divertido de toda esa ceremonia.

–Me quedaré...– se esforzó a decir Dorita–, si en verdad así lo deseas, Querida. Fue sólo una idea que se me ocurrió.

–Una idea muy tonta. Ahora que has vuelto, no tengo intenciones de perderte y si me pones más objeciones, le escribiré yo misma a tu padre.

Sonrió al añadir:

–Le recordaré al Tío Augusto que se supone que los párrocos sean desinteresados y, si te arranca de mi lado, sería una acción muy egoísta.

Con esa frase, Beryl puso fin a la conversación y salió presurosa.

Dorita se llevó ambas manos al rostro. Se sentía agobiada por la desesperación al pensar que el Marqués estaba herido y su angustia le recordó lo mucho que lo amaba.

Había permanecido despierta toda la noche después que regresaron del baile en casa de *Lady* Melchester, sintiendo, a veces, una felicidad fuera de este mundo, porque él le había dicho que la amaba, pero al momento siguiente, se sumergía en un infierno de desolación, porque sabía que nunca

podrían estar juntos y que Beryl se interponía entre ellos como una espada flamante.

No podía creer que el amor que sentían fuera algo perverso. Jamás podría serlo. Su amor era sagrado, pero no lo sería si lastimaban a Beryl y eran felices a su costa.

Estaba en lo cierto cuando le dijo al Marqués que no lo dejaría hacer algo deshonesto.

Conocía lo suficiente de la vida mundana para comprender que, aunque el Marqués hubiera tenido una conducta censurable con respecto a sus amoríos, jamás había violado el *código de honor* que se esperaba de un caballero. Del mismo modo que no se hubiera atrevido a hacer trampas en una carrera de caballos o en un juego de cartas, o como hiciera *Sir* Joscelyn, disparar antes de la cuenta de diez, tampoco podía rehusarse a contraer matrimonio con Beryl, después de haberla solicitado por esposa.

«Lo amo por lo que es» se dijo Anne, «y no debo obligarlo a hacer nada que lo desacredite como un admirado *Corintio* y un gran deportista».

Cuando recordó todo lo que él hizo en Barrowfield porque ella se lo pidió, tuvo la certeza que ningún hombre podía tener la mente tan abierta y haber sido más generoso.

No le había pedido disculpas por su negligencia en el manejo de la mina. Había aceptado su culpa por ignorar lo que allí ocurría y lo remeció lo mejor que pudo.

El le dijo que el Vicario estaba satisfecho, lo que quería decir que las nuevas disposiciones en la mina serían aún mejor que en todas las demás en Yorkshire del Sur.

El Marqués no asistió a la ópera esa noche y le mandó un mensaje a Beryl, explicando que ésas eran las órdenes del médico, pero Dorita pensó que tal vez su ausencia se debía a un motivo más personal.

Ambos necesitaban tiempo para aceptar lo que se dijeron en la intimidad del saloncito la noche del baile y les hubiera sido muy difícil encontrarse en público sin delatar sus sentimientos.

En los días que siguieron, Dorita vio únicamente al Marqués cuando había muchas personas alrededor, y él no hizo ningún intento de hablarle a solas.

Como sus almas se habían comprendido a la perfección sabía, con sólo mirarlo, que sufría.

Parecía más delgado y las líneas que bajaban desde su nariz hasta las comisuras de sus labios, se habían hecho más profundas, dándole un aspecto más cínico, pero Dorita sabía que eran las huellas del sufrimiento.

Sin querer, escuchó comentar a uno de los lacayos del Marqués que su amo salía a montar a caballo hasta quedar exhausto.

Para ella era muy difícil comer los manjares que tanto había disfrutado cuando llegó del Norte y, cuando se acercaba el día de la boda, Beryl le preguntó ansiosa:

–¿Qué has estado haciendo, Dorita? ¡Te estás poniendo tan delgada que mis vestidos te cuelgan como si fueran sacos! Si sigues así, tendremos que arreglarte el vestido para la boda.

–Me queda muy bien– protestó Dorita sin mencionar que ya había dado instrucciones para que le recogieran dos pulgadas en la cintura.

Era un traje muy hermoso y le agradeció a su tía que se lo comprara, pero era como una mortaja que cubriría su última esperanza de felicidad.

Había tomado la determinación de no regresar jamás cuando viajara hacia el Norte después de la boda.

Cuando Beryl fuera su esposa, no podría ver al Marqués sin sentir unos celos irresistibles o una intensa amargura.

Todas las noches rezaba para que estos sentimientos no se apoderaran de ella.

«Los quiero a los dos y deseo que sean felices. ¡Ayúdame Dios mío, a ahogar todas las demás emociones!»

Era el lamento de una criatura asustada y sentía miedo, porque no podía evitar que toda su mente y todo su cuerpo suspiraran por el Marqués.

Lo necesitaba con tanta desesperación que, a veces, casi perdía el control de sí misma.

Beryl diseñó personalmente el vestido de dama de honor de Dorita. Era de satén blanco y el borde de la falda se adornaba con rosas del mismo color, con cuentas que brillaban como gotas de rocío.

En la cabeza, Dorita llevaría una corona de rosas que luciría muy bien sobre sus cabellos claros, y el ramo sería también de rosas.

Beryl fue con ella a ver la última prueba del vestido.

–¡Te veo encantadora, Querida! Y pareces una novia.

–Es cierto, *my Lady*– dijo la modista–. Espero coser un vestido de novia para la Señorita Clifford muy pronto.

–Es muy probable– dijo Beryl sonriendo y Dorita comprendió que estaba pensando en *Lord* Arkley.

Quiso protestar ante esa perspectiva, pero luego comprendió que era inútil manifestar que no tenía intención de casarse con *Lord* Arkley o con ningún otro hombre.

Beryl no lo entendería y tenía la seguridad de que cuando su tía tenía oportunidad, intrigaba a su favor.

Pero, para fortuna de Dorita, la Condesa estaba tan ocupada con los innumerables preparativos para el matrimonio, que tenía poco tiempo de ocuparse de su Sobrina.

Dorita sabía, sin embargo, que la Condesa no renunciaba a esa idea, por lo que tomó la determinación de regresar a Barrowfield tan pronto como terminara la Ceremonia de la Boda, antes de lo cual sería imposible que su tía se ocupara de concertar un matrimonio para ella.

–Creo que ya no hay nada más que hacerle al vestido– dijo Beryl.

–No, *my Lady*– repuso la modista–. Está terminado y se lo mandaré a su casa mañana.

–Gracias y mándeme también mi vestido de novia.

–Muy bien, *my Lady*.

–¿Te das cuenta que no he visto tu traje de novia?– dijo Dorita –. Muéstramelo.

Beryl sacudió la cabeza.

–Es una sorpresa. Ni siquiera Mamá sabe cómo es.

–Yo creí que Tía Luisa ya lo había visto.

–Nadie lo ha visto, ¿verdad, Señora?

La modista negó con un gesto.

–Va a ser una gran sorpresa, *my Lady*, no sólo para su familia sino para las otras damas, que están curiosas por saber qué usará.

Dorita miró con aprensión a su prima. La conocía lo suficiente para saber que estaba tramando algo y no podía evitar sentir curiosidad por

averiguar de qué se trataba.

La boda sería el último evento importante en la *temporada*, pues el Príncipe Regente había anunciado que se marcharía a Brighton después.

Con tantos invitados a la Ceremonia, no quedaría un lugar vacío en la Iglesia de San Jorge en Hanover Square y la Condesa se ponía cada día más frenética cuando la casa de la Calle Curzon se vio inundada de regalos, aparte de los que le enviaban al Marqués en *Park Lane*.

Había que hacer una lista de todos, para poder enviar una nota de agradecimiento.

–Si creen que voy a pasar mi luna de miel escribiendo cartas dando las gracias, están equivocados– exclamó Beryl.

Ella y Dorita estaban desenvolviendo una docena de paquetes que habían llegado esa mañana.

–Algunos son muy bonitos– comentó Dorita.

–¡En lo que a mí concierne, no son más que basura! ¡Mira este broche de granates! ¿Te imaginas que podría usarlo cuando Gallen tiene una colección de rubíes que pagarían el rescate de un Rey?

–Lo envió una anciana que nos conoció cuando éramos niñas– dijo Dorita–. Dice en su carta que perteneció a su bisabuela y ha hecho un gran sacrificio para enviártelo.

–No quiero que nadie se sacrifique por mí.

Se levantó del suelo donde se había sentado para abrir los paquetes.

–Deja que los sirvientes limpien esto. Ya estoy cansada de tantos regalos.

Dorita la miró sorprendida. Beryl había estado muy irritable en los últimos dos días y había perdido interés en los preparativos. Dorita tuvo la impresión de que no se sentía feliz.

–¿Qué te pasa, Querida? ¿Algo anda mal?

–¿Mal? ¿Qué puede estar mal?

Dorita dedujo que estaría nerviosa ante la cercanía de la boda, o que tal vez estaba pescando un catarro.

–Vamos a ponernos los sombreros y salir a dar una vuelta– sugirió Beryl.

Dorita miró el reloj.

–Son más de las cuatro. Tía Luisa no debe tardar.

–Con más razón, saldremos. Estoy cansada de oír hablar del número de personas que asistirán a la Ceremonia y de decidir si debemos servir más merengues y menos pastelitos de crema.

Dorita no contestó y subieron la escalera en silencio. Cuando llegaron arriba, la doncella de Beryl se acercó a recibirla.

–Acaban de entregar su vestido de novia, *my Lady*– le dijo–, y he puesto el de la Señorita Dorita en su armario.

–Gracias– dijo Dorita.

Beryl se dirigió hacia su habitación y, al llegar a la puerta, se volvió y le dijo a su prima:

–Entra para que veas mi vestido de novia. Espero que te guste.

Abrió la puerta y Dorita la siguió. De acuerdo a los comentarios de Beryl, esperaba que el vestido fuera muy original, pero al verlo colocado sobre la cama lo encontró completamente distinto a lo que esperaba. ¡Era color de rosa!

Una exquisita creación, en un rosa muy pálido.

¿Pero quién había visto alguna vez que una novia se vistiera de rosado?

Estaba confeccionado en tul con rosas en el borde, igual que el de Dorita. La larga cola tenía incrustaciones de flores bordadas con cuentas brillantes. Era un vestido original, algo llamativo, pero Beryl se vería muy hermosa con él.

La única cuestión era: ¿le importaría al Marqués que su novia fuera al altar en un color tan poco convencional?

–Llevaré en la cabeza una corona rosada y, como puedes ver, un velo del mismo tono hasta el suelo.

Miró a su prima en actitud desafiante y después de unos momentos, Dorita comentó:

–Es muy hermoso, Querida, y te verás divina con él, pero, ¿no hubiera sido mejor que te vistieras de blanco?

Hubo un momento de silencio y entonces Beryl contestó con voz áspera:

–Ese es un color que no tengo derecho a usar.

Dorita la miró con los ojos muy abiertos por la sorpresa.

–¡Beryl! ¿Qué... quieres decir?

–Te estoy diciendo la verdad.

Dorita respiró hondo.

–¿Quieres decir... me estás diciendo que tú...?

–¿Que no seré una novia virgen y pura?– terminó Beryl–. Eso es exactamente lo que estoy diciendo, Dorita. Debes saberlo.

–Pero... Querida... ¿Es *Lord* Newall tu amor? ¿Entonces por qué...?

–Charles Newall no tiene nada que ver con esto. El hombre a quien me entregué era... ¡mi esposo!

Dorita la miró como si pensara que su prima había perdido la razón. Entonces, rompiendo a llorar, Beryl se sentó en el taburete junto al tocador y se llevó ambas manos al rostro.

–¡Oh, Dorita, quería decírtelo antes! Pero, ¿para qué? Me siento tan desdichada... ¡aunque es inútil hablar de ello!

Dorita se arrodilló junto a Beryl y la rodeó con sus brazos.

–Cuéntamelo ahora– le suplicó–. Cuéntamelo, Querida.

Las lágrimas corrían por el rostro de Beryl.

–Yo lo amaba, Dorita, lo amaba con todo mi corazón... era el amor, como lo habíamos imaginado... sólo que mucho más maravilloso.

–¿Quién era? Dímelo.

–¿No te lo imaginas?– preguntó Beryl sonriendo a través de sus lágrimas.

Dorita la miró y de pronto supo la respuesta.

–Era Rodney.

Beryl asintió.

–Sí, Rodney. Supongo que lo quise desde que era una niña... pero no comprendí que lo amaba hasta... que tuvo que marcharse con su Regimiento.

–Lo recuerdo, pero nunca pensé...

–Tía Elizabeth acababa de morir y tú estabas demasiado ensimismada en tu pena para prestarme mucha atención. Yo quería decírtelo, pero Rodney y yo tuvimos miedo de que descubrieran que nos amábamos y le prohibieran entrar en casa.

Miró a Dorita a través de sus lágrimas y prosiguió:

–Sabes que mis padres no lo hubieran considerado como un pretendiente apropiado para mí.

Estalló en sollozos nuevamente, cubriéndose el rostro con las manos.

–¡No era bueno para mí! Sí, él era... todo lo que yo deseaba y me decía que me amaba más que a su vida.

Su voz se quebró y sollozó incontrolablemente. Dorita sólo pudo estrecharla contra su pecho y las lágrimas rodaron también por sus mejillas.

–No lo recordarás– prosiguió Beryl después de un rato–, pero fui a Londres por unos días y le dije a Papá que iba a quedarme con Mamá... pero ella ni siquiera sabía que yo estaba en la ciudad. Rodney y yo nos casamos bajo una licencia especial. Fuimos a un hotel juntos y... Dorita... ¡fue entonces cuando comprendí cómo debe ser el cielo!

–Entiendo– murmuró Dorita .

–Fue tan... maravilloso. Pero Rodney tuvo que despedirse porque su Regimiento partía para España.

Dorita recordó que Rodney pertenecía a la División que fue enviada en 1814 para reforzar los Ejércitos del Duque de Wellington, que iban a marchar a Francia a través de España.

–Rodney estaba seguro de que la guerra no duraría mucho. Cuando regresara, le diríamos a Papá que estábamos casados. Entonces... no podrían hacer nada para separarnos, pero... él... nunca regresó.

Beryl continuaba sollozando y Dorita trataba de consolarla entre sus propias lágrimas.

–Nunca le he contado a nadie... lo que te estoy diciendo ahora... no había necesidad de que nadie lo supiera... porque Rodney está muerto.

–¿Ni siquiera el Marqués?

–¿Qué objeto tendría?– dijo Beryl secándose las lágrimas.

–¿No crees que tiene derecho a saberlo?

–No he preguntado acerca del pasado de Gallen y espero que él no me pregunte sobre el mío.

Beryl miró el rostro de Dorita en el espejo junto al suyo y percibió su tristeza.

–No te preocupes por mí, Querida. Es la última vez que lloraré por Rodney... la última vez que mencionaré su nombre. Todo ha terminado.

–Pero no podrás olvidar.

–Trataré– dijo Beryl con voz firme–. Trataré de no volver a pensar en él jamás.

Dorita se puso de pie y miró el vestido color de rosa que yacía sobre la cama. En una forma muy peculiar, Beryl deseaba ser honesta consigo misma y no lucir un vestido blanco.

Había estado ciega al no darse cuenta de que Rodney y Beryl siempre habían estado unidos por algo muy especial. Mirando hacia el pasado, recordó mil incidentes que debieron revelarle que ellos se querían en una forma diferente del cariño que sentían por ella,

Como Dorita era dos años más joven que Beryl y cinco menos que Rodney, los había visto con los ojos de una niña.

Ahora que amaba al Marqués recordó que, cuando ellos estaban juntos, existía un magnetismo en la atmósfera y que no podían apartar la vista cuando se miraban a los ojos.

Comprendió entonces los motivos secretos que explicaban el comportamiento de Beryl. Como había perdido lo único que le importaba en la vida, se sumergió en la liviana alegría del mundo social en un esfuerzo por olvidar.

Buscaba la admiración de los demás y el amor que perdió, aunque sabía que no volvería a encontrarlo. Y como no podía satisfacer su deseo de amar, trató de reemplazarlo con ambición y lo logró cuando el Marqués le pidió que fuera su esposa.

Todo estaba muy claro ahora y Dorita decidió que era un motivo más por el que no debía hacer nada para arrebatarle al Marqués.

Beryl había perdido a Rodney, el amor de su vida, y trató de sustituirlo con una posición social prominente.

–Por lo menos tendrán de qué hablar cuando vean mi vestido rosado– dijo Beryl en un tono de voz que le indicó a Dorita que se había puesto de nuevo la máscara que ocultaba sus verdaderos sentimientos.

–Harán especulaciones... de porqué usas ese color.

–Hablarán de todos modos. ¿No sabes que esas viejas murmuradoras ya me han adjudicado un sinnúmero de amantes? Charles Newall es sólo el último.

Emitió una risa patética que se acercaba mucho a un sollozo.

–El año pasado se mencionaron muchos nombres en los rincones, y otros tantos el año anterior.

–¿Y no te importa?

–¿Por qué habría de importarme?– replicó encogiéndose de hombros–. Es mejor que murmuren de ti y no que te ignoren. Y yo odiaría, de veras odiaría, que nadie me prestara atención.

Al ver la expresión del rostro de Dorita, se levantó y se acercó a ella.

–Me alegro de haberte contado mi secreto, Querida. Eres la única que puede entenderlo; la única persona que comprendería porqué a veces hago cosas escandalosas... para olvidar.

–Lo entiendo, Beryl, pero recuerda que como Rodney te amaba, siempre estará junto a ti, como yo siento que Mamá me acompaña.

Beryl se puso rígida.

–He tratado de creer eso. Cuando supe que había muerto, lo llamaba en la oscuridad, pidiéndole que viniera a mí, que me envolviera en sus brazos como cuando estaba vivo, pero él... nunca apareció.

Su voz se tornó dura.

–Me dije entonces que todas esas historias acerca de la vida después de la muerte, de las que hablaba tu padre con tanta vehemencia, eran una sarta de tonterías sin sentido. Cuando alguien muere, sólo queda el infierno para los que sobreviven.

–¡No, *no!* ¡No debes pensar así! Cuando me siento terriblemente desdichada, sé que Mamá está cerca de mí y que la muerte no existe.

–Entonces, ¿por qué Rodney no viene a mí? El me amaba, Dorita, como nadie podrá amarme. Nos pertenecíamos uno al otro y, sin embargo, parece que está satisfecho con dejarme sola.

–No lo creo.

–Bueno, ¡pues yo sí!

Nuevamente sus ojos se llenaron de lágrimas y se las enjugó con un gesto brusco.

–Ahora ya no podremos salir. Mira como me he puesto. Voy a recostarme un rato, Dorita, y te sugiero que hagas lo mismo. Esta noche tendremos una pequeña cena.

–Es mejor que no te acuestes tarde, porque la Ceremonia será mañana– dijo Dorita, haciendo un esfuerzo por hablar con naturalidad.

–Tal vez tengas razón. Gallen no vendrá a la cena; no me explico por qué. Envió sus disculpas esta mañana diciendo que tenía otros planes.

Sonrió con ironía.

–Me imagino que planeará decirle adiós a alguno de sus amoríos. Me pregunto si será la viuda que tanto lo entusiasmó hace algún tiempo, o la deliciosa pelirroja con quien lo vi una noche en el teatro.

Dorita estaba segura de que ninguna de esas dos mujeres era el motivo de la ausencia del Marqués, y que en realidad evitaba asistir a una cena íntima en la cual ella estuviera presente.

Hubiera sido más fácil regresar al Norte antes de la Ceremonia, pero le había sido imposible dejar a Beryl y ahora se alegraba de no haberlo hecho.

Para Beryl había sido un alivio contarle la verdad y esa confesión tranquilizó un poco a Dorita, a quien preocupaba que el éxito que Beryl obtuvo en Londres hubiera alterado su carácter.

Le dolía conocer la desdicha que escondía el alma de Beryl bajo la fingida alegría que demostraba en *sociedad*, pero, al menos, se había casado con Rodney, conoció la inmensa dicha de ser su esposa y vivieron, como Beryl le dijo, tres días en el Paraíso.

Cuando ella regresara a Barrowfield, sólo se llevaría el recuerdo de aquel maravilloso beso y del roce de la mano del Marqués sobre la suya. Eso sería todo lo que tendría para atesorar durante el resto de su vida, porque lo amaba tan intensamente, que siempre estaría en sus pensamientos.

Y aunque él, físicamente, pudiera pertenecer a Beryl o a cualquier otra mujer, su alma sería suya por toda la Eternidad.

*

EL día de la boda reinaba tanta conmoción y barullo que Dorita pensó que nunca llegarían a la Iglesia.

La Condesa corría por toda la casa dando órdenes contradictorias a los sirvientes y la confusión aumentó porque el Conde no aparecía.

Su carruaje se demoró en el camino y llegaron a pensar que se le había olvidado la fecha y que no llegaría para entregar a la Novia.

Un constante desfile agravaba el desorden. Los lacayos entregaban mensajes y regalos retrasados; los floristas, ramos de flores y las costureras, ropa que había necesitado alteraciones de última hora.

Una docena de baúles esperaban por los vestidos que llevaría Beryl en su luna de miel.

La Condesa y Beryl cambiaban de opinión continuamente sobre lo que debía incluirse en los baúles y lo que debía mandarse al castillo del Marqués en Huntingdonshire.

La única persona ajena a todo ese ajetreo era Dorita.

Aunque trató de permanecer cerca de su prima en caso de que la necesitara, Beryl estaba en ese estado de ánimo en que encontraba todo divertido y no tomaba nada en serio.

Hizo encolerizar al Conde diciéndole que su elegante levita le quedaba demasiado estrecha y cuando trató de hacer que su Madre se cambiara de sombrero, la Condesa gritó exasperada:

–¡No interfieras conmigo, Beryl! ¡Déjame en paz y ocúpate de lo tuyo! Estoy segura de que tu Doncella debe haber olvidado la mitad de las cosas que tenía que guardar.

–Pues entonces, me las compraré nuevas.

Finalmente, terminó de vestirse con el traje rosado, que provocó una tormenta de oposición por parte de sus padres.

–¿Rosado? ¿Quién ha visto una novia vestida de rosado?– preguntaron, de acuerdo por primera vez en su vida.

–Es muy poco convencional.

–No deseo ser una novia convencional, y sabes muy bien, Papá, que me veo muy hermosa y todo el mundo me lo dirá.

–¿Por qué no me consultaste antes?– repetía la Condesa–. Es un grave error que una novia no siga la tradición.

–Bueno, ya es demasiado tarde. O voy a la Iglesia vestida así o cancelamos la boda. Tal vez sería un alivio para Gallen.

Como los Condes no tenían intenciones de perder a un yerno tan importante, guardaron silencio y, con sólo unos minutos de retraso, la

Condesa y Dorita partieron para la Iglesia, dejando que Beryl y su padre las siguieran en otro carruaje.

–Sólo espero que Gallen sepa tratar a Beryl. A veces se porta de una manera muy irritante.

–Se ve muy hermosa, Tía Luisa.

Pero nada podía aplacar a su Tía, que murmuró y se quejó durante todo el trayecto a la Iglesia.

Sus esfuerzos para poner a la Condesa de buen humor, hicieron que Dorita olvidara un poco sus propios sentimientos.

No había podido dormir la noche anterior, y permaneció luchando con su conciencia, a la que parecían tentar todos los demonios del infierno.

Se levantó una vez de la cama, encendió una vela y empezó a escribirle una nota al Marqués:

Te amo. No puedo enfrentar el futuro sin ti. Haré lo que me pediste y...

Se había detenido, releyendo lo que había escrito y comprendió que era una acción malvada inspirada por el diablo.

Con desesperación rompió la nota en mil pedazos y se arrojó sobre la cama llorando inconsolablemente, hasta que ya no tuvo más lágrimas.

En la Iglesia, cuando vio al Marqués salir de la Sacristía y pararse junto al altar para esperar a su novia, una niebla oscura la envolvió.

¿Cómo podría soportar la vida sin él? ¿Cómo podrían el deber y el honor compensarles por una existencia vacía… estéril, sin amor?

Con los ojos bajos, Dorita caminaba detrás de la brillante cola rosada y sintió que todo su cuerpo era un solo dolor agudo, insoportable.

«¡Lo amo! *¡Lo amo!*»

Experimentó el mismo deseo abrumador de la noche anterior de correr a su lado y decirle que estaba dispuesta a huir con él hasta el fin del mundo con tal de estar juntos.

El Obispo, con mitra y vestimenta de gala, empezó a oficiar y, al levantar los ojos, Dorita vio al Marqués junto a Beryl.

Contempló sus anchos hombros, el contorno de su cabeza y supo que su rostro sería severo y triste y estarían muy marcadas las líneas junto a su

boca.

Escuchó al obispo decir:

–Si alguien sabe de algún motivo justo por el que estas dos personas no puedan quedar legalmente unidas en matrimonio, que hable ahora o que calle para siempre.

«Un motivo justo», se repitió Dorita.

¿Qué era más justo que el amor? ¿Qué era más importante que dos personas, que serían esposos, se amaran con toda su alma y su corazón como ella amaba al Marqués?

Deseaba gritar y detener la Ceremonia, pero después de una pequeña pausa, el Obispo continuó:

–Los conmino a que, al igual que responderán el día del juicio final cuando todos los secretos serán conocidos, si alguno de ustedes sabe de algún impedimento para este matrimonio, lo confiese ahora.

Los pensamientos del Marqués volaban hacia Dorita y ella adivinó los secretos de su corazón. Con los ojos fijos en su nuca, casi esperaba que se volviera a mirarla.

El Obispo continuó:

–Gallen Alexander, ¿tomas a esta mujer como legítima esposa, para vivir juntos conforme a la ley de Dios?

La concurrencia parecía dar vueltas alrededor de Dorita y sintió que iba a desmayarse.

De pronto, desde el fondo de la Iglesia, una voz gritó:

–¡Detengan ese matrimonio! ¡No puede realizarse!

Todos miraron hacia atrás y Dorita hizo lo mismo, asustada.

De pie, junto a la Nave Oeste, se encontraba un hombre, pero no pudo ver su rostro porque estaba de espaldas a la luz.

Era de alta estatura y cuando caminó por el pasillo, notó que cojeaba y que sus botas estaban cubiertas de polvo. Cuando se acercó un poco, vio que tenía la cicatriz de una herida profunda en la frente y entonces lo reconoció.

Al escuchar el grito desde el fondo de la Iglesia, el Obispo detuvo la lectura de la Epístola y Beryl y el Marqués se volvieron también para mirar. Entonces se escuchó otro grito que retumbó contra el techo y una voz que exclamó:

–¡Rodney!

Beryl corrió por el pasillo tropezándose con la cola de su vestido y los brazos de Rodney, que la detuvieron, evitaron que cayera al suelo.

–¡Rodney! ¡Rodney! ¡Estás vivo! *¡Estás vivo!*

Aquellas palabras, pronunciadas con incoherencia pero con inmensa alegría, hicieron que asomaran las lágrimas a los ojos de todas las mujeres presentes.

–¡Estabas... muerto! ¡Pero ahora estás... vivo! ¡Oh, Rodney, *Rodney!*

–Estoy vivo, mi adorada esposa, y no puedo permitir que te cases con nadie más.

–Como si yo lo deseara. ¡Oh, mi vida! Me he sentido tan desdichada... con el corazón destrozado. Creí que nunca más volvería a verte.

Su voz se quebró al pronunciar estas palabras, pero, de todas formas, le hubiera sido imposible seguir hablando, pues Rodney comenzó a sellar sus labios con besos apasionados, sin importarle que cientos de ojos los miraran.

Dorita no pudo recordar cómo llegaron de Hanover Square a la Casa Carlton. Viajó en el mismo carruaje que los Condes, quienes estaban demasiado aturdidos para hacer otra cosa que pronunciar una y otra vez el nombre de Rodney.

Antes de abandonar la Iglesia, él le explicó al Obispo quién era. Le dijo brevemente que acababa de llegar de Francia y que había cabalgado toda la noche para llegar a la Iglesia, a tiempo de evitar que Beryl cometiera bigamia. En la Casa Carlton le pidió disculpas al Príncipe por su apariencia, pero Su Alteza Real, intrigado por aquel suceso, no le dio importancia a ese pequeño detalle.

–Tienes que contarme exactamente lo que sucedió– dijo con su voz grave y espesa–. ¿Cómo es posible que hubieras pasado desapercibido cuando nuestros Ejércitos abandonaron Francia?

Lo que no pudo escuchar en la recepción, lo supo Dorita después cuando regresaron a la casa de la Calle Curzon.

En la Batalla de Toulouse, Rodney había sido gravemente herido y, dándolo por muerto, fue abandonado en el Campo de Batalla. Los saqueadores de cadáveres, esa plaga de las guerras, lo despojaron de su uniforme y de todas sus pertenencias, incluyendo las botas.

Estaba inconsciente debido a una herida en la cabeza y también tenía una bala en la pierna. Aparentemente los ingleses no repararon en él cuando recogieron a sus muertos y sólo se dieron cuenta de que estaba vivo, cuando dos Sacerdotes Católicos pronunciaban las honras fúnebres por los caídos.

Lo llevaron a un Convento, donde las Monjas cuidaban a los heridos que estaban demasiado graves para ser trasladados a los hospitales en Toulouse o Bordeaux.

Al principio, no creyeron que se salvara, pero cuando, gradualmente, después de varios meses, pudo pensar y hablar de nuevo, se encontró con que había perdido la memoria.

–No tenía la menor idea de mi nombre ni de que era inglés.

–¿,No te acordabas de mí?– preguntó Beryl.

Mientras contaba su historia, Rodney la sostenía entre sus brazos y ahora la miró con tal expresión de amor que Dorita comprendió que la felicidad de su prima estaba asegurada por toda la vida.

–Mi amor, fuiste la primera persona que recordé cuando empecé a curarme. Veía con toda claridad tu hermoso rostro, pero tu nombre escapaba a mi memoria.

–Es tu mismo nombre– dijo Beryl con un sollozo.

–No lo supe hasta después– dijo Rodney besándola en la frente.

–Continúa– suplicó la Condesa–. Tengo que saber el resto de la historia.

–Hace tres semanas, la niebla que bloqueaba mi mente se aclaró y pude recordarlo todo: mi nombre, el de mi Regimiento y quién era mi esposa.

Su brazo apretó a Beryl con más fuerza y prosiguió

–Sabía que lo único que importaba era que debía regresar hasta ti, mi amor.

–¿Y por qué tardaste tanto?

–No tenía dinero y tenía que llegar a París. Sabía que la Embajada Británica me ayudaría y así fue. Cuando llegué a Dover compré un periódico para ver lo que pasaba en mi tierra y casi lo primero que vi fue la noticia de que mi esposa se casaría al día siguiente. Entonces, tomé la determinación de detener ese matrimonio y lo logré.

–¿Y no te... enfadaste– preguntó Beryl en voz muy baja–, porque hubiera accedido a... casarme con otro?

Parecía haber olvidado que estaban rodeados de muchas personas y sólo se dirigía a Rodney, como si se encontraran en una Isla solitaria. Y efectivamente, lo estaban, solos y juntos, y lo que quedaba fuera del círculo de su felicidad, carecía de importancia. Había mucho qué contar, pero Rodney expresó sus deseos inmediatos.

–Mañana, muy temprano, tenemos que ir a casa. No deseo que mi madre siga sufriendo más por mi ausencia.

–No, por supuesto que no– convino Beryl– y deseo presenciar la felicidad de tus padres cuando llegues a tu hogar.

Todo se hizo como Rodney deseaba y Dorita comprendió que de esa manera se desenvolvería la vida de Beryl en lo futuro. Porque ella amaba a Rodney, él siempre sería su dueño.

El "*bello mundo*" vio por última vez a "*la incomparable*", aquella joven ambiciosa que deseaba convertirse en una anfitriona importante, cubierta de diamantes.

Todo lo que Beryl deseaba ahora era estar junto a Rodney, porque tenía lo único que importaba realmente: su amor.

Capítulo 7

LA diligencia rodaba por el gran camino hacia el Norte, parando en cada villorrio y cada cruce de caminos.

Había partido de Londres a las siete desde Islington y Dorita pensó con alivio que pronto pararían en Baldock, para que los pasajeros tomaran un refrigerio.

Sin fijarse en ellos, soportaba la incomodidad de viajar apretujada entre dos campesinas y no prestó atención a un niño que dejaba caer pedazos de chocolate en su vestido, de fino tejido.

Abstraída en sus pensamientos, volvió a la realidad cuando la diligencia llegó a Hatfield y entonces pensó en lo felices que serían Beryl y Rodney.

No partió de Londres inmediatamente después del interrumpido matrimonio, como había pensado hacer, porque el Conde regresó a Hertfordshire, y su tía contemplaba con aire desamparado la enorme colección de regalos.

–Habrá que devolverlos– dijo–, y aunque los sirvientes pueden empaquetarlos, tendré que encontrar los nombres y direcciones de los destinatarios.

–Yo te ayudaré, Tía. Luisa– dijo Dorita y por una vez, la Condesa pareció agradecer su ayuda.

Trabajaron incansablemente durante los tres días siguientes y cuando sólo quedaron unos cuantos paquetes anónimos, la Condesa dijo:

–Sólo espero que los que se dicen nuestros amigos tengan la cortesía de mandarles estos regalos a Beryl y a Rodney.

El tono de su voz indicaba claramente cuánto lamentaba su tía que Beryl no hubiera hecho el brillante matrimonio con el que ella había soñado.

–Beryl es muy feliz, Tía Luisa– repitió Dorita por enésima vez.

–Tuvo tantas oportunidades, ¡pero Rodney Marsden...!

No necesitaba añadir más. Entonces, como si un pensamiento la iluminara, dijo de pronto:

–Ahora tengo que pensar en ti, Dorita . Estoy segura de que *Lord* Arkley no te ha olvidado. Tenemos que invitarlo a cenar.

Dorita se puso de pie.

–Tengo que regresar con Papá, Tía Luisa. El... me está esperando.

La Condesa se quedó pensativa.

–Tal vez *Lord* Arkley, como todos los demás, habrá salido de Londres, ahora que el Príncipe Regente partió para Brighton.

Recorrió a Dorita con la mirada, como valorando sus encantos y luego añadió:

–Ve a ver a tu padre ahora, si así lo deseas, pero le escribiré para que te permita quedarte con nosotros en septiembre. Entonces, Dorita, daré fiestas para ti.

Dorita percibió que su tía estaba depositando en ella las ambiciones que tuvo para Beryl, pero sabía que era inútil alegar que no tenía intenciones de casarse más que con una sola persona, que había desaparecido.

Esperaba, aunque pensó que sería casi imposible, que él le enviara una nota o algún mensaje después que Rodney detuvo la Ceremonia. Pero el Marqués se había vuelto invisible.

No había ido a la recepción en la Casa Carlton, lo cual era comprensible, pero nadie sabía nada de él desde entonces, y ahora, sentada en la diligencia, Dorita no podía evitar preguntarse si no se habría sentido humillado por lo ocurrido.

Por supuesto, el asunto había dado pábulo a los murmuradores y Dorita estaba segura de que no se hablaría de otra cosa desde la Calle de St. James hasta Chelsea.

Hasta el último instante antes de partir de Londres, había esperado ansiosa, pero lo único que llegó para ella fueron dos cartas de Barrowfield: una de su padre y otra de Abby.

La misiva de su padre rebosaba una alegría inusitada en él desde la muerte de su esposa.

Se habían instalado en la mina las bombas de aire, así como maquinaria nueva para bombear el agua y lámparas Davy de seguridad. Los mineros

apenas podían creer lo que el aumento de sus salarios significaba en sus vidas.

Sin embargo, fue Abby quien le contó que su padre se encontraba en mejor estado de salud que cuando lo dejó. La vieja sirvienta le decía en su carta:

> *El Amo ha aumentado de peso, lo cual se debe a que ya no se preocupa tanto por los enfermos y los necesitados. El Fondo de Ayuda que estableció Su Señoría le ha quitado la responsabilidad de ayudar a los niños, los inválidos y los ancianos. ¡Pero los Coxwold, por supuesto, siempre lo siguen explotando!*

Dorita sonrió, sabiendo lo mucho que le molestaba a Abby que los Coxwold le pidieran dinero a su padre, y siguió leyendo.

> *Supongo que sabrá que su señoría le dobló al amo su asignación y ahora tengo dos chicas que me ayudan con el trabajo de la casa, y la comida es como la que disponía su madre cuando vivíamos en Hertfordshire.*

Dorita había suspirado de satisfacción. Entonces se preguntó, como en muchas otras ocasiones, si podía existir un hombre más maravilloso, y más generoso que el Marqués.

Deseaba darle las gracias, pero se preguntó desolada si volvería a verlo alguna vez. La diligencia se detuvo junto al "*Royal George*" y los pasajeros descendieron presurosos.

–Veinte minutos, Damas y Caballeros– dijo el guardia, y todos corrieron hacia la posada, decididos a ser los primeros en obtener atención.

Cuando se bajó de la diligencia llevando su pequeña maleta en la mano, Dorita se dio cuenta de lo manchado que el niño le había dejado su vestido, y después de haber permanecido sentada por tanto tiempo, se sentía incómoda y acalorada.

Ya en la posada, le preguntó a la sirvienta si había un cuarto donde pudiera cambiarse y la condujeron arriba, a un dormitorio que estaba en desuso.

Dorita no se apresuró. Sabía que la comida no sería muy apetitosa y, además, no tenía hambre. Se lavó con agua fría, y sacando de su maleta un vestido limpio, que había pensado ponerse para cenar esa noche, se quitó el que llevaba, que mostraba claramente las huellas de pequeños dedos manchados de chocolate.

Se arregló el cabello en un espejo y unos ojos muy abiertos, con un destello de tristeza, le devolvieron la mirada.

«Tal vez... él ya no me quiere», pensó, y se alejó del espejo, porque le producía un pesar insoportable imaginarlo.

Hacía tanto calor que no se puso el sombrero y, llevándolo en la mano con su maleta, bajó la escalera. Ahora sólo tendría tiempo de tomar una taza de té. Al llegar al último escalón, vio al posadero esperarla.

–Por aquí, Señorita, por favor– le dijo.

Dorita dejó la maleta en el suelo, diciéndose que la recogería cuando saliera del comedor.

El posadero abrió una puerta y ella atravesó el umbral. Cuando penetró en la habitación, notó que estaba vacía, excepto por una persona que se encontraba de pie en un rincón.

El volvió el rostro para verla y, por unos segundos, los dos permanecieron inmóviles.

Sin pronunciar palabra, el Marqués extendió los brazos y ella corrió hacia ellos como un ave a su nido. El la abrazó con tal fuerza que apenas podía respirar.

El Marqués bajó la vista para mirarse en los ojos de Dorita y, súbitamente, la habitación pareció iluminarse con miles de luces.

La besó con frenesí, apasionadamente, como si hubieran estado al borde de un desastre y se hubieran salvado por un milagro.

Aquel beso fue tan divino y maravilloso como el primero, pero más intenso, más desesperado, porque el amor de Dorita por él había crecido hasta adquirir la fuerza de un mar tempestuoso o un fuego abrasador.

–Te amo, te amo– quiso gritar.

Pero los labios del Marqués parecían querer apropiarse de su corazón y ya no existía nada más que él, que era el amor, en toda su plenitud.

Sólo después de largo rato, él levantó la cabeza para decir con voz grave:

–Mi amor, mi vida; creí que te había perdido.

–¡Oh, Gallen!

Dorita escondió el rostro en el pecho del Marqués y rodaron lágrimas de felicidad por sus mejillas.

–Ya todo pasó, mi amor. Todo está bien ahora.

Le besó los cabellos tiernamente mientras le decía:

–¡Qué afortunado soy! ¡Ya podemos estar juntos!

–Juntos– repitió Dorita a través de sus lágrimas.

El la besó de nuevo, con un beso largo y posesivo, que la hizo sentir como si todo su cuerpo se fundiera con el de su amado.

Un rato después, sentados ante una pequeña mesa, comieron y bebieron, aunque Dorita no reparó en los platillos que le servían.

Sólo podía mirar al Marqués, cautiva de sus ojos. Nunca pensó que pudiera verse tan joven, tan feliz, tan despreocupado. Las líneas de cinismo habían desaparecido y la radiante expresión de su rostro se reflejaba en el de Dorita.

Era difícil hablar. Sólo podían mirarse. Parecían haber muerto y renacido después.

En un momento, Dorita alargó la mano para tomar la de él.

–¿Estás realmente aquí?

–Eso es lo que pensaba preguntarte, mi maravilloso, mi hermoso y perfecto amor.

Cuando terminaron de comer, el Marqués ayudó a Dorita a ponerse de pie y salió con ella de la sala privada, conduciéndola por el pasillo hasta el patio.

Allí se encontraba el faetón, y los cuatro soberbios caballos castaños, por quienes Dorita había preguntado cuando estuvo por primera vez en *El Peligan*; esperaban impacientes.

Pero ahora no se encontraba el lacayo, sólo los mozos de la posada sostenían las riendas.

Dorita se ató las cintas del sombrero bajo la barbilla, disponiéndose a subir al carruaje.

–¡Mi equipaje! Estaba en la diligencia– exclamó de pronto.

El Marqués sonrió.

–Mis sirvientes lo recogieron y se adelantaron con él.

El Marqués ayudó a Dorita a acomodarse en el faetón y después que él subió, les arrojó dos guineas de oro a los complacidos mozos.

Partieron a gran velocidad por el camino que conducía al Norte, y cuando dejaron atrás las últimas casas de la población y sólo se divisaba la verde campiña, Dorita preguntó:

–¿Adónde vamos?

–Primero, a visitar a mi madre. Debo decirte que está absolutamente convencida de que fueron sus oraciones las que levantaron a Rodney Marsden de su tumba y me salvaron de un matrimonio sin amor.

Dorita volvió el rostro para mirarlo y él prosiguió:

–Espero que habrás comprendido que una vez que el destino, o las oraciones, me salvaron, partí de Londres inmediatamente para llevar a mi madre a casa.

–No... pensé... que... harías eso– dijo Dorita con voz baja.

–Entonces, ¿qué imaginaste que me había ocurrido, mi vida?

Hubo una pausa antes que Dorita contestara con voz indecisa:

–Pensé... que tal vez ya no me amabas.

–Te diré todo lo que te amo y te necesito, esta noche, después que nos casemos.

Ella lo miró sorprendida.

–Comprenderás, mi amor– prosiguió él–, que tendremos que ser muy circunspectos y guardar en el mayor secreto nuestra boda. No puedo permitir que tu nombre ande de boca en boca.

–¿Y podremos casarnos realmente esta noche?

Los ojos de Dorita refulgían como estrellas.

–Si sigues mirándome así– replicó el Marqués–, me impedirás conducir y tendremos un accidente.

Ella rió feliz y, acercándosele, apoyó la mejilla sobre su brazo.

–¿En verdad podemos casarnos tan rápidamente?

–Todo está arreglado. Nos casaremos en la Capilla del castillo y mi propio Capellán oficiará la Ceremonia. El único testigo será mi madre.

Nadie sabrá nada durante varios meses.

–¡Es maravilloso!– exclamó Dorita y comprendió que el Marqués pensaba lo mismo.

Prosiguieron su camino en silencio hasta que el Marqués detuvo los caballos y Dorita observó el castillo a la izquierda, protegido por el verde follaje de los árboles.

El guardó silencio, pero la miró intensamente y Dorita dijo en voz baja:

–No seré... una brillante anfitriona.

–¿No?

–Ni seré... sofisticada ni ingeniosa.

–¿No?– preguntó él de nuevo.

Ella fijó en él la mirada y una sombra cruzó por sus grandes ojos.

–No tengo nada que ofrecerte... más que mi amor.

El sujetó las riendas con una mano y la rodeó con el otro brazo.

–¿Y crees que quiero algo más?– preguntó con voz grave y apasionada.

Sus labios rozaron los de Dorita y ella pudo sentir el ardiente deseo que lo poseía. El Marqués fustigó a los caballos y partieron a una velocidad que indicaba su impaciencia por acudir al encuentro de lo que les aguardaba.

Fueron primero a la mansión dower, que estaba al final del parque que rodeaba el castillo.

Unos lacayos detuvieron los corceles y el Marqués ayudó a Dorita a bajar y la condujo hacia la casa.

Dorita temió conocer a la Madre de su amado.

¿Y si ella pensaba que no era la esposa adecuada para su hijo? ¿Y si tuviera otros planes para él, ahora que sabía que era libre de nuevo?

El Marqués abrió una puerta y Dorita vio sentada, junto a una ventana iluminada por los rayos del sol, a una mujer de cabellos grises, cuyas facciones le recordaron las de su propia madre. Tenía la misma bondadosa expresión, los mismos ojos llenos de dulzura y la misma sonrisa de bienvenida.

La Marquesa viuda de Havingham miró a su hijo y él habló con un acento de inconfundible orgullo:

–Mamá, he traído a Dorita para que la conozcas.

–He estado esperando este momento con tanta ansiedad, Querida– dijo la Marquesa Viuda, extendiendo ambas manos hacia Dorita.

*

Dorita caminó de la mano de su esposo por un jardín repleto de flores que llenaban el aire con su fragancia, formando un indescriptible calidoscopio de colores.

El sol enviaba ardientes rayos sobre sus cabezas y fue un alivio sentarse a la sombra de los árboles que rodeaban los prados.

Una ondulante vereda conducía hasta las plateadas hayas de apariencia irreal. La vegetación se hizo más espesa y los rayos del sol penetraban apenas a través de las ramas en pequeños parches dorados.

–¿Adónde me llevas, mi amor?

La voz de Dorita había adquirido un tono melodioso y cada palabra que pronunciaba parecía una caricia.

–A un lugar muy especial. Papá y Mamá descansaban allí por las tardes, cuando estaban en su luna de miel.

La casa donde se alojaban había sido un regalo de bodas de la Marquesa, quien explicaba lo que le significaba:

–Mi esposo y yo pasamos nuestra luna de miel aquí y fuimos tan idílicamente felices que él se la compró después al amigo que se la prestó. La conservamos como un santuario, para estar a solas.

Llena su mirada de nostálgicas reminiscencias, la Marquesa había seguido diciendo:

–Cuando el padre de Gallen se sentía cansado, o tenía muchas ocupaciones que nos separaban, acostumbrábamos ir allí.

Había sonreído al continuar:

–Es un lugar donde sólo hablábamos de amor y de nosotros mismos, y para mí será siempre el sitio más maravilloso que he conocido.

En el momento en que Dorita entró en la casa con el Marqués, supo que ésta significaría tanto en sus vidas como significó para los padres de Gallen.

Era muy antigua, construida con cálidos ladrillos rojos que parecían darles la bienvenida. El jardín era un Paraíso y toda la atmósfera respiraba

amor.

Pasaron la primera noche de casados en el castillo y después partieron en su luna de miel, en el faetón tirado por los magníficos caballos castaños, que guiaba el Marqués.

Cada minuto que pasaban juntos era tan maravilloso que Dorita pensaba, al final de cada día, que le sería imposible amar más de lo que ya amaba y, al despertar, comprendía que estaba equivocada.

Caminando con él a través del bosque, comprendió que no era necesario preguntarle si era feliz.

Lo veía diferente: más apuesto, más atractivo.

De pronto, se extendió ante ellos un estanque de un agua tan verde como los árboles que reflejaba. Lo rodeaban flores de color dorado y lirios de agua, cuyos pétalos de cera se apoyaban sobre las verdes hojas.

A un lado del estanque había una enramada cubierta de rosas y madreselvas y, cuando se acercaron, Dorita vio un confortable sofá con muchos cojines.

– ¡Esto es encantador! Y tan fresco, después de caminar bajo el sol.

Se sentó en el sofá y se recostó sobre los cojines con los pies extendidos.

El Marqués se quitó su ajustada levita y la dejó en el suelo. Luego, se paró junto al borde del estanque, buscando con los ojos a los peces que nadaban por debajo de los lirios de agua.

Vestía una delgada camisa de lino y Dorita admiró sus hombros cuadrados que se iban desvaneciendo hasta las estrechas caderas, que cubrían ajustados pantalones amarillos.

«No existe ningún hombre tan atractivo como él, y es mío... todo mío... y yo soy suya»...

Como de costumbre, adivinando sus pensamientos, el Marqués se acercó para sentarse junto a ella en el sofá.

–¿A qué conclusiones has llegado?

Dorita rió suavemente.

–No quiero que te vuelvas vanidoso.

–Soy el hombre más vanidoso y más orgulloso del mundo porque me has dicho que me amas.

–No es lo que yo diga, es lo que siento. Te amo con todo mi corazón, mi mente y mi alma. Soy toda tuya.

–Mi pequeña y dulce esposa– dijo el Marqués con voz conmovida y, tomando la mano de Dorita, empezó a besarle muy despacio cada dedo y luego la palma.

La tarde estaba muy quieta y sólo se escuchaba el zumbido de las abejas, que libaban la miel de las rosas y las madreselvas.

–No hay ningún otro sitio tan perfecto– murmuró Dorita.

–Por eso estamos aquí, mi amor. Es perfecto en todos sentidos. ¡Oh, cariño, cómo te quiero! Eres la mujer más noble y más buena que he conocido.

–No debes decir eso. Y no soy buena. Nunca sabrás cuán difícil me resultó rehusarme a lo que me pedías, llegué a desear escaparme contigo, porque sin ti, sólo existe soledad.

–Pero te rehusaste.

Dorita recordó la carta que rompió en mil pedazos aquella desdichada noche.

–Estuve tentada a cambiar de opinión.

–Y sin embargo, no lo hiciste, porque pensaste que no era lo correcto.

–Pero te necesitaba con desesperación.

–Como yo te necesitaba a ti y, sin embargo, sabía, en el fondo de mi corazón, que tú sólo podrías cumplir con tu deber, porque era imposible que procedieras de otra manera.

–Hemos sido muy afortunados, mucho... mucho, y es por eso, mi adorado esposo, que debemos ayudar a otras personas a encontrar la felicidad que disfrutamos ahora.

Hizo una pausa antes de preguntar:

–¿Eres feliz?

–¿Necesito contestar esa tonta pregunta?

Apoyándose sobre un codo, se incorporó un poco para contemplarla. Sus ojos recorrieron el rostro de Dorita y, después de unos momentos, ella preguntó:

–¿Por qué me miras así?

–Estoy tratando de averiguar qué te hace tan diferente a todas las demás mujeres que he conocido. Eres muy hermosa, mi amor, pero es mucho más que eso.

Extendió la mano y con un dedo recorrió el suave óvalo de su frente.

–Una cabecita sabia y sensata– dijo.

Luego tocó una de sus cejas y después recorrió la otra.

–Como alas de pájaros– murmuró–, llevando un mensaje a aquellos que tienen oídos para escuchar.

–¿Qué clase de mensaje?

–De inspiración, como tú me inspiras a mí, de solidaridad y, por supuesto, de esperanza.

–Eso es lo que pensé que había perdido para siempre cuando caminaba rumbo al altar detrás de Beryl.

–Y yo sufrí las agonías de los condenados– dijo él–. Sabía que no podía culpar a nadie más, pero tuvo que suceder así. Fue la expiación de mis pecados para tener derecho a esta dicha.

–¿Qué pecados?

–Nunca lo sabrás. Pertenecen al pasado. En el futuro seré un modelo de virtudes, y no me será difícil, porque no tengo deseos de ser, más que lo que tú quieras que sea.

–Te adoro... como eres.

–¿Cómo podía saber, cómo podía imaginar siquiera que esa mañana, cuando me sentí como un prisionero que abandonaba la celda de los condenados a muerte, que Rodney Marsden y, por supuesto, las oraciones de mi madre, vendrían a rescatarme?

Dorita emitió un pequeño sollozo.

–No debemos pensar en eso. Algunas veces, cuando me despierto en las noches entre tus brazos, tengo miedo de que todo esto no sea más que un hermoso sueño y de despertarme en Barrowfield, entre el olor del carbón y la oscuridad de la mina.

–Todo eso pasó. Tenemos mucho qué hacer, mi amor. Visitaremos mis posesiones, que son bastantes, para procurar que nadie sufra innecesariamente y evitar que existan horrores debido a mi ignorancia.

–Sí, debemos hacerlo. Entonces, ¿podremos regresar para estar solos aquí, juntos los dos?

Era una pregunta y no una afirmación y el Marqués sonrió con ternura al decir:

–Este santuario estará esperando siempre por nosotros, amor mío. Aquí estoy aprendiendo todos los días lo que nunca supe antes sobre el amor.

–¿Y me lo enseñarás?

–Puedes estar segura.

–¿Y no te importa que sea tan ignorante en las cosas del amor?

–¿Piensas que quiero que seas diferente? Tu inocencia y tu pureza no sólo son lo que siempre he buscado, sino que me parecen muy excitantes.

–Eres magnífico, has logrado hacer tantas cosas. ¿Y si después de algún tiempo llegaras a cansarte de mí?

–Somos un solo ser, mi amor. Sería más fácil que perdiera un brazo o una pierna que arrancarte de mi corazón.

–¡Oh, Gallen!– dijo ella con un suspiro de felicidad.

El Marqués la seguía contemplando y había en sus ojos una expresión que nunca contempló ninguna otra mujer.

Pasó un dedo por su pequeña nariz y recorrió el contorno de sus labios. Como sintiera que ella se estremecía al contacto de su mano, preguntó:

–¿Te excita, mi amor?

–Siempre me excito cuando me tocas.

–¿Y qué crees que siento yo?

Sus dedos recorrieron la suavidad de su cuello y bajaron hasta su pecho.

Sintió que el cuerpo de Dorita vibraba al compás de una música secreta y que respiraba con dificultad.

Entonces, cuando él le cubrió la boca con la suya, todos sus pensamientos se desvanecieron.

La Colección Eterna de Barbara Cartland.

La Colección Eterna de Barbara Cartland es la única oportunidad de coleccionar todas las quinientas hermosas novelas románticas escritas por la más connotada y siempre recordada escritora romántica.

Denominada la Colección Eterna debido a las inspirantes historias de amor, tal y como el amor nos inspira en todos los tiempos. Los libros serán publicados en internet ofreciendo cuatro títulos mensuales hasta que todas las quinientas novelas estén disponibles.

La Colección Eterna, mostrando un romance puro y clásico tal y como es el amor en todo el mundo y en todas las épocas.

LA FINADA DAMA BARBARA CARTLAND

Barbara Cartland, quien nos dejó en Mayo del 2000 a la grandiosa edad de noventaiocho años, permanece como una de las novelistas románticas más famosa. Con ventas mundiales de más de un billón de libros, sus sobresalientes 723 títulos han sido publicados en treintaiseis idiomas, disponibles así para todos los lectores que disfrutan del romance en el mundo.

Escribió su primer libro “El Rompecabeza” a la edad de 21 años, convirtiéndose desde su inicio en un éxito de librería. Basada en este éxito inicial, empezó a escribir continuamente a lo largo de toda su vida, logrando éxitos de librería durante 76 sorprendentes años. Además de la legión de seguidores de sus libros en el Reino Unido y en Europa, sus libros han sido inmensamente populares en los Estados Unidos de Norte América. En 1976, Barbara Cartland alcanzó el logro nunca antes alcanzado de mantener dos de sus títulos como números 1 y 2 en la prestigiosa lista de Exitos de Librería de B. Dalton

A pesar de ser frecuentemente conocida como la “Reina del Romance”, Barbara Cartland también escribió varias biografías históricas, seis autobiografías y numerosas obras de teatro así como libros sobre la vida, el amor, la salud y la gastronomía. Llegó a ser conocida como una de las más populares personalidades de las comunicaciones y vestida con el color rosa como su sello de identificación, Barbara habló en radio y en televisión sobre temas sociales y políticos al igual que en muchas presentaciones personales.

En 1991, se le concedió el honor de Dama de la Orden del Imperio Británico por su contribución a la literatura y por su trabajo en causas a favor de la humanidad y de los más necesitados.

Conocida por su belleza, estilo y vitalidad, Barbara Cartland se convirtió en una leyenda durante su vida. Mejor recordada por sus maravillosas novelas románticas y amada por millones de lectores a través el mundo, sus libros permanecen atesorando a sus héroes valientes, a sus valerosas heroínas y a los valores tradiciones. Pero por sobre todo, es la , primordial creencia de Barbara Cartland en el valor positivo del amor para ayudar, curar y mejorar la calidad de vida de todos que la convierte en un ser verdaderamente único.

Table of Contents

Boda Secreta (La Colección Eterna de Barbara Cartland 27)
Copyright
Boda Secreta
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
La Colección Eterna de Barbara Cartland.
LA FINADA DAMA BARBARA CARTLAND